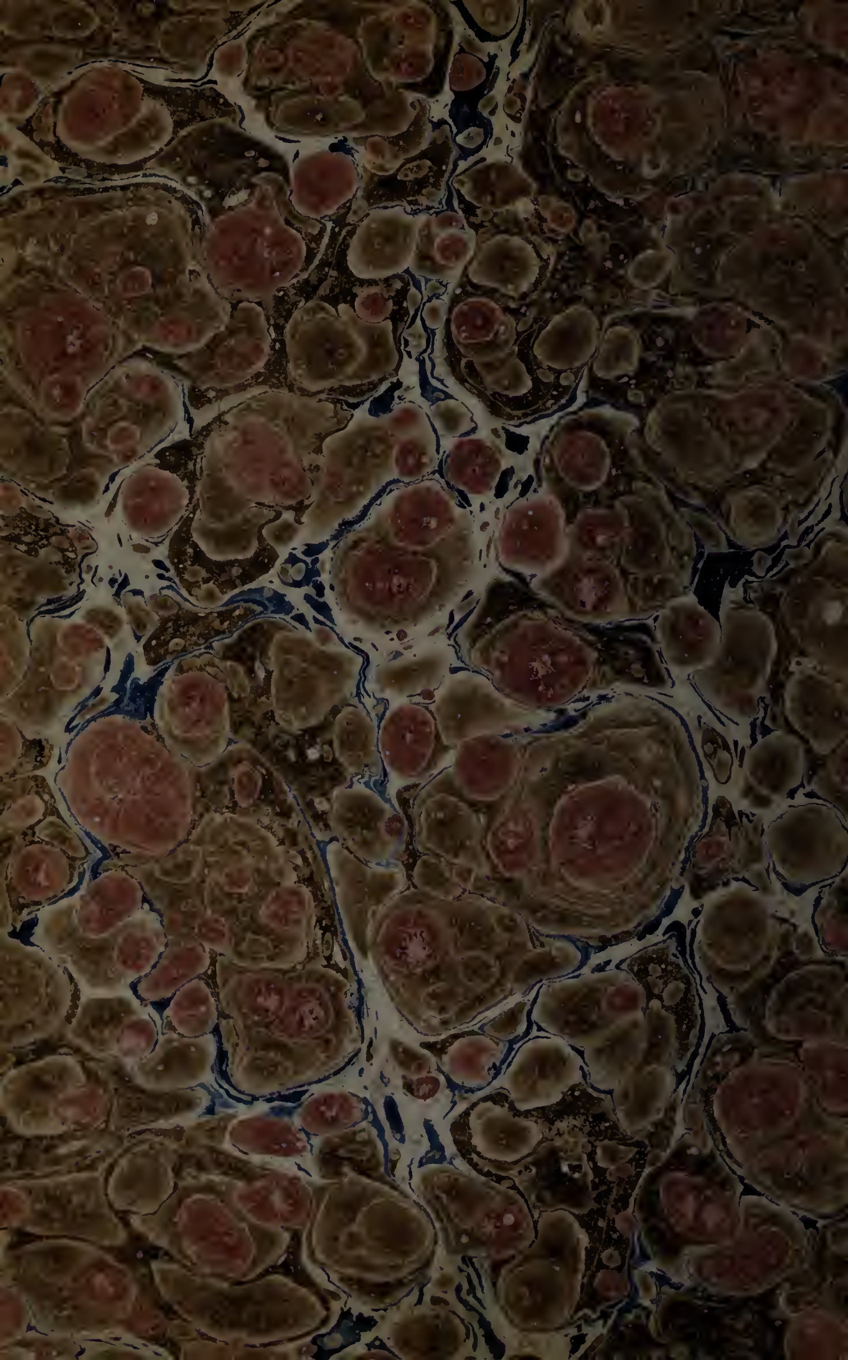
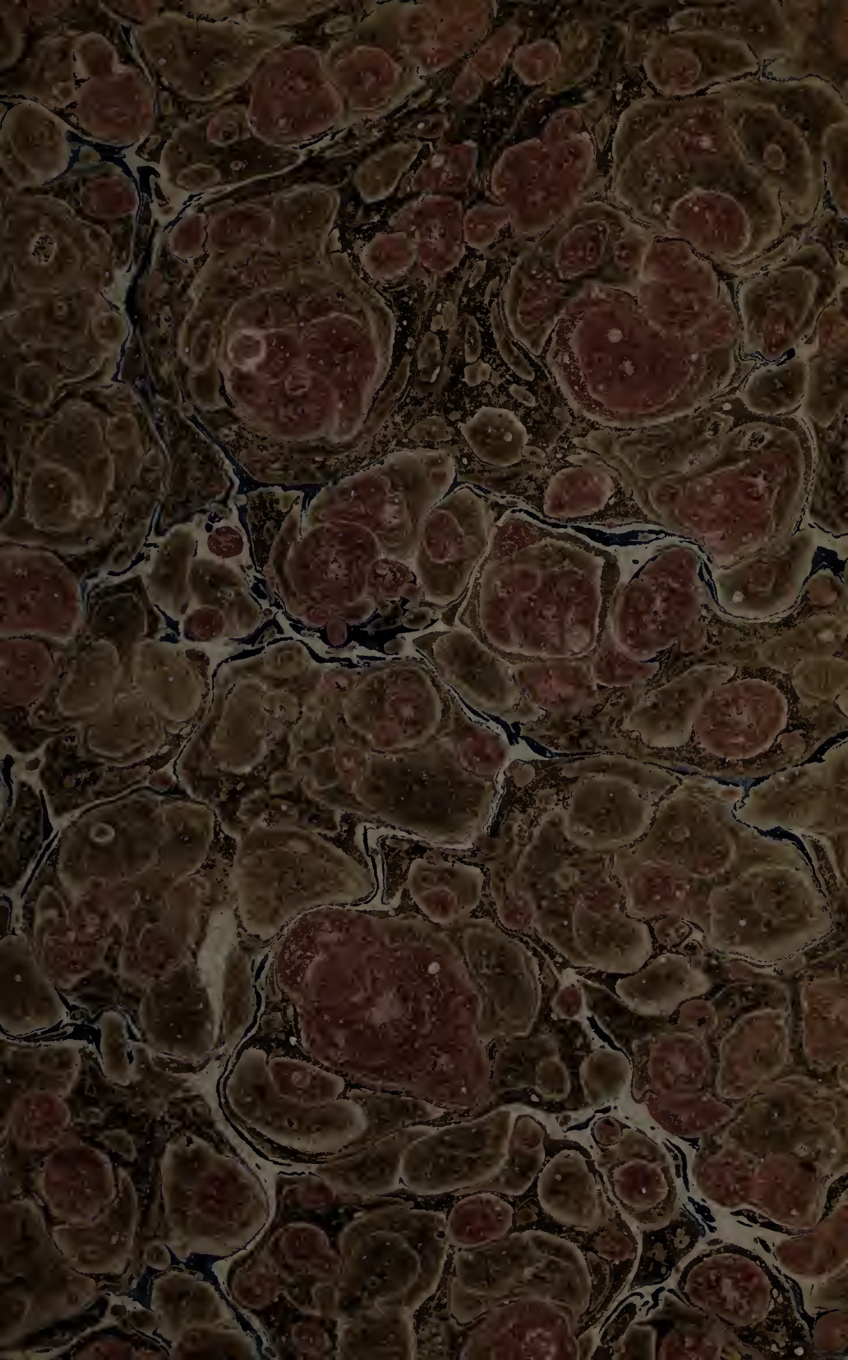
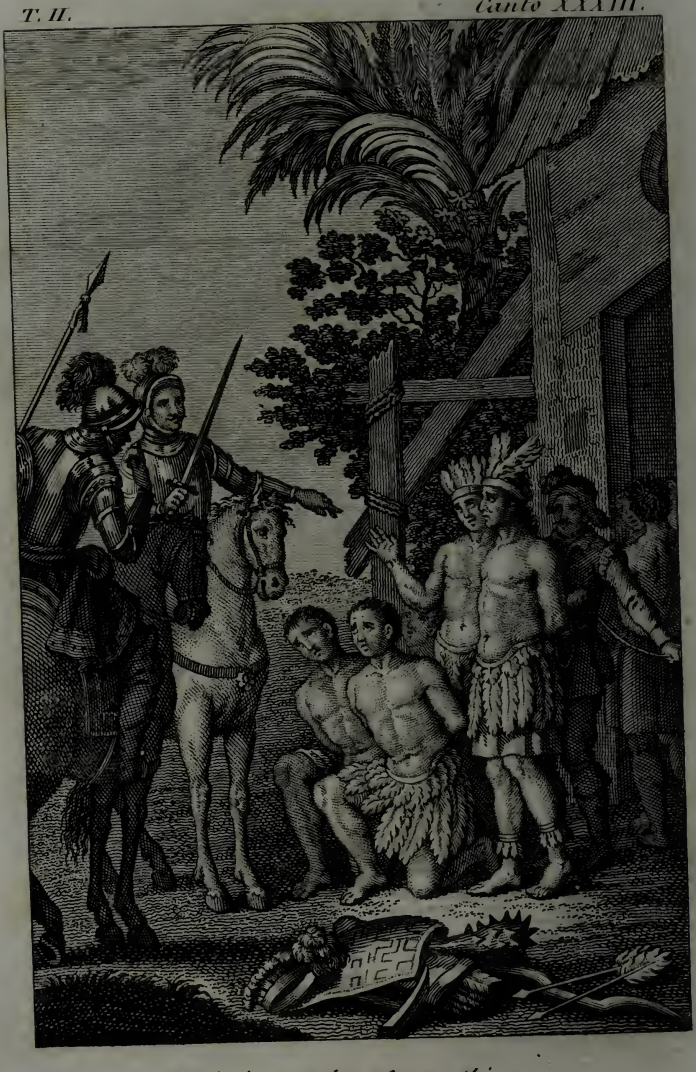






LA ARAUCANA.



Prision de Caupolican.

LA ARAUCANA.

POEMA DE

D. ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA,

Caballero del Orden de Santiago, Gentil-hombre de la Cámara de la Magestad del Emperador.

ADORNADA CON CUATRO LAMINAS FINAS.

II.



BARCELONA,

IMPRENTA DE D. MANUEL SAURI CALLE ANCHA,

esquina á la del Regomí.

1845

PROLOGO AL LECTOR.

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la Araucana no muestra el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad; pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una mesma cosa, y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad, y camino tan desierto, estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así temeroso desto quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándo-

le con escribir en él el alto principio que el Rey nuestro Señor dió á sus obras, con el asalto, y entrada de San Quintin por habernos dado otro aquel mismo dia los Araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asi mismo trato el rompimiento de la batalla naval que el Señor Don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos casas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los Araucanos, pues ha mas de treinta años que sustentan su opinion, sin jamas habérseles caido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas, y haciendas que tenian, por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrenos secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos, y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito, y entereza, dan materia larga á los escritores. Yo dejo mucho, y aun lo mas principal por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo; que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

LA ARAUCANA.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada. Salen los Españoles de la Isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco: vienen los Araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negarse deben los oidos
á enemigos, ni amigos sospechosos,
que tanto os dejan mas apercibidos
cuanto vos los teneis por cautelosos:
escuchados serán mas entendidos
ora sean verdaderos ó engañosos;
que siempre por señales y razones
se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
con su máscara falsa y trato estraño,
os despiertan, avisan, encaminan,
y encubriendo descubren el engaño:
veis el blanco y el fin á donde atinan,
el pro y el contra, el interes y el daño:
no hay plática tan noble y cautelosa
que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
que no se le penetre algun conceto;
que las lenguas al fin hacen su oficio,
y mas si el que oye sabe ser discreto;
nunca el hablar dejó de dar indicio,
ni el callar descubrió jamas secreto:
no hay cosa mas dificil bien mirado,
que conocer un necio, si es callado.

Y es importante punto y necesario
tener el capitan conocimiento
del arte y condicion del adversario,
de la intencion, designio y fundamento;
si es cuerdo y reportado ó temerario,
de pesado ó ligero movimiento,
remiso ó diligente, incauto, astuto,
vario, indeterminable, ó resoluto.

Asi vemos que el bárbaro senado
por saber la intencion del enemigo
al cauto Millalauco habia enviado
debajo la figura y voz de amigo:
que con semblante y ánimo doblado,
mostrándose cortés, como atras digo,
el rostro á todas partes revolviendo,
Alzó recio la voz, asi diciendo:

Dichoso capitan y compañia,
á quien por bien de paz soy enviado
del Araucano estado y señoría,
con voz y autoridad del gran senado:
no penseis que el temor y cobardía
jamas nos haya á término llegado
de usar (necesitados de remedio)
de algun partido infame y torpe medio.

Pues notorio os será lo que se estiende
el nombre grande y crédito Araucano,
que los estraños términos defiende
y asegura debajo de su mano:
y tambien de vosotros ya se entiende
que movidos de zelo y fin cristiano,
con gran moderacion y disciplina
venís á derramar vuestra dotrina.

Siendo pues esto así, como la muestra
que habeis dado hasta aquí lo verifica:
y la buena opinion y fama vuestra
con claras y altas voces lo publica:
yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
y asi á todos por mí se os certifica
que la ofrecida paz tan deseada
será por los Caciques aceptada.

Que el ínclito senado habiendo oido
de vuestra parte algunas relaciones,
con sabio acuerdo y parecer movido
por legítimas causas y razones,
quiere aceptar la paz, quiere partido
de lícitas y honestas condiciones,
para que no padezca tanta gente
del pueblo simple y género inocente.

Que si la fé inviolable y juramento
de vuestra parte con amor pedido,
y el gracioso y seguro acogimiento
de nuestra voluntad libre ofrecida,
pueden dar en las cosas firme asiento
con honra igual y lícito partido,
sin que los nuestros súbditos y estados
vengan por tiempo á ser menoscabados.

A Cárlos sin defensa y resistencia
por amigo y señor le admitirémos,
y el servicio indevido y obediencia
de nuestra voluntad le ofreceremos:
mas si quereis llevarlo por violencia,
ántes los propios hijos comerémos,
y vereis con valor nuestras espadas
por nuestro mismo pecho atravesadas.

Pero por trato llano sin recelo
podreis por vuestro rey alzar bandera,
que el estado as armas por el suelo
con los brazos abiertos os espera:
reconociendo que el benigno cielo
la llama á paz sugeta y duradera,
quedando para siempre lo pasado
en perpetuo silèncio sepultado.

Aquí dió fin al razonar, haciendo
à su modo y usanza una caricia,
siempre en su proceder satisfaciendo
á nuestra voluntad y á su malicia;
y el bárbaro poder disminuyendo
nos aumentaba el ánimo y codicia,
dándonos á entender que habia flaqueza,
y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don Garcia,
haciéndole gracioso acogimento,
en suma respondió que agradecja
la propuesta amistad y ofrecimiento,
y que en nombre del rey satisfaría
su buena voluntad con tratamiento,
que no solo no fuesen agraviados,
mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
por mas confirmacion algunos dones,
ropas de mil colores diferentes,
jotas, llautos, chaquiras, y listones,
insignias y vestidos competentes
á nobles capitanes y varones:
siendo de Millalauco recibido
con palabras y término cumplido.

Así que con semblante y apariencia
de amigo agradecido y obligado,
pidiendo al despedir grata licencia,
á la barca volvió que habia dejado:
y con la acostumbrada diligencia
al tramontar del sol llegó al estado;
dó recibido fué con alegría
de toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasion presente
los Caciques la junta dividieron,
y dando muestra de esparcir la gente
á sus casas de paz se retrujeron,
adonde sin rumor secretamente
las engañosas armas previnieron,
moviendo del comun las voluntades
aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
allí mas de dos meses estuvimos,
y á las lluvias y vientos rigurosos
del implacable invierno resistimos:
mas pasado este tiempo, deseosos
de saber su intencion, nos resolvimos
en dejar el isleño alojamiento
haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
fueron en nuestro campo apercibidos:
hombres trabajadores y valientes
entre los mas robustos escojidos,
de armas y de instrumentos convenientes
secreta y sordamente prevenidos:
yo con ellos tambien, que vez ninguna
dejé de dar un tiento á la fortuna.

Para que en un pequeño cerro esento
sobre la mar vecina revelado,
levantasen un muro de cimiento,
de fondo y ancho foso rodeado,
donde pudiese estar sin detrimento
nuestro pequeño ejército alojado,
en cuanto los caballos arribaban:
que ya teniamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra, entenderian
la intencion de los bàrbaros dañada,
que en secreto las armas prevenian
con falso rostro y amistad doblada:
de dó si se moviesen, les darian
algun asalto y subida rociada,
que quebrantando el ánimo y denuedo,
viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
pensar que los soberbios Araucanos
quisiesen de concordia algun camino
viéndose con las armas en las manos:
pero con la presteza que convino
los ciento y treinta jóvenes lozanos
pasaron á la tierra sin ayuda
mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo
Virgo alargaba apriesa el corto dia, (cuando
las variables horas restaurando
que usurpadas la noche le tenia;
ántes que la alba fuese desterrando
las nocturnas estrellas, parecia
la cumbre del collado levantada
de gente y materiales ocupada.

Cuales con barras, picos y azadones
abren los hondos fosos y señales,
cuales con corvos y anchos cuchillones,
hachas, sierras, segures y destrales,
cortan maderos gruesos y troncones,
y fijados en tierra con tapiales,
y trabazon de leños y faginas
levantan los traveses y cortinas.

No con tanto fervor la Tiria gente
en la labor de la ciudad famosa
solícita, oficiosa y diligente
andaba en todas partes presurosa;
ni César levantó tan de repente
en Dirrachio la cerca milagrosa,
con que cercó el ejército esparcido
del enemigo Yerno inadvertido.

Cuando fué de nosotros coronada
de una gruesa muralla la montaña,
de fondo y ancho foso rodeada,
con ocho gruezas piezas de campaña,
siendo á vista de Arauco levantada
bandera por Felipe rey de España,
tómando posesion de aquel estado
con lo demas del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido
de tanto atrevimiento y osadia,
entre la gente práctica tenido
mas por temeridad, que valentia,
que en el soberbio estado asi temido
los ciento y treinta de poco mas de un dia
pudiésemos salir con una cosa
tanto cuanto dificil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
la cual luego segura al fuerte vino,
que el alto sitio y pólvora temida
hizo facil y llano aquel camino,
por las anchas cortinas repartida
segun y por el órden que convino;
nos pusimos alli todos á una
debajo del amparo de fortuna.

La pregonera fama ya volando
por el distrito y término Araucano
iba de lengua en lengua acrecentando
el abreviado ejército cristiano,
la gente popular amedrentando
con un hueco rumor y estruendo vano,
que lo incierto á las veces certifica,
y lo cierto si es mal, lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oidos
de nuestros enemigos conjurados,
no mirando á los tratos y partidos
por una parte y otra asegurados:
con súbita presteza apercibidos
de municiones, armas, y soldados,
sin aguardar á mas trataron luego
de darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano
dos millas poco mas del fuerte asiento,
el esforzado mozo Gracolano
de gran disposicion y atrevimiento,
dijo en voz alta: ó gran Caupolicano!
si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
prometo que mañana en el asalto
arbolaré mi enseña en lo mas alto.

Y porque á ti, Señor, y á todos quiero
haceros de mis obras satisfechos,
con esta usada lanza me prefiero
de abrir lugar por los contrarios pechos,
y que será mi brazo el que primero
barahuste las armas y pertrechos,
aunque mas dificulten la subida,
y todo el universo me lo impida.

Asi dijo: y los bárbaros en esto,
porque ya las estrellas se mostraban,
al fuerte en escuadron con paso presto
cubiertos de la noche se acercaban,
y en una gran barranca, oculto puesto,
al pié de la monteña reparaban,
aguardando en silencio aquella hora
que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
reposar un momento no podia,
ó ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
que de escribir entónces yo tenia:
asi imaginativo y desvelado
revolviendo la inquieta fantasia,
quise de algunas cosas desta historia
descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche oscura,
enmedio del reposo de la gente,
queriendo proseguir con mi escritura
me sobrevino un súbito accidente,
cortóme un yelo cada coyuntura,
turbóseme la vista de repente,
y procurando de esforzarme envano,
se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar; mas fue imposidle
del accidente súbito impedido,
que el agudo dolor y mal sensible,
me privó del esfuerzo y del sentido:
pero pasado el termino terrible,
y en mi primero ser restituido,
del tormento quedé de tal manera
cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
desfogando las ansias aflojaron,
mis descaidos ojos agravados
del gran quebrantamiento se cerraron:
asi los lasos miembros relajados
al agradable sueño se entrégaron,
quedando por entónces el sentido
en la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
dejado el quebrantado cuerpo habia,
cuando oyendo un estruendo sonoroso
que estremecer la tierra perecia:
con gesto altivo y término furioso
delante una muger se me ponia,
que luego vi en su talle y gran persona
ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los pies á la cintura,
de la cintura á la cabeza armada,
de una escamosa y lúcida armadura,
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
blandiendo en la derecha la asta dura;
de las horribles furias rodeada,
el rostro airado, la color teñida,
toda de fuego bélico encendida.

La cual me dijo: ¡ó mozo temeroso!
el ánimo levanta y confianza,
reconociendo el tiempo venturoso
que te ofrece tu dicha y buena andanza:
huye del ocio torpe y perezoso,
ensancha el corazon y la esperanza;
y aspira á mas de aquello que pretendes,
que el cielo te es propicio, si lo entiendes.

Que viéndote á escribir aficionado,
como se muestra bien por el indicio,
pues nunca te han la pluma destemplado
las fieras armas y àspero ejercicio;
tu trabajo tan fiel considerado,
solo movida de mi mismo oficio,
te quiero yo llevar en una parte
donde podrás sin limite ensancharte.

En campo fértil, lleno de mil flores,
en el cual hallarás materia llena
de guerras mas famosas y mayores,
donde podrás alimentar la vena:
y si quieres de damas y de amores
en verso celebrar la dulce pena;
tendrás mayor sugeto y hermosura,
que en la pasada edad y en la futura.

Sigueme, dijo al fin: y yo admirado,
viéndola revolver por donde vino;
con paso largo y corazon osado
comencé de seguir aquel camino,
dejando del siniestro y diestro lado
dos montes, que el Atlante y Apenino
con gran parte no son de tal grandeza,
ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á dó natura
con mano liberal y artificiosa
mostraba su caudal y hermosura
en la varia labor maravillosa,
mezclando entre las hojas y verdura
el blanco lirio y encarnada rosa,
junquillos, azahares, y mosquetas,
azucenas, jazmines, y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando,
el deleitoso asiento atravesaban,
y los templados vientos respirando
la verde yerba y flores alegraban:
pues los pintados pájaros volando
por los copados árboles cruzaban,
formando con su canto y melodia
una acorde y dulcisima armonia.

Por mil partes en corros derramadas
vi gran copia de ninfas muy hermosas,
unas en varios juegos ocupadas,
otras cogiendo flores olorosas,
otras suavemente ya acordadas,
cantaban dulces letras amorosas,
con cítaras y liras en las manos,
diestros Sátiros, Faunos, y Silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
á todo pasatiempo y ejercicio:
quien sigue ya de aquel, ya deste lado
de la casta Diana el duro oficio:
ora atraviesa el puerco, ora el venado,
ora salta la liebre, y con el vicio
gamuzas, capreolas, y corcillas,
retozan con la yerba y florecillas.

Quien el ciervo herido rastreando
de la llanura al monte atravesaba:
quien el cerdoso puerco fatigando,
los osados lebreles ayudaba;
quien con templados pájaros volando
las altaneras aves remontaba:
acá matan la garza, allá la cuerva,
aqui el zeloso gamo, alli la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento,
en forma de pirámide un collado,
redondo en igual circulo y esento,
sobre todas las tierras empinado:
y sin saber yo como, en un momento
de la fiera Belona arrebatado
en la mas alta cumbre del me puso,
quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente,
viéndome arriba, que mirar no osaba,
tanto que acá y allá medrosamente
los temerosos ojos rodeaba:
alli el templado céfiro clemente
llenos de olores varios respiraba,
hasta la cumbre altisima el collado
de verda yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podria
un liviano Nebli subir á vuelo
y así no sin temor me parecia
mirando abajo estar cerca del cielo;
de donde con la vista descubria
la grande redondez del ancho suelo,
con los términos bárbaros ignotos
hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome pues Velona allí subido
me dijo: el poco tiempo que te queda
para que puedas ver lo prometido,
hace que detenerme mas no pueda:
mira aquel grueso ejército movido,
el negro humo espeso y polvoreda
en el confin de Flándes y de Francia
sobre una plaza fuerte de importancia.

Despues que Carlos quinto hubo triunfado
de tantos enemigos y naciones,
y como invicto príncipe hollado
las Articas y Antárticas regiones;
triunfa de la fortuna y vano estado,
y asegura su fin y pretenciones,
dejando la imperial investidura
en dichosa ocasion y coyuntura.

Y movido de pio y santo zelo
que del gobierno publico tenia;
pareciéndole poco lo del suelo,
segun lo que en el pecho concebia,
vuelta la mira y pretension al cielo,
el peso que en los hombros sostenia
le puso en los del hijo, renunciados
todos sus reinos, títulos, y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
del victorioso padre retirado,
por hacer la esperanza verdadera
que siempre de sus obras habia dado,
por el principio y ocasion primera
aquel copioso ejército ha juntado,
para bajar de la enemiga Francia
la presuncion, orgullo, y arrogancia.

Aquella es San Quintin, que ves delante,
que en vano contraviene á su ruina,
presidio principal, plaza importante,
y del furor del gran Felipe digna:
hállase dentro della el Almirante,
debajo cuyo mando y disciplina
está gran gente prática de guerra
á la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí como se muestra
el enemigo campo se reparte:
Cáceres con su tercio á mano diestra,
donde está de Felipe el estandarte:
el pronto Navarrete á la siniestra
con el Conde de Mega, y de la parte
del Burgo Julian con tres naciones
Españoles, Tudescos, y Valones.

Llegamos pues á tiempo que aseguro
podrás ver la contienda porfiada,
y sin escalas por el roto muro
entrar los de Felipe á pura espada:
verás el fiero asalto y trance duro,
y al fin la fuerte Francia aportillada,
que al riguroso hado incontrastable
no hay defensa, ni plaza inexpugnable.

Conviéneme partir de aqui al momento
á meterme entre aquellos escuadrones
y remover con nuevo encendimiento
los unos y los otros corazones:
tu desde aqui podrás mirar atento
las diferentes armas y naciones,
y escribir de una y otra la fortuna,
dando su justa parte á cada una.

Luego la odiosa airada y compañia
por el aire en tropel se deslizaron,
y en un instante, sin torcer la via,
cual presto rayo, á San Quintin bajaron:
donde atizando el fuego que ya ardia,
con la amiga discordia se juntaron:
que andaba entre las huestes y campañas
infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso
por la señal postrera ya movido,
en un turbion espeso y polvoroso
corre al batido muro defendido:
¿quién fuera de lenguage tan copioso,
que pudiera esplicar lo que aqui vido?
mas aunque mi caudal no llegue á tanto,
haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Da el Rey Don Felipe el asalto á San Quintin: entra en ella victorioso; vienen los Araucanos sobre el fuerte de los Españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma
reducir el valor vuestro á grandeza,
á término pequeño y breve suma,
y á tan humilde estilo tanta alteza?
que aunque por campo próspera la pluma
corra con fértil vena y ligereza,
tanto el sugeto y la materia arguye,
que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
que me será juzgado á desatino,
pues llegado á razon yo mismo veo
que salgo de los términos á tino:
mas de serviros siempre el gran deseo
que siempre me ha tirado á este camino,
quizá adelgazará mi pluma ruda,
y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
esta mi presuncion y atrevimiento,
es el que agora pido, y el que pueda
enriquecer mi pobre entendimiento:
que si por vos, Señor, se me concede
lo que á nadie negais; soltaré al viento
con ánimo de ronca voz medrosa,
indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza coronado
por la justa razon con que lo pido,
espero que, Señor, seré escuchado,
que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
dije en el canto atras que arremetido
habia el furioso campo por tres vias
á las aportilladas baterías.

Y en la veloz corrida contrastando
los tiros y defensas contrapuestas:
lo va todo rompiendo y tropellando
con animoso pecho y manos prestas;
y á los batidos muros arribando
por los lados y partes mas dispuestas,
los unos y los otros se afrentaron,
y los ánimos y armas se tentaron.

Los Franceses con muestra valerosa,
armas y defensivos instrumentos
resisten la llegada impetuosa
y los contrarios ánimos sangrientos:
mas la gente Española mas furiosa
cuanto topaba mas impedimento,
con tenoso coraje y porfiado
rompe lo mas dificil y cerrado.

Vieron en las entradas defendidas
gran contienda, revuelta, y embarazos,
muertes estrañas, golpes, y heridas
de poderosos y gallardos brazos:
cabezas hasta el cuello y mas hendidas,
y cuerpos divididos en pedazos,
que no bastaban petos, ni celadas
contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se expugnaba y defendia
con esfuerzo y valor por todos lados:
era cosa de ver la herreria
de las armas y arneses golpeados:
la espantosa y horrenda artilleria,
las bombas, y artificios arrojados
de pólvora, alquitran, pez y resina,
aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
de lanzas y saetas arrojaban,
peñas, tablas, maderos que á gran priesa
de los muros y techos arrancaban;
la fiera rabia y gran teson no cesa,
hieren, matan, derriban y asi andaban
los unos y los otros tan revueltos
en horror, fuego, sangre, y humo envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
con libre y animosa confianza,
otros de miedo, por vivir, ofenden,
poniéndoles esfuerzo la esperanza:
otros que ya la vida no pretenden
procuran de su muerte la venganza,
y que caigan sus cuerpos de manera
que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
de una corriente y súbita avenida,
que si halla reparo y resistencia
hierve y crece allí la agua detenida:
al fin con mayor ímpetu y potencia
bramando abre el camino y la salida,
que las defensas rompe y desbarata,
y en violento furor las arrebata.

De tal manera la francesa gente
sin bastar resistencia y fuerza alguna
la arrebató la próspera corriente
del hado de Felipe y su fortuna:
que ya sin poder mas, forzadamente,
á la furia rendida, por la una
parte que estaba Cáceres dió entrada
á su enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el Almirante
el golpe de la gente resistia,
no fué, ni pudo al cabo ser bastante
á la pujanza y furia que venia:
quedó en prision con otros y adelante
la victoriosa y fiera compañía,
dejando eterna lástima y memoria
iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazon por la otra parte
que el diestro Navarrete peleaba,
sin ser ya la Francesa gente parte,
á puro hierro la Española entraba;
y á despecho y pesar del fiero Marte
que los Franceses brazos esforzaba,
haciendo gran destrozo y cruda guerra
de rota á mas andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot, que encomendada
le estaba la defensa de aquel lado:
he aquí tambien por la tercera entrada
que Julian Romero habia asaltado,
la suspensa fortuna declarada,
abriendo paso al detenido hado:
la mano á Don Felipe dió de modo,
que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
los ánimos del pueblo enflaquecido,
rompiendo el aire espeso y alto cielo
un general lamento y alarido:
las armas arrojadas por el suelo
escogiendo el vivir ya por partido,
acordaron con mísera huida
perder la plaza, y guarecer la vida.

Pero los vencedores cuando vieron
su gran temor y poco impedimento,
los brazos altos y armas suspendieron
por no manchar con sangre el vencimiento:
y sin hacer mas golpe arremetieron,
vuelto en codicia aquel furor sangriento,
al esperado saco de la tierra,
premio de la comun gente de guerra.

Quien las herradas puertas golpeando
quebranta los cerrojos reforzados:
quien por picas y gúmenas trepando
entra por las ventanas y tejados:
acá y allá rompiendo y desquiciando,
sin reservar lugares reservados,
las casas de alto abajo escudriñaban,
y á tiento, sin parar, corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente
cuando en un barrio ó vecindad se enciende,
que con rebato súbito la gente
corre con priesa, y al remedio atiende;
y por todas las partes francamente
quien entra, sale, sube, quien deciende,
sacando uno arrastrando, otro cargado
el mueble de las llamas escapado:

Asi la fiera gente victoriosa,
con prestas manos y con pies ligeros,
de la golosa presa codiciosa,
abre puertas, ventanas y agujeros;
sacando diligente y presurosa
cofres, tapices, camas, y rimeros,
y lo de mas y ménos importancia
sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas,
que los distantes cielos penetraban,
de viudas y huérfanas doncellas
la insaciable codicia moderaban:
ántes rompiendo sin piedad por ellas,
á lo mas defendido se arrojaban:
creyendo que mayor ganancia habia
donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo
por las calles, sin guarda, á la ventura,
los bellos rostros con rigor batiendo,
lamentando su hado y suerte dura:
y las míseras monjas que rompiendo
sus estatutos, límite y clausura,
de aquel temor atónito llevadas,
van por acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe, antes que entrasen,
habia mandado á todas las naciones,
que con grande cuidado reservasen
las mugeres y casas de oraciones;
y amigos y conformes evitasen
pendencias peligrosas y cuestiones,
que del saco y la presa á cada una
diese su parte franca la fortuna.

Las mugeres, que acá y allá perdidas,
llevadas del temor, sin tiento andaban,
por órden de Felipe recogidas
en seguro lugar las retiraban,
donde de fieles guardas defendidas
del bélico furor las amparaban,
que aunque fueron sus casas saqueadas,
las honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados obedientes
al cristiano y espreso mandamiento,
se mostraban en esto continentes,
frenando aun el primero movimiento
la revuelta y la mezcla de las gentes,
la mucha confusion y poco tiento
hizo que el daño en la ciudad creciese,
y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada
arrojando espesísimas centellas,
del fresco viento céfiro ayudada
procuraba subir á las estrellas:
la miserable gente infortunada
con dolorosas voces y querellas,
fijos los tiernos ojos en el cielo,
desmayando esforzazaba mas el duelo:

A todas partes gritos lastimosos
en vano por el aire resonaban :
y los tristes Franceses temerosos
en las contrarias armas se arrojaban ,
eligiendo por fuerza vergonzosos
el modo de morir que rehusaban,
ántes que como flacos encerrados
ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia
habia las fieras armas embotado ,
que con remedio presto y diligencia
todo el furor y fuego fué apagado:
al fin sin mas defensa y resistencia
dentro de San Quintin quedó alojado,
con la llave de Francia ya en la mano ,
hasta Paris abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba
el emisferio Antártico encendido,
cuando yo, que alegrisimo miraba
todo lo que en mi canto habeis oido ,
vi cerca una muger que me hablaba ,
mas blanco que la nieve su vestido ,
grave, muy venerable en el aspecto ,
persona al parecer de gran respecto.

Diciendo : si las cosas que dijere
por cierta y verdadera profecia
dificultosa alguna pareciere,
creeme , que no es ficcion ni fantasia ,
mas lo que el Padre eterno ordena y quiere
allá en su excelso trono y herarquia :
al cual está sujeto lo mas fuerte,
el hado, la fortuna , el tiempo y muerte.

Desta guerra y rencores encendidos
entre la España y Francia asi arraigados
resultarán conciertos y partidos,
por una parte y otra procurados:
en los cuales serán restituidos
al duque de Saboya sus estados,
con otros muchos medios provechosos,
en bien de Francia, y á la España honrosos.

Y para que mas quede asegurada
la paz con hermandad y firme asiento
con la prenda de Henrico mas amada
contraherá Don Felipe casamiento:
pero la cruda muerte acelerada
temprano deshará este ayuntamiento;
que el alto cielo asi lo determina,
y el decreto fatal y órden divina.

En este tiempo Francia corrompida,
la católica ley adulterando,
negará la obediencia al rey debida,
las sacrilegas armas levantando:
y con el cebo de la suelta vida
cobrará la maldad fuerza, juntando
de gente infiel ejército formado
contra la Iglesia y propio rey jurado.

Por insolencias viejas y pecados
vendrá el reyno á ser casi destruido:
y Cárlos de sus pérfidos soldados
á término dudoso reducido:
serán con desacato derribados
los suntosos templos, y ofendido
el mismo sumo Dios y Sacramento,
sobrando á la maldad su sufrimiento.

Mas vuestro rey con presta providencia,
previniendo al futuro daño luego,
atajará en España esta dolencia
con rigor necesario, á puro fuego:
curada la perversa pestilencia,
las armas, enemigas del sosiego:
con furia moverá contra el oriente,
enviando al Peñon su armada y gente.

Aunque no pueda de la vez primera
conseguir el efecto deseado:
volverá la segunda de manera
que el áspero Peñon será expugnado;
y dejando segura la carrera
y el morisco contorno amedrentado,
por causa de los puertos é invernada
retirará la victoriosa armada.

Vendrán á España á la sazon de Hungria
dos príncipes de alteza soberana,
hijos de César Máximo y María,
de Cárlos hija, y de Felipe hermana,
que acrecentando el gozo y alegria,
harán aquella corte y era ufana:
el mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
que á la fama darán materia presto.

Y de sus altas obras prometiendo
en su pequeña edad grande esperanza,
en años y virtud irán creciendo,
virtud y años muy dignos de alabanzas:
en quienes se verá resplandeciendo
un excelso valor y la crianza
del baron Dietristan, persona dina
de dar á tales príncipes dotrina.

Luego en el año próximo siguiente:
toda la cristiandad amenazando
la gruesa armada del infiel potente,
irá contra el poniente navegando,
con tan gran aparato y tanta gente
que temblarán las costas, y arribando,
á la isla de Malta dará fondo
que boja veinte leguas en redondo.

Donde el grande Maestre y caballeros
que dentro asistirán en este medio,
con otros capitanes forasteros
ofrecerán las vidas al remedio:
y siempre constantísimos y enteros,
resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
haciendo en la defensa tales cosas
que se podrán tener por milagrosas.

Serán batidos de uno y otro lado
por la tierra, por mar, por bajo y alto,
y el fuerte de Santelmo aportillado,
entrado á hierro en el noveno asalto:
el cual suceso al pueblo bautizado
pondrá en grande peligro y sobresalto;
porque en el puerto la Turquesca armada
tendrá por las dos bocas franca entrada.

Allí se verán hechos señalados,
difíciles empresas peligrosas,
ánimos temerarios arrojados
cuando las esperanzas mas dudosas:
postas, muros y fosos arrasados,
crudas heridas, muertes lastimosas,
casos grandes, sucesos infinitos
dignos de ser para en eterno escritos.

Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
y la fuerza al trabajo se rindiere,
el muro esté ya raso, el foso llano;
y la esperanza al suelo se viniere:
cuando el sangriento bárbaro inhumano
el cuchillo sobre ellos esgrimiere,
será entonces de todos conocido
lo que puede Felipe y es temido.

Pues con sola una parte de su armada
y número pequeño de soldados,
de su fortuna y crédito guiada
rebatirá los Otomanos hados;
y la afligida Malta restaurada,
serán los enemigos retirados,
las fatigadas velas dando al viento
con pérdida increible y escarmiento.

Luego el año despues con poderoso
ejército, en persona Solimano
por tierra moverá contra el famoso
César Augusto Emperador Romano:
y por la gran Panonia presuroso,
dejando á la derecha al Trasilvano,
y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
bajará á los confines de Croacia.

A Siguet plaza fuerte y recogida,
cuatro semanas la tendrá asediada,
y al cabo, sin poder ser socorrida,
del fiero Soliman será ocupada:
mas la empresa difícil y la vida
acabará en un tiempo, que la airada
muerte, arribando el limitado curso,
pondrá termino y punto á su discurso.

Por otra parte en Flandes los estados,
desasidos de Dios en estos dias,
turbarán el sosiego inficionados
de perversos errores y heregías:
y contra el rey Felipe conspirados
tentarán de maldad diversas vias;
trayendo á estado y condicion las cosas
que durarán gran término dudosas.

Tambien con pretension de libertarse,
en el próspero reino de Granada
los moriscos vendrán á levantarse,
y á negar la obediencia al rey jurada:
la cual alteracion por no estimarse,
ni ser á los principios remediada,
será de grandes daños, y costosa
de sangre ilustre y gente valerosa.

Irá á esta guerra un mozo, que escondido
anda en humildes paños y figura,
que su imperial linage esclarecido
difíciles empresas le asegura;
á quien tienen los hados prometido
una famosa y súbita ventura.
este es hijo de Cárlos que aun se cria,
y encubierto estará por algun dia.

Andará, como digo, disfrazado,
hasta que el padre al tiempo de la muerte
le dejará por hijo declarado,
subiéndole en un punto á tanta suerte:
será de todos con razon amado,
franco, esforzado, valeroso y fuerte,
es su nombre don Juan, y en esta parte
no puedo mas decir, ni revelarte.

Baste que á los Moriscos alterados
en su primera edad hará la guerra;
y los presidios rotos y ocupados
los vendrá á retirar dentro en la sierra,
adonde los tendrá tan apretados
que al fin reducirá la alzada tierra;
trasplantando en provincias diferentes
las raices malvadas y simientes.

Esta guerra acabada, de Alemaña
de damas y gran gente acompañada
la Infanta Ana vendrá, reina de España,
con el rey don Felipe desposada:
donde con pompa y magestad estraña
será la insigne boda celebrada
en la antigua Segovia, un tiempo silla
de los famosos reyes de Castilla.

Serán pues los dos príncipes llamados
del padre Emperador, que ya aquel dia
querrá dar nuevo asiento en sus estados,
y hacer rey á Rodolfo de la Hungría:
asique para Génova embarcados
arribarán, pasando á Lombardia,
por la ribera del Dánubio amena,
á su ciudad famosa de Viena.

Cuando ya la revuelta y turbaciones
de los tiempos den muestra de acabarse,
y el bélico furor y alteraciones
parezcan declinar y sosegarse;
entónces en las bárbaras regiones
comenzarán de nuevo á levantarse
las armas de los Turcos inhumanos
contra los poderosos Venecianos.

Y sacando una armada poderosa,
de todas sus provincias allegada,
en la vecina Cipro isla famosa,
descargará la furia represada:
y con espada cruda y rigurosa
será la tierra de ellos ocupada,
entrando á Famagosta, ya batida,
sobre palabra falsa y fementida.

Quedarán pues tan arrogantes desto
que la armada de gente reforzando,
con soberbio designio y presupuesto
irán la via de Italia navegando,
despreciando del mundo todo el resto,
y aun el poder del cielo despreciando:
tanto será su orgullo y fiera muestra
nacido del pecado y culpa vuestra.

Mas el alto Señor que otro dispone,
y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
que cuando faltan méritos, compone
con su sangre y pasion la duda agena,
y por solo un gemir luego repone
la punicion y merecida pena;
quebrantará con golpe riguroso
la soberbia del bárbaro ambicioso.

Que doliéndose ya de la fatiga
del pueblo pecador, pero cristiano;
contra la gente pérfida enemiga
esgrimirá la poderosa mano:
así de inspiracion habrá una liga,
donde el Papa y senado Veneciano
juntarán su poder, su fuerza y gente
con la del rey católico potente.

Será en gracia de todos elegido
general de la Liga el floreciente
mozo que en su niñez desconocido
anda en hábito humilde entre la gente:
pero no me es á mi ya concedido
revelar lo futuro abiertamente,
hasta que lo verás, pues te asegura
mas larga vida el hado que ventura.

Mas si quieres saber de esta jornada
el futuro suceso nunca oido,
y la cosa mas grande señalada
que jamás en historia se ha leido;
cuando acaso pasares la cañada
por donde corre Rauco mas ceñido,
verás al pié de un líbano en la orilla
una mansa y doméstica corcilla.

Conviénete seguirla con cuidado,
hasta salir en una gran llanura,
al cabo de la cual verás á un lado
una fragosa entrada y selva escura:
y tras la corza tímida emboscado,
hallarás en mitad de la espesura,
debajo de una tosca y hueca peña
una oculta morada muy pequeña.

Allí por ser lugar inhabitable,
sin rastro de persona ni sendero,
vive un anciano viejo venerable,
que famoso soldado fué primero;
de quien sabrás dó habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
el cual te informará de muchas cosas,
que están aun por venir, maravillosas.

No quiero decir mas en lo tocante
á las cosas futuras, pues parece
que habrá materia y campo asaz bastante
en lo que de presente se te ofrece,
para llevar tus obras adelante,
pues la grande ocasion te favorece,
que á mi solo hasta aquí me es concedido
el poderse decir lo que has oido.

Mas si el furor de Marte y la braveza
te tuvieren la pluma destemplada,
y quisieres mezclar con su aspereza
otra materia blanda y regalada;
vuelve los ojos, mira la belleza
de las damas de España, que admirada
estoy, segun el bien que allí se encierra,
como no abrasa Amor toda la tierra.

Mas tente, que me importa á mí primero
que de los ojos fáciles te fies,
prevenir el peligro venidero,
para que dél con tiempo te desvies;
y no aguardes al termino postrero,
ni en tu fuerza y mi ayuda te confies,
que aunque quiera despues contraponerme,
tu cerrarás los ojos por no verme.

¡O condicion humana¡ que al instante
que me privó que el rostro no volviese,
solo aquel impedirme fué bastante
á que el pronto apetito se encendiese:
y así sin esperar mas que adelante
en el sano consejo procediese,
volvilos ojos luego, y de improviso
vi, si decirse puede, un paraiso.

En un asiento fértil y sabroso
de alegres plantas y árboles cercado
dó el cielo se mostraba mas hermoso
y el suelo de mil flores variado,
cerca de un claro arroyo sonoroso
que atravesaba el fresco y verde prado
vi junta toda cuanta hermosura
supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
que en la dichosa España florecian,
el claro sol, la luna y las estrellas
en su respeto escuras parecian,
y sobre sus cabezas todas ellas
olorosas guirnaldas sostenian
de mil varias maneras rodeadas
de rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos
gran copia de galanes estimados,
al regalado y blando amor rendidos,
corriendo tras sus fines y cuidados;
unos en esperanza sostenidos,
otros en sus riquezas confiados,
todos gozando alegres, y contentos
de sus lozanos y altos pensamientos.

En esto con presteza y furia estraña
arrebatado por el aire vano
la alta cumbre dejé de la montaña,
bajando al deleitoso y fértil llano:
donde si la memoria no me engaña,
vi la mi guia á la derecha mano,
algo medrosa, y con turbado gesto
de haberme en tanto riesgo y trance puesto.

Que luego que los piés puse en el suelo
los codiciosos ojos ya cebando,
libres del torpe y del grosero velo
que la vista hasta allí me iba ocupando,
un amoroso fuego y blando hielo
se me fué por venas regalando,
y el brio rebelde y pecho endurecido
quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme
en obras y canciones amorosas,
y mudar el estilo, y no curarme
de las ásperas guerras sanguinosas,
con gran gana y codicia de informarme
de aquel asiento y damas tan hermosas,
en especial y sobre todas una
que ví á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
en su sosiego discrecion madura,
y á mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino, y mi ventura;
yo que saber su nombre deseaba,
rendido y entregado á su hermosura,
ví á sus pies una letra que decia:
del tronco de Bazan doña María.

Y por saber mas della, revolviendo
el rostro y voz á la prudente guia,
súbito el alboroto y fiero estruendo
de las bárbaras armas y armonia
me despertó del dulce sueño, oyendo:
arma, arma, presto, presto, y parecia
romper el alto cielo los acentos
de las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido,
á las vecinas armas corrí presto,
poniéndome en un punto apercibido
en mi lugar y señalado puesto:
cuando con ferocísimo alarido,
por la áspera ladera del recuesto
apareció gran número de gente,
y la rosada Aurora en el oriente.

Luego tambien por una y otra parte,
con no menores voces y denuedo,
tanta gente asomó, que al fiera Marte
con su temeridad pusiera miedo:
mas para proceder parte por parte,
segun estoy cansado, ya no puedo:
en el siguiente y nuevo canto pienso
de declararlo todo por estenso.

CANTO XIX.

Refiérese el asalto que los Araucanos dieron á los Españoles en el fuerte de Penco : la arremetida de Gracolano á la muralla, la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navíos, tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
no comienza á esparcir vuestros loores,
y si mis bajos versos no levanto
á concetos de amor y obras de amores
mi priesa es grande, y que decir hay tanto
que á mil desocupados escritores
que en ello trabajasen noche y dia,
para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mi pesar me veo
desta materia y presupuesto nuevo,
me sacará al camino el gran deseo
que tengo de cumplir con lo que os debo :
y si el adorno y conveniente arreo
me faltan, baste la intencion qué llevo,
que es hacer lo que puedo de mi parte,
supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la Española gente, que se queja
con causa justa y con razon bastante,
dándome mucha priesa, no me deja
lugar para que de otras cosas cante:
que el ejército bárbaro la aqueja
cercando entorno el fuerte en un instante
con terrible amenaza y alarido,
como en el canto atras lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
tres gruesos escuadrones parecieron,
juntos á un mismo tiempo hicieron alto
y el sitio desde allí reconocieron:
visto el foso y el muro, el fiero asalto,
dada la seña todos tres movieron,
esgrimiendo las armas de tal suerte
que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano no olvidado
de la arrogante oferta y gran promesa,
de varias y altas plumas rodeado,
blandiendo una tostada pica gruesa,
venia de ellos gran trecho adelantado,
rompiendo por el humo y lluvia espesa
de las balas y tiros arrojados
por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
la larga pica, arremetió furioso,
y en tierra el firme regaton fijando,
atravesó de un salto el ancho foso,
y por la misma pica gateando,
arriba sobre el muro victorioso
apesar de las armas contrapuestas,
lanzas, picas, espadas y ballestas

No agarrochado toro embravecido
la barrera embistiò tan impaciente ;
ni fué con tanta fuerza resistido
de espesas armas y apiñada gente :
como el gallardo bárbaro atrevido ,
que temeraria y venturosamente
rompiendo al parecer lo mas seguro ,
sube por fuerza al defendido muro.

Donde sueltas las armas empachadas ,
que aprovecharse dellas no podia ,
á bocados , á coces y á puñadas
ganar la plaza él solo pretendia ;
los tiros , golpes , botes, y estocadas
con gran destreza y maña rebatia ,
poniendo pecho y hombro suficiente
al ímpetu y furor de tanta gente.

Enmedio de las armas , á pié quedo ,
sin ellas su promesa sustentaba ,
y con gran pertinacia y poco miedo ,
de morir mas adentro procuraba ,
y en el vano propósito y denuedo ,
herido ya en mil partes , porfiaba ,
que su loca fortuna y diestra suerte
tenian suspenso el golpe de la muerte.

Asique en la demanda necia instando ,
se arroja entre los hierros , y se mete ,
cual perro espumajoso, que rabiando
adonde mas le hieren arremete :
y el peligro y la vida despreciando ,
lo mas dudoso y áspero acomete ,
desbaratando entorno mil espadas
al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo y tratado
segun la temeraria confianza,
no de su pretension desconfiado,
mas con alguna ménos esperanza,
á los brazos cerró con un soldado
y de las manos le sacó la lanza,
sobre la cual echándose en un punto,
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna ya cansada
de serle curadora de la vida,
dió paso en aquel tiempo á una pedrada
de algun gallardo brazo despedida,
que en la cóncava sien la arrebatada
piedra gran parte le quedó sumida,
trabucándole luego de lo alto,
yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el Troyano Euricio, que volando
la tímida paloma por el cielo,
con gran presteza el corvo arco flechando,
la atravesó en la furia de su vuelo,
que retorciendo el cuerpo y revolando,
como redondo ovillo vino al suelo:
así el herido mozo en descubierto
dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y dos heridas justamente,
cayó el mísero cuerpo atravesado;
sin el último golpe de la frente
que el número cerró ya rematado:
y la pica que el bárbaro valiente
de franca y buena guerra habia ganado,
quedó arrimada al foso, de manera,
que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido
habia de acompañarle en el asalto,
y con él hasta el foso arremetido
aunque no se atrevió á tan grande asalto,
como al valiente amigo vió tendido,
y descubrir la pica por lo alto,
la arrebató, tomando por remedio
poner con piés, ligeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza,
contra el hado preciso y dura suerte,
ni basten prestos piés, ni ligereza
á escapar de las manos de la muerte;
que el que piensa huir con mas presteza,
le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
como al ligero bárbaro le avino,
en mudando propósito y camino:

Que apénas cuatro pasos habia dado
cuando dos gruesas balas le cogieron,
y de la espalda al pecho atravesado,
á un tiempo por dos partes le tendieron:
no dió la alma tan presto, que un soldado
de los que á socorrerle arremetieron,
de la costosa lanza no trabase,
y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando,
la gruesa pica en alto levantaron:
y á toda furia en hila igual cerrando,
al foso con gran ímpetu llegaron:
donde forzosamente reparando,
la municion y flechas descargaron
en tanta multitud, que parecian,
que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira,
que así nuestro Español era llamado,
de léjos la perdida lanza mira,
que el muerto Gracolan le habia ganado:
con loable verguenza, ardiendo en ira,
de recobrar su honor deliberado,
por una angosta puerta que alli habia
solo y sin lanza á combatir salia.

Con un osado jóven que delante
venia, la tierra y cielo despreciando,
de proporcion y miembros de gigante,
una asta de dos costas blandeando,
que acá y allá con término galante,
la gruesa y larga pica floreando,
ora de un lado y otro, ora derecho
quiso tentar del enemigo el pecho;

Tirando un recio bote, que cebado
le retrujo seis pasos, de tal suerte
que el gallardo Español desatinado
se vió casi en las manos de la muerte:
pero como animoso y reportado,
haciendo recio pié se tuvo fuerte,
pensando asir la pica con la mano:
mas este pensamiento salió vano.

Que el Indio con destreza y gran soltura
saltó ligero atras, cobrando tierra,
y blandiendo la gruesa pica dura
quiso con otro rematar la guerra:
mas el pronto Español, que entrar procura,
dándole lado, de la pica aferra,
y aguijando por ella á su despecho,
cerró presto con él pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
una secreta daga que traia ;
cinco veces ó seis por el costado
del bravo corazon tentó la via:
el bárbaro mortal, ya desangrado,
por todas la furiosa alma rendia,
cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio,
ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente Español que vió tendido
à su enemigo y la victoria cierta,
cobró la pica y crédito perdido,
retrayéndose ufano hácia la puerta:
donde por los amigos conocido,
fué sin contraste en un momento abierta,
y dentro recibido alegremente,
con grande aplauso y grita de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
la plaza los contrarios expugnaban,
que á vencer ó morir determinados
por los fuegos y tiros se lanzaban:
y encima de los muertos hacinados,
los vivos à tirar se levantaban,
de donde mas la cierta punteria
el encubierto blanco descubria.

Unos con ramas, tierra y con maderos,
ciegan el hondo foso presurosos,
otros que mas presumen de ligeros
hacen pruebas y saltos peligrosos,
y los que les tocaba ser postreros,
de llegar ä las manos deseosos,
tanto el ir adelante procuraban,
que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
de nuestros arcabuces de mampuesto,
y de otros arrojos y caidos
el foso se cegó y allanó presto.
por do los enemigos atrevidos
arremetieron, el temor pospuesto,
llegando por las partes mas guardadas
á medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,
de nuevo empiezan un combate duro;
mas otros con mayor atrevimiento
trepaban por las picas sobre el muro;
que al bárbaro furor y atrevimiento
ningun alto lugar habia seguro,
ni parte, por mas áspera que fuese,
donde no se escalase y combatiese,

Los nuestros sobre el muro amontonados
los rebatan, impelen y maltratan,
y con lanzas y tiros arrojados,
los derriban abajo y desbaratan:
mas poco los demas escarmentados
la dificil subida no dilatan,
ántes procuran luego embravecidos
ocupar el lugar de los caidos.

Unos asi tras otros procediendo,
ganosos de honra, y de temor desnudos,
siempre la priesa y multitud creciendo,
crece la furia de los golpes crudos:
los defendidos términos rompiendo,
cubiertos de sus cóncavos escudos,
nos pusieron en punto y apretura
que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso
apareció gallardo en la muralla,
esgrimiendo un baston fuerte y nudoso
todo cubierto de luciente malla:
como el leon de Libia vedijoso,
que abriendo de la timida canalla
al tejido escuadron, con furia horrenda
desembaraza la impedida senda:

Asi el furioso bárbaro arrogante
discurre por el muro, derribando
cuanto alli se le opone y ve delante,
su misma gente y armas tropellando:
quisiera tener lengua y voz bastante
para poder en suma ir relatando
el singular esfuerzo y valentia,
que el bravo Tucapel mostró aquel dia.

No las espesas picas, ni pertrechos
bastan puestas encontra á resistirle,
ni fuertes brazos, ni robustos pechos
pueden acometiéndole, impedirle;
que montones de gentes y armas hechos
rompe y derriba, sin poder sufrirle,
y aun no contento desto, osadamente
se arroja dentro, enmedio de la gente.

Y al peligro las fuerzas añadiendo,
la poderosa maza rodeaba,
á unos desbaratando, á otros rompiendo,
siempre mas tierra y opinion ganaba:
al fin los duros golpes resistiendo,
por las armas y gente atravesaba,
hiriendo siempre á diestro y á siniestro,
con granderiesgo suyo y daño nuestro.

Tambien hácia la banda de poniente
habia Peteguelen arremetido,
y á despecho y pesar de nuestra gente
en lo mas alto del bastion subido:
que el valeroso corazon ardiente
le habia por las entrañas esparcido
un belicoso ardor, como si fuera
en la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró, que á poca pieza
le arrebató una bala desmandada
de los dispuestos hombros la cabeza,
rematando su próspera jornada:
tras esta disparó luego otra pieza
hácia la misma parte encaminada,
llevando á Guampicol que le seguia,
y á Surco, Longomilla, y Lebopia.

La gente que en las naos habia quedado,
viendo el rumor y pieza repentina,
cual salta luego arriba desarmado,
cual con rodela, cual con corozina,
quien se arroja al batel, y quien á nado
piensa arribar mas presto á la marina,
llamando cada cual á quien debia,
y ninguno aguardaba compañia.

Asi á nado y á remo con gran pena
el molesto y prolijo mar cortaron,
y en la ribera y deseada arena
casi todos á un tiempo pié tomaron,
donde con disciplina y órden buena
un cerrado escuadron luego formaron,
marchando á socorrer á los amigos
por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habia sacado los piés, cuando
por la parte de abajo con ruido
les sale un escuadron encontra, dando
una furiosa carga y alarido;
venia el primero el paso apresurando
el suelto Feniston, mozo atrevido,
que de los otros quiso adelantarse,
con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con órden y osadía
siguiendo su derrota y firme intento,
á la enemiga opuesta arremetia,
que aun de esperar no tuvo sufrimiento,
y á recibir á Feniston salia
con paso no menor y atrevimiento,
el diestro Julian de Velenzuela,
la espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto,
el presto Feniston anticipado,
dando un ligero y no pensado salto
con el cual descargó un baston pesado:
mas Valenzuela, la rodela en alto,
á dos manos el golpe ha reparado,
dejándole atronado de manera,
como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
tanto fué el golpe recio y desmedido,
y el trasportado jóven una pieza
fué rodando de manos, aturdido:
mas luego, aunque atronado, se endereza,
y volviendo del todo en su sentido,
pudo al través hurtándose de un salto,
huir la maza que caiaba de alto.

Entró el leño por tierra una gran pedazo
con el gran peso y fuerza que traia,
que visto Velenzuela el embarazo
del bárbaro y el tiempo que él tenia,
metiendo con presteza el pié y el brazo
el pecho con la espada le cosia,
y al casar la caliente y roja espada
le llevó de rebes media quijada.

El Araucano ya con desatino
le echó los brazos, sin saber por donde;
mas el jóven tentando otro camino,
arrancada la daga, le responde:
que con la priesa y fuerza que convino
tres veces en el cuerpo se la esconde,
haciéndole estender ya casi helados
los pies y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
que solo un punto alli estuviese ocioso;
mas cada cual solicito corria,
á lo mas necesario y peligroso:
era el estruendo tal, que parecia
el batir de las armas presuroso,
que de sus fijos quicios todo el cielo
desencajado, se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla
siempre con rabia y priesa hervorosa.
andaba muy reñida la batalla,
y la victoria en confusion dudosa,
vuela en el aire la cortada malla,
y de sangre caliente y espumosa
tantos arroyos en el foso entraban:
que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de acá y allá gallardamente
por la plaza y honor se contendia,
quien sobre el muro sube diligente,
quién muerto sobre el vivo allí caia:
Don García de Mendoza entre su gente
su cuartel con esfuerzo defendia,
al gran furor y bárbara violencia
haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
don Francisco de Andia y Espinosa,
y don Simon Pereyra, Lusitano,
don Alonso Pacheco y Ortigosa
contrapuestos al ímpetu Araucano,
hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
resistiendo á gran número la entrada
á pura fuerza y valerosa espada.

Basco Juarez tambien por otra parte,
Carrillo, y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba, y Pedro de Olmos de Aguilera,
subidos sobre el alto baluarte
herian en los contrarios de manera,
que aunque eran infinitos, bien seguro
por toda aquella banda estaba el muro.

No ménos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica, y Campo frio,
Don Martin de Guzman, y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zuñiga, y Berrío,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
haciendo cosas que el ingenio mio,
aunque libre de estorbos estuviera,
contarlos por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
los fieros Araucanos aflojaron,
y rostro á rostro en paso concertado
quebrantado el furor se retiraron:
los otros, visto el paño no pensado,
tambien del loco intento se apartaron,
quedando Tucapel dentro del Fuerte
hiriendo, derribando, y dando muerte.

No desmayó por esto, ántes ardia
en cólera rabiosa y viva saña,
y aqui y allí furioso discurria
haciendo en todas partes riza estraña,
tropella á Bustamante, y á Mejia:
derriba á Diego Perez, y à Saldaña:
mas ya es razon pues he cantado tanto,
dar fin al gran destrozo y largo canto,

CANTO XX.

Retíranse los Araucanos con pérdida de mucha gente: escápase Tucapel muy herido, rompiendo por los enemigos: cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa, sin mirar primero
lo que de su caudal y fuerza siente:
que quien en prometer es muy ligero,
proverbio es que despacio se arrepiente:
la palabra es empeño verdadero,
que habemos de quitar forzosamente,
y es derecho comun y ley espresa
guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera de estas leyes va la usanza
que en este tiempo misero se tiene,
promesas que os ensanchan la esperanza,
y ninguna se cumple ni mantiene:
así vana y necia confianza
que estribando en el aire nos sostiene,
se viene al suelo, y llega al desengaño
cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir cuan trabajada
me tiene la memoria, y con cuidado
la palabra que dí, bien escusada,
do acabar este libro comenzado,
que la seca materia, disgustada,
tan desierta y estéril que he tomado,
me promete hasta el fin trabajo sumo,
y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas,
trás las roncas trompetas y atambores,
pudiendo ir por jardines y florestas,
cogiendo varias y olorosas flores;
mezclando en las empresas y requestas
cuentos, ficciones, fábulas y amores,
donde correr sin límite pudiera,
y dando gusto, yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
discordia, fuego, sangre, enemistades,
odios, rencores, sañas y bravezas,
desatino, furor temeridades,
rabias, iras, venganzas y fierezas,
muertes, destrozos, rizas, crueldades,
que al mismo Marte ya pondrán hastío,
agotando un caudal mayor que el mio?

Mas á mí me es forzoso ser paciente
pues de mi voluntad quise obligarme,
y así os pido, Señor, humildemente
que no os dé pesadumbre el escucharme,
que el atrevido bárbaro valiente
aun no me da lugar de disculparme:
tal es la furia y priesa con que viene,
que apresurar la mano me conviene.

El cual como encerrada bestia fiera
ora de aquella, y ora desta parte,
abre sangrienta y áspera carrera,
y por todas el daño igual reparte
con un orgullo tal, que acometiera
allá en su quinto trono al fiero Marte,
si viera modo de subir al cielo,
segun era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido,
y el ejército bárbaro deshecho,
y todo el fiero hierro convertido
contra su fuerte y animoso pecho:
se retrujo á una parte, en la cual vido
que el cerro era peynado y muy derecho,
sin muro de aquel lado, donde un salto
habia de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazon alas tuviera
mas seguras que Dédalo las tuvo,
se arroja desde arriba de manera
que parece que en ellas se sostuvo:
hizo prueba de sí fuerte y ligera,
que el salto, aunque mortal, en poco tuvo,
cayendo abajo el bárbaro gallardo,
como una Onza ligera, ó suelto Pardo.

Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
infinidad de tiros le arrojaron,
que aunque no le alcanzara el pensamiento
ántes que fuese abajo le alcanzaron:
fué tanto el descargar, que en un momento
en mas de diez lugares le llagaron;
pero no de manera que cayese,
ni solo un paso y pié descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido luego
del propósito y salto arrepentido,
abrasado en rabioso y vivo fuego,
terrible y mas que nunca embravecido,
quisiera revolver de nuevo al juego,
y vengarse del daño recibido;
mas era imaginarlo desatino,
que el cerro era atajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la dificil via
y de fortuna el crédito tentaba,
que fácil lo imposible le hacia
el corage y furor que le incitaba:
por un lado y por otro discurria,
todo de acá y de allá lo rodeaba,
como el hambriento lobo encarnizado
rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
y de tiros sobre él la lluvia espesa;
retirándose á un lado, vió en el llano
la trabada batalla y fiera presa:
y como el levantado halcon lozano,
que yendo alta la garza, se atraviesa
el cobarde milano, y desde el cielo
cala á la presa con furioso vuelo:

Asi el gallardo Tucapel dejado
el temerario intento infructuoso,
revuelve á la otra banda, encaminado
al reñido combate sanguinoso:
en esto el bando infiel desconfiado,
de mucha gente y sangre perdidoso
se retiró, siguiendo las banderas,
que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
un solo paso el bárbaro valiente,
ántes recio embistió por una banda,
tropellando de golpe muchagente,
y dándoles terrible escurribanda,
pasó de un cabo á otro francamente,
hiriendo y derribando de manera,
que dejó bien abierta la carrera.

Quien queda allí estropiado, quien tullido,
quien se duele, quien gime, quien se queja:
quien cae acá, quien cae allá aturdido,
quien haciéndole plaza, dél se aleja,
y en el largo escuadron de armas tejido
un gran portillo y ancha calle deja,
con el furor que el fiero rayo apriesa
rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel abriendo
de parte á parte el escuadron cristiano,
arriba á los amigos, que siguiendo
iban la retirada á paso llano,
con el concierto y órden procediendo,
que vemos ir las grullas el verano,
cuando de su tendida y negra banda,
ninguna se adelanta, ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos
que á espaldas vueltas iban ya marchando;
de nuestro fuerte en gran tropel salimos,
en la campaña un escuadron formando,
y á paso moderado los seguimos,
de la victoria enteramente usando;
pero dimos la vuelta apresurada
temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró pues el reñido asalto tanto
que el sol en lo mas alto levantado,
distaba del poniente en punto cuanto
estaba del oriente desviado:
nosotros ya seguros entretanto,
que remataba el curso acostumbrado
dando lugar á las nocturnas horas,
del personal trabajo aliviadoras:

El ciego foso alrededor limpiamos,
sin descansar un punto diligentes,
y en muchas partes dél desbaratamos
anchas traviesas y formadas puentes:
los lugares mas flacos reparamos,
con industria y defensas suficientes,
fortificando el sitio de manera
que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche á mas andar cubriendo
la tierra, que la luz desamparaba,
se fué toda la gente recogiendo,
segun y en el lugar que le tocaba:
la guardia y centinelas repartiéndo,
que el tiempo estrecho à nadie reservaba,
me cupo el cuarto de la primera en suerte
en un bajo recuesto junto al Fuerte,

Donde con el trabajo de aquel dia,
y no me haber en quince desarmado,
el importuno sueño me afligia,
hallándome molido y quebrantado:
mas con nuevo ejercicio resistia
paseándome desto y de aquel lado,
sin parar un momento, tal estaba
que de mis propios piés no me fiaba,

No el manjar de sustancia vaporoso,
ni vino muchas veces trasegado,
ni el hábito y costumbre de reposo
me habia el grave sueño acarreado;
que bizcocho magrisimo y mohoso,
por medida de escasa mano dado;
y la agua llervediza desabrida
era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia
en dos tasados puños de cebada,
que cocida con yerbas nos servia
por la falta de sal, la agua salada,
la regalada cama en que dormia
era la húmida tierra empantanada,
armado siempre, y siempre en ordenanza,
la pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando pues asi con el molesto
sueño que me aquejaba porfiando,
y en gran silencio el encargado puesto
de un canto al otro canto paseando,
vi que estaba el un lado del recuesto
lleno de cuerpos muertos blanqueando,
que nuestros arcabuces aquel dia,
habian hecho gran riza y bateria.

No mucho despues desto, yo que estaba
con ojo alerto y con atento oido
senti de rato en rato que sonaba,
hácia los cuerpos muertos un ruido,
que siempre al acabar se remataba
con un triste suspiro sostenido,
y tornaba á sentirse, pareciendo
que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo

La noche era tan lóbrega y escura
que divisar lo cierto no podia;
y asi por ver el fin de esta aventura,
(aunque mas por cumplir lo que debia)
me vine agazapado en la verdura,
hácia la parte que el rumor se oia,
donde vi entre los muertos ir oculto
andando á cuatro pies un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho,
con un temor que agora aun no le niego,
la espada en mano y la rodela al pecho
llamando á Dios, sobre él aguijé luego:
mas el bulto se puso en pié derecho,
y con medrosa voz y humilde ruego
dijo: señor, señor, merced te pido,
que soy muger, y nunca te he ofendido.

Si mi dolor y desventura estraña
á lastima y piedad no te inclinaren,
y tu sangrienta espada y fiera saña,
de los términos lícitos pasaren:
¿qué gloria adquirirás de tal hazaña,
cuando los justos cielos publicaren
que se empleó en una muger tu espada,
viuda, misera, triste y desdichada?

Ruégote pues, señor, si por ventura,
ó desventura como fué la mia,
con amor verdadero y con fé pura
amaste tiernamente en algun dia,
me dejes dar á un muerto sepultura
que yace entre esta muerta compañía:
mira que aquel que niega lo que es justo,
lo malo aprueba ya, y se hace injusto.

No quieras impedir obra tan pia,
que aunque en bárbara guerra se concede,
que es especie y señal de tiranía
usar de todo aquello que se puede:
deja buscar su cuerpo á esta alma mia,
despues furioso con rigor procede,
que ya el dolor me ha puesto en tal estremo
que mas la vida que la muerte temo.

Que no sé mal que ya dañarme pueda,
no hay bien mayor que no le haber tenido,
acábese y fenezca lo que queda,
pues que mi dulce amigo ha fenecido:
que aunque el cielo cruel no me conceda
morir, mi cuerpo con el suyo unido,
no estorbará, por mas que me persiga,
que mi afligido espiritu le siga.

En esto con instancia me rogaba
que su dolor de un golpe rematase;
mas yo, que en duda y confusion estaba,
aun teniendo temor que me engañase;
del verdadero indicio no fiaba,
hasta que un poco mas me asegurase,
sospechando que fuese algun espia
que á saber como estábamos venia.

Bien que estuve dudoso; pero luego
aunque la noche el rostro le encubria,
en su poco temor y gran sosiego,
ví que verdad en todo me decia,
y que el pérfido amor ingrato y ciego,
en busca del marido la traia,
el cual en la primera arremetida
queriendo señalarse dió la vida.

Movido pues á compasion de vella
firme en su casto y amoroso intento,
de allí salido, me volví con ella,
á mi lugar y señalado asiento:
donde yo le rogué que su querella,
con ánimo seguro y sufrimiento,
desde el principio al cabo me contase,
y desfogando la ansia descansase.

Ella dijo: ay de mí! que es imposible
tener jamás descanso hasta la muerte,
que es sin remedio mi pasion terrible,
y mas que todo sufrimiento fuerte,
mas aunque me será cosa insufrible,
diré el dircurso de mi amarga suerte,
quizá que mi dolor, segun es grave,
podrá ser que esforzándole me acabe.

Yo soy Tegualda, hija desdichada
del Cacique Brancol desventurado,
de muchos por hermosa en vano amada,
libre un tiempo de amor y de cuidado;
pero muy presto la fortuna airada
de ver mi libertad y alegre estado,
turbó de tal manera mi alegria,
que al fin muero del mal que no temia.

De muchos fuí pedida en casamiento,
y á todos igualmente despreciaba,
de lo cual mi buen padre descontento
que yo aceptase alguno me rogaba;
pero con franco y libre pensamiento
de su importuno ruego me escusaba,
que era pensar mudarme desvario,
y martillar sin fruto en hierro frio.

No por mis libres y ásperas respuestas
los firmes pretensores aflojaron,
ántes con nuevas pruebas y requestas,
en su vana demanda mas instaron:
y con danzas, con juegos, y otras fiestas
mudar mi firme intento procuraron;
no les bastando maña ni artificio,
á sacar mi propósito de quicio.

Muy presto pues llegó el postrero dia
desta mi libertad y señorío,
¡ó si lo fuera de la vida mia!
pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia
donde el claro Gualebo, manso rio,
despues que sus viciosos campos riega,
el nombre y agua al ancho Itáta entrega:

Allí para castigo de mi engaño,
que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
y como habia de ser para mi daño,
fácilmente conmigo lo acabaron:
luego por órden y artificio estraño,
la larga senda y pasos enramaron,
pareciéndoles malo el buen camino,
y que el sol de tocarme no era dino.

Llegué por varios arcos donde estaba
un bien compuesto y levantado asiento,
hecho por tal manera que ayudaba,
la maestra natura al ornamento:
el agua clara entorno murmuraba,
los árboles movidos por el viento,
hacian un movimiento y un ruido,
que alegraban la vista y el oido,

Apenas pues en él me habia sentado,
cuando un alto y solemne bando echaron,
y del ancho palenque y estacado,
la embarazosa gente despejaron:
cada cual á su puerto retirado,
la costumbrada lucha comenzaron,
con un silencio tal y que los presentes
juzgaron ser pinturas mas que gentes.

Aunque habia muchos jóvenes lucidos
todos al parecer competidores,
de diferentes suertes y vestidos,
y de un fin engañoso pretensores;
no estaba en cuales eran los vencidos,
ni cuales habian sido vencedores,
buscando acá y allá entretenimiento,
con un ocioso y libre pensamiento.

Yo que en cosa de aquellas no paraba,
el fin de sus contiendas deseando,
ora los altos árboles miraba,
de natura las obras contemplando,
ora la agua que el prado atravesaba,
las varias pedrezuelas numerando,
libre á mi parecer y muy segura,
de cuidado de amor y desventura.

Cuando un gran alboroto y vocería
(cosa muy cierta en semejante juego)
se levantó entre aquella compañia,
que me sacó de seso y de sosiego:
yo queriendo entender lo que seria,
al mas cerca de mi pregunté luego
la causa de la grita ocasionada,
que me fuera mejor no saber nada.

El cual dijo: señora, ¿no has mirado
cómo el robusto jóven Mareguano
con todos cuantos mozos ha luchado,
los ha puesto de espalda en el llano?
y cuando ya esperaba confiado,
que la bella guirnalda de tu mano,
le ciñera la ufana y leda frente,
en premio y por señal de mas valiente:

Aquel gallardo mozo bien dispuesto
del vestido de verde y encarnado,
con gran facilidad le ha en tierra puesto,
llevándole el honor que habia ganado:
y el fácil y liviano pueblo desto,
como de novedad maravillado,
ha levantado aquel confuso estruendo,
la fuerza del mancebo encareciendo.

Y tambien Mareguano que procura
de volver á luchar, el cual alega,
que fué siniestro acaso y desventura,
en que fuerza y maña el otro no le llega;
pero la condicion y la postura,
del espreso cartel se lo deniega,
aunque el jóven con ánimo valiente
dá voces, que es contento y lo consiente.

Pero los jueces por razon no admiten,
del uno ni de otro el pedimento,
ni en modo alguno quieren ni permiten,
inovacion en esto y movimiento;
mas que de su propósito se quiten,
si entrambos de comun consentimiento,
pareciendo primero en tu presencia,
no alcanzaren de ti franca licencia.

En esto á mi lugar enderezando
de aquella gente un gran tropel venia,
que como junto á mi llegó cesando
el discorde alboroto y vocería,
el mozo vencedor la voz alzando,
con una humilde y baja cortesía,
dijo: señora, una merced te pido,
sin haberla mis obras merecido:

Que si soy estrangero, y no merezco
hagas por mi lo que es tan de tu oficio,
como tu siervo natural te ofrezco,
de vivir y morir en tu servicio:
que aunque el agravio aquí yo le padezco,
por dar desta mi oferta algun indicio,
quiero si dello fueres tú servida,
luchar con Mareguano otra caida.

Y otra y otra, y aun mas, si él quiere quiero,
hasta dejarle en todo satisfecho,
y consiento que al punto y ser primero,
se reduzca la prueba y el derecho:
que siendo en tu presencia cierto, espero
salir con mayor gloria deste hecho:
danos licencia, rompe el estatuto,
con tu poder sin límite absoluto.

Esto dicho con baja reverencia
la respuesta, mirándome, esperaba;
mas yo que sin recato y advertencia,
escuchándole atenta le miraba,
no solo concederle la licencia,
pero ya que venciese deseaba,
y asi le respondi: si yo algo puedo
libre y graciosamente lo concedo.

Luego con un gallardo continente
ambos juntos de mi se despidieron,
y con grande alborozo de la gente,
en la cerrada plaza los metieron:
adonde los padrinos igualmente,
el sol ya bajo y campo les partieron,
y dejándolos solos en el puesto,
el uno para el otro movió presto.

Juntáronse en un punto, y porfiando
por el campo anduvieron un gran trecho,
ora volviendo en torno y volteando,
ora yendo al traves, ora al derecho,
ora alzándose en alto, ora bajando,
ora en si recogidos pecho á pecho;
tan estrechos gimiendo se tenian,
qué recibir aliento aun no podian:

Volvian á forcejar con un ruido,
que era de ver oirlos cosa estraña,
pero el mozo estrangero ya corrido;
de su poca pujanza y mala maña,
alzò de tierra al otro, y de un gemido,
de espaldas le trabuca en la campaña,
con tal golpe, que al triste Mareguano
no le quedó sentido el hueso sano.

Luego de mucha gente acompañado
á mi asiento los jueces le trujeron,
el cual ante mis pies arrodillado,
que yo le diese el precio me dijeron:
no sé si fué su estrella, ó fué mi hado,
ni las causas que en esto concurrieron,
que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
fué por todos mis huesos discurriendo.

Halléme tan confusa y alterada
de aquella nueva causa y accidente,
que estuve un rato atónita y turbada,
enmedio del peligro y tanta gente;
pero volviendo en mi mas reportada,
al vencedor en todo dignamente
que estaba alli inclinado ya en mi falda,
le puse en la cabeza la guirnalda.

Pero bajé los ojos al momento
de la honesta verguenza reprimidos,
y el mozo con un largo ofrecimiento,
inclinó á sus razones mis oidos:
al fin se fué llevándome el contento,
y dejando turbados mis sentidos;
pues que llegué de amor y pena junto
de solo el primer paso al postrer punto.

Senti una novedad que me apremiaba
la libre fuerza y el rebelde brio,
á la cual sometida se entregaba
la razon, libertad, y el alvedrio:
yo que cuando acordé, ya me hallaba
ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
alcé los ojos timidos cebados,
que la verguenza alli tenia abajados.

Roto con fuerza súbita y furiosa
de la verguenza y continencia el freno,
le segui con la vista deseosa
cebando mas la llaga y el veneno:
que solo alli mirarle y no otra cosa,
para mi mal hallaba que era bueno;
asi que adonde quiera que pasaba
tras si los ojos y alma me llevaba.

Vile que á la sazon se apercibia
para correr al Palio acostumbrado,
que una milla de trecho y mas tenia
el término del curso señalado:
y al suelto vencedor se prometia
un anillo de esmaltes rodeado
y una gruesa esmeralda bien labada,
dado por esta mano desdichada.

Mas de cuarenta mozos en el puesto
á pretender el precio parecieron,
donde en la raya al pié cada cual puesto,
prontos y apercibidos atendieron:
que no sintieron la señal tan presto
cuando todos en hila igual partieron
con tal velocidad, que casi apénas
señalaban la planta en las arenas.

Pero Crepino el jóven estrangero,
que asi de nombre propio se llamaba,
venia con tanta furia el delantero,
que el presuroso viento atras dejaba:
el rojo palio al fin tocó el primero,
que la larga carrera remataba,
dejando con su término agraciado
el circunstante pueblo aficionado.

Y con solemne triunfo, rodeando
la llena y ancha plaza, le llevaron;
pero despues á mi lugar tornando,
que le diese el anillo me rogaron:
yo un medroso temblor disimulando,
que atentamente todos me miraron,
del empacho y temor pasado el punto,
le di mi libertad y anillo junto.

El me dijo: señora te suplico
le recibas de mí, que aunque parece
pobre y pequeño el don: te certifico
que es grande la aficion con que se ofrece;
que con este favor quedaré rico,
y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
que no habrá empresa grande ni habrá cosa
que da me pueda ser dificultosa.

Yo por usar de toda cortesía,
que es lo que á las mugeres perfecciona,
le dije: que el anillo recibia
y mas la voluntad de la persona;
en esto toda aquella compañía
hecha entorno de mí espesa corona
del ya agradable asiento me bajaron,
y á casa de mi padre me llevaron.

No con pequeña fuerza y resistencia,
por dar satisfacion de mí á la gente,
encubrí tres semanas mi dolencia,
siempre creciendo el daño y fuego ardiente:
y mostrando venir á la obediencia
de mi padre y señor, mañosamente
le dí á entender por señas y rodeo
querer cumplir su ruego y mi deseo.

Diciendo: que pues él me persuadia
que tomase parientes y marido,
al parecer segun que convenia;
yo por le obedecer le habia elegido:
el cual era Crepino, que tenia
valor, suerte, y linage conocido,
junto con ser discreto, honesto, afable
de condicion y término loable,

Mi padre que con sesgo y ledo gesto
hasta el fin escuchó el parecer mio,
besándome en la frente dijo: en esto
y en todo me remito á tu alvedrio:
pues de tu discrecion é intento honesto
que eligirás lo que conviene fio,
y bien muestra Crepino en su crianza
ser de buenos respetos y esperanza.

Ya que con voluntad y mandamiento
á mi honor y deseo satisfizo,
y la vana contienda y fundamento
de los presentes jóvenes deshizo:
el infelice y triste casamiento
en horma y acto público se hizo:
hoy ace justo un mes ¡ó suerte dura,
que cerca está del bien la desventura!

Ayer me ví contenta de mi suerte,
sin temor de contraste, ni receló:
hoy la sangrienta y rigurosa muerte
todo lo ha derribado por el suelo:
¿qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte¿
¿qué recompensa puede darme el cielo
adonde ya ningun remedio vale,
ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

Este es pues el proceso, esta es la historia
y el fin tan cierto de la dulce vida:
he aquí mi libertad y breve gloria
en eterna amargura convertida:
y pues que por tu causa la memoria
mi llaga ha renovado encrudecida,
en recompensa del dolor te pido
me dejes enterrar á mi marido.

Que no es bien que las aves carniceras
despedacen el cuerpo miserable,
ni los perros y brutas bestias fieras
satisfagan su estómago insaciable;
mas cuando empedernido ya no quisieras
hacer cosa tan justa y razonable;
haznos con esa espada y mano dura
iguales, en la muerte y sepultura.

Aquí acabó su historia, y comenzaba
un llanto tal que el monte enternecia,
con una ansia y dolor, que me obligaba
á tenerle en el duelo compañía:
que ya el asegurarle no bastaba
de cuanto prometer yo le podia,
solo pedia la muerte y sacrificio
por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
si don Simon Pereira, que á otro lado
hacia tambien la guardia, no viniera
á decirme que el tiempo era acabado:
y espantado tambien de lo que oyera,
que un poco desde aparte habia escuchado,
me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando,
en el mar las estrellas trastornaba:
y el crucero las horas señalando,
entre el sur y sudueste declinaba:
en mitad del silencio y noche, cuando
visto cuanto la oferta la obligaba,
reprimiendo Tegualda su lamento,
la llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
de mugeres casadas quedó, entanto
que el esperado ya vecino dia
quitáse de la noche el negro manto:
entretanto tambien razon seria,
pues que todos descansan, y yo canto;
dejarlo hasta mañana en este estado,
que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él, le lleva á su tierra: llegan á Penco los Españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolican muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?
quién vió tal muestra y obra tan piadosa,
como la que tenemos hoy delante
desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola, levante
mi baja voz en alta, y sonorosa
dando noticia della eternamente,
corra de lengua en lengua, y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
de las mordaces lenguas ponzoñosas,
que tienen de costumbre y por oficio
ofender las mugeres virtuosas:
pues mirándolo bien, solo este indicio,
sin haber en contrario tantas cosas,
confunde su malicia, y las condena
á duro freno y vergonzosa pena.

Cuantas y cuantas vemos que han subido
á la dificil cumbre de la fama,
Judid, Camila, la Fenisa Dido,
á quien Virgilio injustamente infama:
Penelope, Lucrecia, que al marido
lavó con sangre la violada cama:
Hipo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia.

Bien puede ser entre estos colocada
la hermosa Tegualda, pues parece
en la rara hazaña señalada
cuanto por el piadoso amor merece:
asi sobre sus obras levantada,
entre las mas famosas resplandece,
y el nombre será siempre celebrado,
á la inmortalidad ya consagrado.

Quedó pues, como dije, recogida
en parte honesta y compañía segura,
del poco beneficio agradecida,
segun lo que esperaba en su ventura:
pero la aurora y nueva luz venida,
aunque el sabroso sueño con dulzura
me habia los lasos miembros ya trabado,
me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda priesa adonde estaba
firme en el triste llanto y sentimiento,
que solo un breve punto no aflojaba
la dolorosa pena y el lamento:
yo con gran compasion la consolaba,
haciéndole seguro ofrecimiento
de entregarle el marido, y darle gente
con que salir pudiese libremente.

Ella del bien incrédula; llorando,
los brazos estendidos, me pedia
firme seguridad; y así llamando
los Indios de servicio que tenia,
salí con ella, acá y allá buscando:
al fin entre los muertos que allí habia
hallamos el sangriento cuerpo helado
de una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
vió la marchita faz desfigurada,
con horrendo furor en un instante
sobre ella se arrojó desatinada;
y junta con la suya en abundante
flujo de vivas lágrimas bañada,
la boca le besaba y la herida,
por ver si le podia infundir la vida.

¡Ay cuitada de mí! decia, qué hago
entre tanto dolor y desventura?
¿cómo al injusto amor no satisfago
en esta aparejada coyuntura?
¿por qué ha pusilánime de un trago
no acabo de pasar tanta amargura?
¿qué es esto, la injusticia adonde llega,
que aun el morir forzoso se me niega?

Así furiosa por morir echaba
la rigurosa mano al blanco cuello,
y no pudiendo mas, no perdonaba
al afligido rostro, ni al cabello:
y aunque yo de estorbarlo procuraba,
apénas era parte à defendello:
tan grande era la basca y ansia fuerte
de la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron
por la gran persuasion y ruego mio,
y sus promesas ya me aseguraron
del gentilico intento y desvarío,
los prestos Yanaconas levantaron
sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
llevandole en los hombros suficientes
adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando así rota la guerra,
no padeciese agravio y demasia,
hasta pasar una vecina sierra
le tuve con mi gente compañia;
pero llegando á la segura tierra,
encaminada en la derecha via,
se despidió de mi reconocida
del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo que estuvimos
toda aquella semana trabajando,
en la cual lo desdecho rehicimos
el foso y roto muro reparando:
de industria y fuerza al fin nos prevenimos
con buen ánimo y órden aguardando
al enemigo campo cada dia,
que era pública fama que venia.

Tambien tuvimos nueva que partidos
eran de Mapochó nuestros guerreros,
de armas y muciones bastecidos,
con mil caballos y dos mil flecheros:
mas del lluvioso inbierno los crecidos
raudales, y las ciénagas y esteros,
llevándoles ganado, ropa y gente,
los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
llegó un Indio á gran priesa á nuestro fuerte
diciendo: ¡ó temeraria gente insana!
huid, huid la ya vecina muerte;
que la potencia indómita Araucana
viene sobre vosotros de tal suerte,
que no bastarán muros ni reparos,
ni sé lugar donde podais salvaros.

El mismo aviso trujo al medio dia
un amigo Cacique de la sierra,
afirmando por cierto que venia
todo el poder y fuerza de la tierra
con soberbio aparato, donde habia
instrumentos y máquinas de guerra,
puentes, traviesas, árboles, tablones,
y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
ántes venir al punto deseaba,
que el ménos animoso osadamente
el lugar de mas riesgo procuraba:
y con presteza y órden conveniente
todo lo necesario se aprestaba,
esperando con nuestra apercibida
al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos tambien por Indios avisados
de nuestros espiones, que sin duda
nos darian el asalto por tres lados
al proster cuarto de la noche muda:
asique cuando mas desconfiados,
no de divina, mas de humana ayuda,
por la cumbre de un monte de repente
apareció en buen órden nuestra gente

Quién pudiera pintar el gran contento
el alborozo de una y otra parte,
el ordenado alarde, el movimiento,
el ronco estruendo del furioso Marte,
tanta bandera descogida al viento:
tanto pendon, divisa y estandarte,
trompas, clarines, voces, apellidos
relinchos de caballos y bufidos.

Ya que los unos y otros con razones
de amor y cumplimiento nos hablamos:
y para los caballos y peones
lugar cómodo y sitio señalamos:
tiendas labradas, toldos, pabellones
en la estrecha campaña levantamos
en tanta multitud, que parecia
que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida de esta gente
que el ejército bárbaro vecino
con nuevo acuerdo y parecer prudente,
mudáse de propósito y camino:
que Colocolo astuta y sabiamente
al consejo de muchos contravino,
discurriendo por términos y modos
que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, ántes tuvieron
gran contienda sobre ello y diferencia;
pero al fin por entónces difirieron
la ejecucion de la áspera sentencia,
y el poderoso campo retrujeron,
hasta tener mas cierta inteligencia
del Español ejército arribado;
que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros de mostrar ganosos
aquel valor que en la nacion se encierra,
enemigos del ocio, y deseosos
de entrar, talando la enemiga tierra;
procuran con efectos hervorosos
apresurar la deseada guerra,
haciendo diligencia y gran instancia
en prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagage brevemente
de la jornada larga y desabrida,
la bulliciosa y esforzada gente
ganosa de honra, y de valor movida,
murmurando el reposo impertinente,
pide que se acelere la partida,
y el dia de todos tanto deseado,
que fué de aquel en cinco señalado.

Menido el aplazado alegre dia,
al comenzar de la primer jornada,
llegó de la Imperial gran compañia
de caballeros y de gente armada,
que en aquella ocasion partido habia
por tierra aunque rebelde y alterada,
con gran chusma y bagage bastecida
de municiones, armas y comida.

Ya pues en aquel sitio recogidos
tantos soldados, armas, municiones,
todos los instrumentos prevenidos,
hechas las necesarias provisiones,
fueron por igual órden repartidos
los lugares, cuarteles, y escuadrones,
para que en el rebato y voz primera
cada cual acudiese á su bandera.

Caupolican tambien pòr otra parte
con no menor cuidado y providencia
la gente de su ejército reparte
por los hombres de suerte y suficiencia;
que en el duro ejercicio y bélica arte
era de mayor prueba y esperiencia,
y todo puesto á punto quiso un dia
ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que pasó la muestra
el Cacique Pillolco, el cual armado
iba de fuertes armas, en la diestra
un gran baston de acero barreado;
delante de su escuadra gran maestra
de arrojar el certero dardo usado,
procediendo en buen órden y manera
de trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detras de los postreros
el fuerte Leucoton, á quien siguiendo
iba una espesa banda de flecheros,
gran número de tiros esparciendo:
venia Rengo trás él con sus maceros
en paso igual y grave, procediendo
arrogante, fantástico, lozano,
con un entero líbano en la mano.

Trás él con fiero término seguia
el àspero y robusto Tulcamara,
que vestido, en lugar de arnes traia
la piel de un fiero Tigre que matára:
cuya espantosa boca le ceñia
por la frente y quijadas la ancha cara,
con dos espesas órdenes de dientes
blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban
su gente agreste y ásperos soldados,
que en apiñada muela le cercaban
de pieles de animales rodeados:
luego los Talcamávidas pasaban,
que son mas aparentes que esforzados,
debajo del gobierno y del amparo
del jactancioso mozo Caniotaro,

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
con sus pintadas armas, el cual era
del famoso Picoldo descendiente,
rigiendo los que habitan la ribera
del gran Nibequeten, que su corriente
no deja á la pasada frente y rio,
que todos no los traiga al Biobio.

Pasó luego la muestra Mareande
con una cimitarra y ancho escudo:
mozo de presuncion y orgullo grande,
alto de cuerpo, en proporcion membrudo:
iba con él su primo Lepomande,
desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,
ambos de una divisa, rodeados
de gente armada y prácticos soldados.

Seguia el órden tras estos Lemolemo,
arrastrando una pica poderosa,
delante de su escuadra por estremo
lucida entre las otras y vistosa:
un poco tras del cual iba Gualemo,
cubierto de una piel dura y pelosa
de un caballo marino, que su padre
habia muerto en defensa de su madre.

Cuentan, no sé si es fábula, que estando
bañándose en la mar algo apartada,
un caballo marino allí arribando,
fué del súbitamente arrebatada,
y el marido á las voces aguijando
de la cara muger, del pez robada,
con el dolor y pena de perdella,
al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
el pescado alcanzó que se alargaba,
y abrazado con él, por maña á nado
á la vecina orilla le acercaba,
donde el marino monstruo sobreaguado
(que tambien el amor ya le cegaba)
dió recio en seco, al tiempo que el reflujo
de las huidoras olas se retrujo,

Soltó la presa libre, y sacudiendo
la dura cola el suelo deshacia,
y aqui y alli el gran cuerpo retorciendo
contra el mozo animoso se volvia:
el cual sazon y punto no perdiendo,
á los cercanas armas acudia,
comenzando los dos una batalla,
que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente
de fuerza y ligereza acompañada,
al monstruo devoraz heria en la frente
con una porra de metal herrada:
alcabo el Indio valerosamente
dió felice remate á la jornada,
dejando al gran pescado alli tendido,
que mas de treinta pies tenia medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
digno de le poner en escritura,
del pellejo del pez duro y peloso
hizo una fuerte y fácil armadura:
muerto Guacol, Gualemo valeroso
las armas heredó, y á Quilacura,
que es un valle estendido y muy poblado
de gente rica de oro y de ganado.

Pasó trás este luego Talcaguano,
que ciñe el mar su tierra, y la rodea,
un mástil grueso en la derecha mano,
que como un tierno junco le blandea,
cubierto de altas plumas muy lozano,
siguiéndole su gente de pelea,
por los pechos al sesgo atravesadas
bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia trás él Tomé, que sus pisadas
seguian los Puelches, gentes vanderizas,
cuyas armas son puntas enhastadas,
de una gran braza, largas y rollizas:
y los Trelos tambien que usan espadas,
de fé mudable y casas movedizas,
hombres de poco efeto, alharaquientos,
de fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalican con su lucida
y ejercitada gente en ordenanza;
una cota finisima vestida,
vibrando la fornida y gruesa lanza:
y Orompello, de edad aun no cumplida,
pero de grande muestra y esperanza,
otra escuadra de práticos regia,
llevando al diestro Ongolmo en compañia.

Elicura pasó luego tras estos,
armado ricamente, el cual traia
una banda de jóvenes dispuestos
de grande presuncion y gallardía:
seguian los Llaucos, de almagrados gestos,
robusta y esforzada compañía,
llevando enmedio de ellos por caudillo
al sucesor del inclito Aynavillo.

Seguia despues Cayocupil, mostrando
la dispuesta persona y buen deseo:
su veterana gente gobernando,
con paso grave y con vistoso arreo:
tras él venia Puren, tambien guiando
con no menor donaire y contoneo,
una bizarra escuadra de soldados,
en la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,
la cresta sobre todos levantada,
armado un fuerte peto rutilante,
de penachos cubierta la celada;
con desdeñoso término, delante
de su lustrosa escuadra bien cerrada
el mozo Peycavi luego guiaba
otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña, en buen concierto,
el grave Caniomangue entristecido,
por el insigne viejo padre muerto,
á quien habia en el cargo sucedido,
todo de negro el blanco arnés cubierto,
y su escuadron de aquel color vestido,
al tardo son y paso los soldados,
de roncos atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó la lista
(primero en todo) Tucapel gallardo,
cubierta una lucida sobrevista
de unos anchos escaques de oro y pardo;
grande en el cuerpo, y áspera en la vista,
con un huello lozano, y paso tardo,
detras del cual iba un tropel de gente
arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolican con la otra parte
y el resto del ejército Araucano,
mas encendido que el airado Marte,
iba con un baston corto en la mano:
bajo de cuya sombra y estandarte,
venia el valiente Curgo, y Mareguano,
y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguan, Lambecho, Guampicolo.

Seguian luego detras sus Plimayquenes,
Tuncos, Renoguelones, y Pencones,
los Itatas, Mauleses, y Cauquenes,
de pintadas divisas y pendones:
Nibequetenes, Puelches, y Cautenes
con una espesa escuadra de peones,
y multitud confusa de guerreros,
amigos, comarcanos y estrangeros.

Segun el mar las olas tiende y crece,
asi crece la fiera gente armada,
tiembla entorno la tierra y se estremece,
de tantos piés batida y golpeada:
lleno el aire de estruendo se escureze
con la gran polvoreda levantada,
que en ancho remolino al cielo sube,
cual ciega niebla espesa, ó parda nube.

Pues nuestro campo en órden semejante,
segun que dije arriba, don Garcia,
al tiempo del partir puesto delante,
de aquella valerosa compañia,
con un alegre término y semblante,
que dichoso suceso prometia,
moviendo los dispuestos corazones
los empezó á decir estas razones:

Valientes caballeros, á quien solo
el valor natural de la persona
os trujo á descubrir el Austral polo,
pasando la solar tórrida zona,
y los distantes Trópicos que Apolo,
por mas que cerca el cielo y le corona,
jamás en ningun tiempo pasar puede,
ni el soberano autor se lo concede.

Ya que con tanto afan habeis seguido
hasta aqui las católicas banderas,
y al Español dominio sometido
inumerables gentes estrangeras:
el fuerte pecho y ánimo sufrido
poned contra estos bárbaros de veras,
que vencido esto poco, vereis llano
todo el mundo debajo de la mano.

Y en cuanto dilatamos este hecho,
y de llegar al fin lo comenzado,
poco, ó ninguna cosa habemos hecho,
ni aun es vuestro el honor que habeis ganado:
que la causa indecisa, igual derecho
tiene el fiero enemigo en campo armado
á todas vuestras glorias y fortuna;
pues las puede ganar con sola una.

Lo que yo os pido de mi parte, y digo,
es que en estas batallas y revueltas,
aunque os haya ofendido el enemigo,
jamas vos le ofendais á espaldas vueltas;
ántes le defended como al amigo,
si volviéndose á vos las armas sueltas,
rehuyere morir en la batalla;
pues es mas dar la vida, que quitalla.

Poned á todo en la razon la mira,
por que las armas siempre habeis tomado,
que pasando los términos la ira,
pierde fuerza el derecho ya violado:
pues cuando la razon no frena y tira,
el impetu y furor demasiado,
el rigor escesivo en el castigo,
justifica la causa al enemigo.

No sé; ni tengo mas acerca desto
que decir; ni advertiros con razones;
que en detener ya tanto soy molesto,
la furia de esos vuestros corazones:
sús, sús, pues, derribad y allanad presto
las palidas, tiendas, pabellones;
y vamonos de aqui todos á una;
adonde ya nos llama la fortuna.

Súbito las escuadras presurosas
con grande alarde y con gallardo brio;
marchan á las riberas arenosas;
del ancho y caudaloso Biobio:
y en esquifadas barcas espaciosas;
atrvesaron luego el ancho rio,
entrando con ejército formado,
por el distrito y término vedado.

Mas segun el trabajo se me ofrece,
que tengo de pasar forzosamente;
reposar algun tanto me parece,
para cobrar aliento suficiente:
que la cansada voz me desfallece;
y siento ya acabárseme el torrente;
mas yo me esforzaré; si puedo; tanto
que os venga á contentar el otro canto.

CANTO XXII.

Entran los Españoles en el estado de Arauco: traban los Araucanos con ellos una reñida batalla: hace Rengo de su persona gran prueba: cortan las manos por justicia á Galvarine, Indio valeroso.

Pérfido Amor tirano, ¿qué provecho
piensas sacar de mí desasosiego?
no estas de mi promesa satisfecho,
que quieres afligirme desde luego?
¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho,
labrarme poco á poco en vivo fuego,
y desde allí con movimiento blando,
ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va que yo no siga
el duro estilo del sangriento Marte,
que asi de tal manera me fatiga,
tu importuna memoria en cada parte?
dejame ya: no quieras que se diga,
que por nadie quiere celebrarte,
al último rincon vas á buscarme,
y allí pones tu fuerza en aquejarme.

No vés que es mengua tuya y gran bajeza,
habiendo tantos célebres barones,
venir á mendidar á mi pobreza
tan falta de concetos y razones,
y en medio de las armas y aspereza,
sumido en mil forzosas ocasiones,
me cargas por un sueño quizá vano,
con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
del enemigo bárbaro vecino,
no da lugar á que otra cosa atienda,
que me tiene tomado ya el camino:
donde siento fragnada una contienda,
que el mas fértil ingenio peregrino
en tal revolucion embarazado,
no le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo pues hacer, si ya metido
dentro del campo y ocasion me veo;
sino al cabo cumplir lo prometido,
aunque tire á otra parte mi deseo?
pero à término breve reducido,
por la mas corta senda sin rodeo,
pineso seguir el comenzado oficio,
desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto à la historia, digo que marchaba,
nuestro ordenado campo de manera,
que gran espacio en breve se alejaba
del Talcaguano término y ribera:
mas cuando el alto sol ya declinaba,
cerca de un agua, al pié de una ladera,
en cómodo lugar y llano asiento,
hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apénas alojados,
en el tendido llano, á la marina,
cuando se oyó gritar por todos lados,
arma, arma, enfrena, enfrena, aina, aina:
luego de acá y de allà los derramados,
siguiendo la ordenanza y disciplina,
corren á sus banderas y pendones,
formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores que la tierra
iban corriendo por el largo llano,
al ramate del cual está una sierra
cerca del alto monte Andalicano,
vieron de alli calar gente de guerra,
cerrando el paso á la siniestra mano,
diciendo: espera, espera, tente, tente,
veremos quien hoy es aqui el valiente.

Los nuestros al amparo de un repecho,
en forma de escuadron se recogieron,
donde con muestra animoso pecho,
al ventajoso número atendieron:
pero los fieros bárbaros de hecho,
sin punto reparar los embistieron,
haciéndoles tomar luego la vuelta,
sin órden y camino á rienda suelta.

Aunque á veces en parte recogidos
haciendo cuerpo y rostro revolvian,
y con mayor valor que de vencidos,
al vencedor soberbio acometian:
pero con mayor furia compelidos,
el camino empezado proseguian,
dejando á veces muerta y arropellada
alguna de la gente desmandada.

Los presurosos Indios desenvueltos
siempre con mayor furia y crecimiento,
en una espesa polvoreda envueltos,
iban en el alcance y seguimiento,
los nuestros a calcaño y frenos sueltos;
á la sazon con mas temor que tiento,
ayudan los caballos desbocados,
arrimàndoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban,
con voces, cuerpos, brazos y talones,
dos bárbaros por piés los alcanzaban,
haciéndolos bajar de los arzones:
al fin necesitados, peleaban,
cual los heridos osos y leones,
cuando de los lebreles aquejados,
ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino
que en lóbrego turbion, con gran estruendo,
el polvoroso campo y el camino,
va con violencia indómita barriendo:
y en ancho y presuroso remolino
todo lo coge, lleva, y va esparciendo,
y arranca aquel furioso movimiento
los arraigados troncos de su asiento:

Con tal facilidad arrebatados,
de aquel furor y bárbara violencia,
iban los españoles fatigados,
sin poderse poner en resistencia;
algunos del honor avergonzados,
vuelven, haciendo rostro y apariencia;
mas otra ola de gente que llegaba
con mas presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando,
siguiendo el hado y próspera fortuna,
el rabioso furor ejecutando,
en los rendidos sin clemencia alguna:
por el tendido valle resonando
la trulla y grita bárbara importuna,
que arrebatada del ligero viento,
llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente,
con gran presteza y no menor ruido,
Juan Remon arribó con mucha gente,
que el aviso primero habia tenido:
y en furioso tropel gallardamente,
alzando un ferocísimo alarido,
embistió la enemiga gente airada,
y la victoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
de duras puntas al romper hallaron,
que con estrago de una y otra parte,
hecho un hermoso choque, repararon;
unos pasados van de parte á parte,
otros muy léjos del arzon volaron,
otros heridos, otros estropeados,
otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto, ó pluma mia,
las memorables cosas señaladas,
y los crudos efectos deste dia,
de valerosas lanzas y de espadas;
que aunque ingenio mayor no bastaria,
á poderlas llevar continuadas;
es justo se celebre alguna parte
de muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
el primero escuadron iba guiando,
con muestra airada y con feroz semblante,
el firme y largo paso apresurando,
cala la gruesa pica en un instante,
y el cuento entre la tierra y pié afirmando,
recibe en el cruel hierro fornido,
el cuerpo de Hernan Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado.
hizo el agudo hierro gran herida,
pasando el escaupil doble estofado,
y una cota de malla muy tejida:
el ancho y duro hierro ensangrentado,
abriò por las espaldas la salida:
quedando el cuerpo ya descolorido,
fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino
salió al valiente Osorio, que corriendo,
venia con mayor ánimo que tino,
los herrados talones sacudiendo,
mostrando el cuerpo al tiempo que convino,
le dió lado, y la maza revolviendo,
con tanta fuerza le cargó la mano,
que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venia:
de otro golpe tambien le puso en tierra,
el cual con gran esfuerzo y valentía:
la adarga embraza, y de la espada afierra,
y contra la enemiga compañia,
se puso el solo á mantener la guerra,
haciendo rostro y pié con tal denuedo,
que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
la fuerza contra tantos no bastaba;
que ya la espesa turba alharaquienta
en confuso monton le rodeaba:
pero en esta sazon mas de cincuenta
caballos que Reinoso gobernaba,
que de refresco á tiempo habian llegado,
vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron
de gruesas astas un tejido muro;
el cerrado escuadron aportillaron,
probando mas de diez el suelo duro:
y al esforzado Cáceres cobraron,
que cercado de gente, mal seguro,
con ánimo feroz se sustentaba,
y matando la muerte dilataba.

Don Miguel y Don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortes y Aranda,
sin mirar el peligro y riesgo estraño,
sustenian todo el peso de su banda:
tambien hacen efecto y mucho daño,
Losada, Peña, Cordoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castadeña, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la Araucana gente
en la Españoia sangre ya cebada,
los hizo revolver forzosamente,
y seguir la carrera comenzada:
tras estos otra escuadra de repente:
en ellos se estrelló desatinada;
mas sin ganar un paso de camino,
volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
luego con nueva pérdida y mas priesa,
la primera derrota proseguian:
y en una polvorosa nube espesa
envueltos unos y otros ya venian,
cuando fué nuestro campo descubierto,
en órden de batalla y buen concierto.

Iban los Araucanos tan cebados,
que por las picas nuestras se metieron:
pero vueltos en sí, mas reportados,
el suelto paso y furia detuvieron:
y al punto recogidos y ordenados,
la campaña al traves se retrujeron,
al pié de un cerro, á la derecha mano,
cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerno arremetimos
un gran tropel á pié de gente armada,
que con presteza al arribar les dimos
espesa carga y súbita rociada:
y al cieno retirados nos metimos
tras ellos, por venir espada á espada,
probando allí las fuerzas y el denuedo,
con rostro firme y ánimo, á pie quedo.

Jamas los Alemanes combatieron,
así de firme á firme y frente á frente;
mi mano á mano dando, recibieron
golpes, sin descansar, á manteniente;
como el un bando y otro que vinieron
á estar asi en el cieno estrechamente,
que echar atras un paso no podian,
y dando apriesa, apriesa recibian.

Quien el húmido cieno á la cintura,
con dos y tres á veces peleaba:
quien por mostrar mayor desenvoltura,
queriéndose mover, mas se atascaba:
quien probando las fuerzas y ventura,
al vecino enemigo se aferraba,
mordiéndole, y cegandole con lodo,
buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
andaba igual, y en duda la fortuna,
sin muestra ni señal de declararse
mínima de ventaja en parte alguna:
ya parecian aquellos mejorarse,
ya ganaban aquestos la laguna,
y la sangre de todos derramada
tornaba el agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
le habia llevado ciego tanto trecho,
luego que nuestro campo vió á la mira,
y que á dar en la muerte iba derecho,
al vecino pantano se retira,
y el fiero rostro y animoso pecho
contra todo el ejército volvia,
y en voz amenazándole, decia:

Venid, venid á mi gente plebeya,
en mi sea vuestra saña convertida,
que soy quien os persigue, y quien desea
mas vuestra muerte que su propia vida:
no quiero ya descanso hasta que vea
la nacion Española destruida,
y en esa vuestra carne, y sangre odiosa
pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.

Así la tierra y cielo amenazando,
enmedio del pantano se presenta,
y la sangrienta maza floreando,
la gente de poco ánimo amedrenta:
no fué bien conocido en la voz, cuando
haciendo de sus fieros poca cuenta,
algunos Españoles mas cercanos;
aguijamos sobre él con prestas manos.

Mas á Juan Yanacona, que una pieza
de los otros osado se adelanta,
le machuca de un golpe la cabeza,
y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta,
y contra el jóven Zuñiga endereza,
el tercero con saña y furia tanta,
que como clavo en húmido terreno,
le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa
al animoso pecho encaminados,
turbando el aire claro á mucha priesa,
descargaron sobre él de todos lados:
por esto el fiero bárbaro no cesa,
ántes con furia y golpes redoblados,
el lodo á la cintura, osadamente
estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabalí herido,
al cenagoso estrecho retirado,
de animosos sabuesos perseguido,
y diestros monteros rodeado,
ronca, bufa, y rebufa embravecido;
vuelve y revuelve deste y de aquel lado,
rompe, encuentra, tropella, hiere, y mata,
y los espesos tiros desbarata:

El bárbaro esforzado de aquel modo
ardiendo en ira y de furor insano,
cubierto de sudor, de sangre y lodo
estaba solo enmedio del pantano;
resistiendo la furia y golpe todo,
de los tiros que de una y otra mano,
cubriendo el sol, sin número salian,
y como tempestad sobre él llovian.

Ya el esparcido ejército obediente,
que el porfiado alcance habia seguido,
descubriendo en el llano à nuestra gente,
se habia retirado atras, y recogido:
solo Rengo feroz y osadamente
sustenta igual el desigual partido,
à causa que la ciénaga era honda,
y llena de espesura à la redonda:

Viendo el fruto dudoso y daño cierto,
segun la mucha gente que cargaba,
que á grande priesa en órden y concierto,
desta y de aquella parte le cercaba;
por un inculto paso y encubierto,
que la fragosa sierra le amparaba,
le pareció con tiempo retirarse,
y salvar sus soldados, y él salvarse.

Diciéndoles: amigos, no gastemos
la fuerza en tiempo y acto infructuoso,
la sangre que nos queda conservemos,
para venderla en precio mas costoso:
conviene que de aquí nos retiremos
ántes que en este sitio cenagoso,
del enemigo puestos en aprieto;
perdamos la opinion, y él el respeto.

Luego la voz de Rengo obedecida,
los presurosos brazos detuvieron,
y por la parte estrecha y mas tejida
al son del atambor se retrujeron:
era áspero el lugar y la salida,
y así seguir los nuestros no pudieron;
uedando algunos de ellos tan sumidos,
ue fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
iban los fieros bárbaros saliendo:
Rengo bruto, sangriento y enlodado:
los lleva en retaguardia recogiendo,
como el celoso toro madrigado
qne la tarda vacada va siguiendo,
volviendo acá y alla espaciosamente,
el duro cerviguillo y la alta frente.

Nuestro campo por órden recogido,
retirado del todo el enemigo,
fué entre algunos un bárbaro cogido,
que mucho se alargó del bando amigo:
el cual acaso á mi cuartel traido,
hubo de ser para ejemplar castigo
de los rebeldes pueblos comarcanos,
mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada
puso la diestra mano, yo presente,
la cual de un golpe con rigor cortada,
sacó luego la izquierda alegremente,
que del tronco tambien saltó apartada,
sin torcer ceja, ni arrugar la frente,
y con desden y menosprecio dello,
alargó la cabeza y tendio el cuello.

Diciendo así: segad esa garganta
siempre sedienta de la sangre vuestra,
que no temo la muerte, ni me espanta
vuestra amenaza y rigurosa muestra:
y la importancia y pérdida no es tanta
que haga falta mi cortada diestra,
que quedan otras muchas esforzadas,
que saben gobernar bien sus espadas.

Y si pensais sacar algun provecho
de no llegar mi viva al fin postrero,
aqui pues moriré á vuestro despecho,
que si quereis que viva, yo no quiero:
al fin iré algun tanto satisfecho
de que á vuestro pesar alegre muero;
que quiero con mi muerte desplaceros,
pues solo en esto puedo ya ofenderos.

Así que contumaz y porfiado
la muerte con injurias procuraba,
y siempre mas rabioso y obstinado,
sobre el sangriento suelo se arrojaba;
donde en su misma sangre rebolcado,
acabar ya la vida deseaba,
mordiéndose con muestras impacientes,
los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera,
templándonos la lástima el enojo,
vió un esclavo bajar por la ladera,
cargado con un bárbaro despojo:
y como encarnizada bestia fiera,
que vé la desmandada presa al ojo;
así con una furia arrebatada,
le sale del través á la parada.

Y en él los pies y brazos añudados,
sobre el húmido suelo le tendia,
y con los duros troncos desangrados
en las narices y ojos le batia:
al fin junto á nosotros á bocados,
sin poderse valer se le comia,
sino fuera con tiempo socorrido,
quedando (aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
voz, en pié puesto, dijo: pues me queda
alguna fuerza y sangre retenida
con que ofender á los cristianos pueda,
quiero acetar á mi pesar la vida,
aunque por modo vil se me conceda,
que yo espero sin manos desquitarme,
que no me faltarán para vengarme.

Quedaos, quedaos malditos, que yo os digo,
que en mi tendreis con odio y sed rabiosa,
torcedor y solicito enemigo,
cuando dañar no pueda en otra cosa:
muy presto entendereis como os persigo,
y que os fuera mi muerte provechosa:
diciendo así otras cosas que no cuento,
partió de allí ligero como el viento.

No es bien que asi dejemos en olvido,
el nombre deste bárbaro obstinado:
que por ser animoso y atrevido,
el audaz Galvarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido,
que la fuerza y la voz se me ha acabado,
y asi habré de parar, por que me siento
ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.

CANTO XXIII.

Llega Galvarino adonde estaba el senado Araucano: hace en el consejo una habla con la cual desbaruta los pareceres de algunos; salen los Españoles en busca del enemigo; píntase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia.

Jamas debe, Señor, menospreciarse
el enemigo vivo, pues sabemos
puede de una centella levantarse
fuego, con que despues nos abrasemos:
y entónces es cordura recelarse
cuando en mayor felicidad nos vemos;
pues los que gozan próspera bonanza,
están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
el breve curso del felice hado,
que mientras que la incierta vida dura,
nunca hay cosa que dure en un estado:
así que quien jamas tuvo ventura,
podrá llamarse bienaventurado,
y sin prosperidad vivir contento,
pues no teme infelice acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre,
que nunca hay bien seguro, ni reposo,
que es ley usada, es órden, y costumbre
por donde ha de pasar el mas dichoso:
gastar el tiempo en esto es pesadumbre,
y asi por no ser largo y enojoso,
solo quiero contar á lo que vino,
el despreciar al mozo Galvarino.

El cual aunque herido y desangrado
tanto el corage y rabia le inducia,
que llegó á Andalican, donde alojado
Canpolican su ejército tenia:
era el tiempo en que el inclito senado,
en secreto consejo proveia,
las cosas de la guerra y menesteres,
dando y tomando en ello pareceres.

Cual con justo temor dificultaba
la pretension de algunos imprudentes
cual por mostrar valor, facilitaba
cualquier dificultoso inconveniente:
cual un concierto lícito aprobaba,
cual era deste vôto diferente;
procurando unos y otros con razones
esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia,
Galvarino arribó, apénas con vida,
el cual pidiendo para entrar licencia,
le fué graciosamente concedida:
donde con la debida reverencia,
esforzando la voz enflaquecida,
falto de sangre, y muy cubierto della,
comenzó desta suerte su querella:

Si soliades vengar, sacros varones,
las agenas injurias tan de veras,
y en las estrañas tierras y naciones
hicieron sombra ya vuestras banderas:
¿cómo agora en las propias posesiones,
unas bastardas gentes estrangeras
os vienen á oprimir y conquistaros,
y tan tibios estais en el vengaros?

Mirad mi cuerpo aqui despedazado,
miembro del vuestro, que por mas afrenta,
me envian lleno de injurias al senado
para que dellas sepa daros cuenta:
mirad vuestro valor vituperado,
y lo que en mi el tirano os representa,
jurando no dejar Cacique alguno,
sin desmembrarlos todos uno á uno.

Por cierto bien en vano han adquirido
tanta gloria y honor vuestros abuelos,
y el Araucano crédito subido
en su misma virtud hasta los cielos:
si agora infame, hollado y abatido,
anda de lengua en lengua por los suelos,
y vuestra ilustre sangre resfriada,
en los sucios rincones derramada.

¿Qué provincia hubo ya que no temiese,
de vuestra voz en todo el mundo oida?
¿ni nacion que las armas no rindiese,
por temor ó por fuerza compelida?
arriban do à la cumbre; porque fuese
tanto de alli mayor vuestra caida,
y al término llegase el menosprecio,
donde de los pasados llegó el precio.

Pues unos estrangeros enemigos,
con título y con nombre de clemencia,
ofrecen de acetaros por amigos,
queriéndoos reducir á su obediencia:
y sino os someteis, que con castigos
prometen oprimir vuestra insolencia,
sin quedar del cuchillo reservado
género, religion, edad, ni estado.

Volved, volved en vos: no deis oido
á sus embustes, tratos y marañas,
pues todas se enderezan á un partido,
que viene á deslustrar vuestras hazañas;
que la ocasion que aqui los ha traido
por mares y por tierras tan estrañas,
es el oro goloso, que se encierra
en las fértiles venas desta tierra.

Y es un color, es apariencia vana,
querer mostrar que el principal intento
fué el estender la religion cristiana,
siendo el puro interes su fundamento:
su pretension de la codicia mana,
que todo lo demas es fingimiento:
pues los vemos que son mas que otras gentes,
adúlteros, ladrones, insolentes.

Cuando el siniestro hado y dura suerte,
nos amenacen, cierto en lo futuro,
podemos elegir honrada muerte,
remedio breve, fácil y seguro:
poned á la fortuna el hombro fuerte,
á dura adversidad corazon duro,
que el pecho firme y ánimo invencible
allana y facilita aun lo imposible.

No pudo decir mas de de mayado
por la infinita sangre que perdia,
que el laso cuello ya debilitado,
sostener la cabeza aun no podia:
asi el rostro mortal desfigurado,
en el sangriento suelo se tendia,
dejando aun á los mas endurecidos,
de su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida,
que pudiese hallar la muerte entrada,
retuvo luego la dudosa vida
en siéndole la sangre restañada:
y la virtud con tiempo socorrida,
fué de tantos remedios confortada,
y el mozo se ayudó de tal manera,
que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones,
y el odio que á los nuestros concibieron,
que los mas entibiados corazones,
de cólera rabiosa se encendieron:
asi las diferentes opiniones
á un fin y parecer se redujeron;
quedando para siempre alli escluido,
quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos, deseosos
de venir á las armas, braveaban,
y con muestras y afectos hervorosos
el espacioso tiempo apresuraban:
pero los mas maduros y espaciosos
aquella ardiente cólera templaban,
y el término de algunos indiscreto,
no reprobando el general decreto.

Dejemóslos un rato pues tratando,
de dar no una batalla, sino ciento,
del órden, la manera, donde y cuando,
con varios pareceres y un intento:
que me voy poco á poco descuidando
de nuestro alborotorado alojamiento,
donde estuvimos todos recogidos,
con buena guardia y bien apercibidos.

Mas cuando el esperado sol salia,
la gente de caballo en órden puesta
marchó, quedando atras la infanteria,
y del campo despues toda la resta,
con tal velocidad, que á medio dia,
subimos la temida y agria cuesta,
de blancos huesos de cristianos llena,
que despertó el cuidado, y nos dió pena.

Al Araucano valle pues bajamos,
que el mar le bate al lado del poniente,
donde en llano lugar nos alojamos,
de comidas y pastos suficiente:
y luego con promesas enviamos
de aquella vecindad alguna gente,
á requerir la tierra comarcana,
con la segura paz y ley cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen,
y pasasen despues algunos dias,
ni por astucia y maña no supiesen
de su resolucion nuestras espías;
fué acordado que algunos se partiesen,
por los vecinos pueblos y alquerias,
al salir tarde de la escasa luna,
á tomar relacion y lengua alguna.

Asi yo apercibido sordamente,
en medio del silencio y noche escura,
di sobre algunos pueblos de repente,
por un gran arcabuco y espesura:
donde la miserable y triste gente
vivia por su pobreza en paz segura,
que el rumor y alboroto de la guerra,
aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo pues á dar al Chayllacano,
que es donde nuestro campo se alojaba,
vi en una loma, al rematar de un llano,
por una angosta senda que cruzaba,
un Indio laso, flaco, y tan anciano,
que apénas en los piés se sustentaban,
corvo, espacioso, débil, descarnado,
cual de raices de árboles formado.

Espantada del talle y la torpeza
de aquel retrato de vejez tardia,
llegué por ayudarle en su pereza,
y tomar lengua dél, si algo sabia:
mas no sale con tanta ligereza,
sintiendo los lebreles por la via,
la temerosa gama fugitiva,
como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo sin mas atencion y advertimiento
arrimando las piernas al caballo,
á mas correr salí en su seguimiento,
pensando, aunque volaba, de alcanzallo:
mas el viejo dejando atras el viento,
me fué forzoso á mi pesar dejallo,
perdiéndole de vista en un instante,
sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
cerca de dos caminos desusados,
por donde corre Rauco mas estrecho,
que le ciñen dos cerros los costados:
y mirando á lo bajo y mas derecho
en una selva de árboles copados,
vi una mansa corcilla junto al rio,
gustando de las hierbas y rocio.

Ocurrió luego á la memoria mia,
que la razon en sueños me dijera,
como habia de topar acaso un dia
una simple corcilla en la ribera:
y asi yo con grandísima alegria
comencé de bajar por la ladera,
paso á paso siguiendo el un camino,
hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
era grande el rumor de la corriente;
y con pasos y orejas descuidadas,
pacia la tierna hierba libremente:
pero cuando sintió ya mis pisadas,
y al rumor levantó la altiva frente,
dejó el sabroso pasto y arboleda
por una estrecha y áspera vereda.

Comêncela á seguir á toda priesa,
labrando á mi caballo los costados;
mas tomando otra senda que atraviesa,
se entró por unos ásperos collados:
al cabo enderezó á una selva espesa
de matorrales y árboles cerrados,
á donde se lanzó por una senda,
y yo tambien tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino,
sobreviniendo un aire turbulento,
y así de acà y de allá fuera de tino,
de una espesura en otra andaba á tiento:
vista pues mi torpeza y desatino
arrepentido del primer intento,
sin pasar adelante, me volviera,
si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
que la oculta salida no acertaba,
cuando sentí por el siniestro lado,
un arroyo que cerca murmuraba:
y al vecino rumor encaminado,
al pié de un roble que á la orilla estaba,
ví una pequeña y misera casilla,
y junto á un hombre anciano la corcilla.

El cual dijo: ¿qué hado ó desventura
tan fuera de camino te ha traido
por este inculto bosque y espesura,
donde jamas ninguno he conocido?
que si por caso adverso y suerte dura,
andas de tus banderas foragido;
haré cuanto pudiere de mi parte
en buscarte el remedio y escaparte.

Viendo el ofrecimiento y acogida
de aquel estraño y agradable viejo,
mas alegre que nunca fui en mi vida,
por hallar tal ayuda y aparejo:
le dije la ocasion de mi venida,
pidiéndole me diese algun consejo,
para saber la cueva dó habitaba
el mágico Fiton, á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano,
con un suspiro y tierno sentimiento,
me tomó blandamente por la mano,
saliendo de su frágil aposento:
y por ser á la entrada del verano,
buscamos á la sombra un fresco asiento
en una pedregosa y fresca fuente,
dó comenzó á decirme lo siguiente:

Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
el desdichado viejo Guaticolo,
que en los robustos años fui soldado,
en cargo antecesor de Colocolo:
y ántes por mi persona en estacado,
siete campos venci de solo á solo,
y mil veces de ramos fué ceñida,
esta mi calva frente envejecida.

Mas como en esta vida el bien no dura,
y todo está sujeto á desvario,
mudóse mi fortuna en desventura,
y en deshonor perpetuo el honor mio:
que por estraño caso y suerte dura
perdi con Aynavillo en desafio,
la gloria en tantos años adquirida,
quitándome el honor, y no la vida.

Viéndome pues con vida, y deshonrado
que mil veces quisiera ántes ser muerto:
de cobrar el honor, desesperado,
me vine, como ves, á este desierto:
donde mas de veinte años he morado,
sin ser jamas de nadie descubierto,
sino agora de ti, que ha sido cosa
no poco para mi maravillosa.

Asi que tantos tiempos he vivido
en este solitario apartamiento:
y pues que la fotuna te ha traido
á mi triste y humilde alojamiento,
haré de voluntad lo que has pedido,
que tengo con Fiton conocimiento:
que aunque intratable y áspero, es mi tio,
hermano de Guarcolo, padre mio.

Al pié de una espesísima montaña
pocas veces de humano pié pisada
hace su habitacion y vida estraña
en una oculta y lóbrega morada,
que jamas el alegre sol la baña,
y es á su condicion acomodada,
por ser fuera de término inhumano,
enemigo mortal del trato humano.

Mas su saber so y poder es tanto
sobre las piedras, plantas y animales,
que alcanza por su ciencia y arte cuanto
pueden todas las causas naturales:
y en el escuro reino del espanto
apremia á los callados infernales,
á que digan por áspero conjuro,
lo pasado, presente y lo futuro,

En la furia del sol y luz serena
de nocturnas tinieblas cubre el suelo,
y sin fuerza de vientos llueve y truena,
fuera de tiempo el sosegado cielo:
el raudo curso de los rios enfrena,
y las aves en medio de su vuelo
vienen de golpe abajo amodorridas.
por sus fuertes palabras compelidas.

Las hiervas en su Agosto reverdece,
y entiende la virtud de cada una,
el mar revuelve, el viento le obedece
contra la fuerza y órden de la luna:
tiembla la firme tierra, y se estremece
á su voz eficaz, sin causa alguna
que la altere y remueve por de dentro,
apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos
á las palabras de este están sujetos,
y á las causas de arriba y movimientos,
hace perder la fuerza y los efetos:
al fin por su saber y encantamientos,
escudriña y entiende los secretos,
y alcanza por los astros influentes,
los destinos y hados de las gentes.

No sé pues como pueda encarecerte
el poder deste mágico adivino;
solo en tu menester quiero ofrecerte,
lo que ofrecerte puede un su sobrino:
mas para que mejor esto se acierte,
será bien que tomemos el camino;
pues es la hora y sazon desocupada
que podremos tener mejor entrada.

Luego de allí los dos nos levantamos,
y atando á mi caballo de la rienda,
à paso apresurado caminamos,
por una estrecha é intrincada senda:
la cual seguida un trecho, nos hallamos
en una selva de árboles horrenda,
que los rayos del sol y claro cielo
nunca allí vieron el umbroso suelo,

Debajo de una peña socavada,
de espesas ramas y árboles cubierta,
vimos un callejon y angosta entrada,
y mas adentro una pequeña puerta
de cabeza de fieras rodeada,
la cual de par en par estaba abierta,
por donde se lanzó el robusto anciano,
llevándome travado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos,
no sin algun temor de parte mia;
cuando á una grande bóveda salimos,
dó una perpetua luz enmedio ardia:
y en cada banda entorno de ella vimos
poyos puestos por órden, en que habia
multitud de redomas sobrescritas,
de unguentos, hierbas y aguas infinitas.

Vimos alli del Lince preparados
los penetrantes ojos virtuosos,
en cierto tiempo y conjuncion sacados,
y los del basilisco ponzoñosos:
sangre de hombres bermejos enojados,
espumajos de perros, que rabiosos
van huyendo del agua, y el pellejo
del pecoso Chersidros, cuando es viejo.

Tambien en otra parte parecia
la coyuntura de la dura hiena,
y el meollo del Cencris, que se creia
dentro de Libia en la caliente arena;
y un pedazo del ala de una harpia,
la hiel de la biforme Amfisibena,
y la cola del áspide revuelta,
que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calabera destroncada
del cuerpo que no alcanza sepultura,
carne de niña por nacer, sacada
no por donde la llama la natura:
y la espina tambien descoyuntada,
de la sierpe Cerastes, y la dura
lengua de la Emorroys, que aquel que hiere
anda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
la superflua natura ha producido,
escupidos de sierpes venenosos,
las dos alas del Iáculo temido,
y de la Seps los dientes ponzoñosos,
que el hombre ó animal della mordido,
de súbito hinchado como un odre,
huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso trasparente
el corazon del Grifo atravesado,
y ceniza del Fenix que en oriente
se quema él mismo, de vivir cansado:
el unto de la Escitala serpiente,
y el pescado Echineys; que en mar airado
al curso de las naves contraviene,
y á pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones,
y mortiferas sierpes enconadas,
alacranes, y colas de dragones,
y las piedras del Aguila preñadas:
buches de los hambrientos tiburones,
menstruo y leche de hembras azotadas,
landres, pestes, venenos, cuantas cosas
produce la natura ponzoñosas.

Yo que con atencion mirando andaba
la copiosa botica embebecido,
por una puerta, que á un rincon estaba,
vi salir un anciano consumido,
que sobre un corvo junco se arrimaba;
el cual luego de mí fue conocido,
ser el que habia corrido por la cuesta,
que apenas lo alcanzará una ballesta.

Diciéndome: no es poco atrevimiento
el que siendo tan mozo has hoy tomado,
de venir á mi oculto alojamiento,
dó sin mi voluntad nadie ha llegado:
mas porque sé que algun honrado intento,
tan léjos à buscarme te ha obligado,
quiero por esta vez hacer contigo
lo que nunca pensé acabar conmigo.

Visto por mi apacible compañero,
la coyuntura y tiempo favorable,
pues el viejo tan áspero y severo,
se mostraba doméstico tratable;
se detuvo mirándome primero
con un comedimiento y muestra afable,
por ver si responderle yo queria;
mas viéndome callar, le respondia:

Diciendo: ó gran Filon, á quien es dado
penetrar de los cielos los secretos,
que del eterno curso arrebatado,
no obedecen la ley á ti sujetos:
tú que de la fortuna y fiero hado
revocas, cuando quieres, los decretos,
y el órden natural turbas y alteras,
alcanzando las cosas venideras.

Y por mágica ciencia y saber puro
rompiendo el cavernoso y duro suelo,
puedes en el profundo reino escuro,
meter la claridad y luz del cielo:
y atormentar con áspero conjuro
la caterva infernal, que con recelo
tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta,
que sus eternas lleyes le quebranta.

Sabrás que á este mancebo le ha traido
de tu espantoso nombre la gran fama,
que en las indias regiones estendido,
hasta el Artico Polo se derrama:
el cual por mil peligros ha rompido
tras su deseo corriendo que le llama,
á celebrar las cosas de la guerra,
y el sangriento destrozo desta tierra.

Que estando asi una noche retirado,
escribiendo el suceso de aquel dia,
subito fué en un sueño arrebatado,
viendo cuanto en la Europa sucedia:
donde le fué asimismo revelado,
que en tu escondida cueva entenderia
estraños casos, dignos de memoria,
con que ilustrar pudiese mas su historia.

Y que noticias le darias de cosas,
ya pasadas, presentes, y futuras,
hazañas y conquistas milagrosas,
peregrinos sucesos y aventuras,
temerarias empresas espantosas,
hechos que no se han visto en escrituras;
este encarecimiento le molesta,
y nos tiene suspensos tu respuesta.

Holgó el mago de oir cuan estendida
por aquella region su fama andaba,
y vuelta á mí la cara envejecida,
todo de arriba abajo me miraba:
al fin con voz pujante y espedida.
que poco con las canas conformaba,
y aspecto grave y muestra algo severa,
la respuesta me dió desta manera:

Aunque en razon es cosa prohibida
profetizar los casos no llegados,
y es menor alargar á uno la vida,
contra los estatutos de los hados:
ya que ha sido á mi casa tu venida
por incultos caminos desusados;
te quiero complacer, pues mi sobrino
viene aqui por tu intérprete y padrino.

Diciendo asi, con paso tardo y lento,
por la pequeña puerta cavernosa,
me metió de la mano á otro aposento;
y luego en una cámara hermosa,
que su fàbrica estraña y ornamento
era de tal labor y tan costosa,
que no sé lengua que contarlo pueda,
ni habrá imaginacion á que no esceda.

Tenia el suelo por órden ladrillado
de cristalinas losas trasparentes,
que el color contrapuesto y variado,
hacia labor y visos diferentes:
el cielo alto diáfano, estrellado
de inumerables piedras relucientes,
que toda la gran cámara alegraba
la varia luz que dellas revocaba.

Sobre colunas de oro sustentadas
cien figuras de bulto en torno estaban ,
por arte tan al vivo trasladadas,
que un sordo bien pensara que hablaban :
y de ellas las hazañas figuradas,
por las anchas paredes se mostraban ,
donde se via el estremo y escelencia ,
de armas, letras, virtud y continencia.

En medio de esta cámara espaciosa,
que media milla en cuadro contenia ,
estaba una gran poma milagrosa,
que una luciente esfera la ceñia,
que por arte y labor maravillosa,
en el aire por si se sostenia ;
que el gran círculo y máquina de dentro ,
parece que estribaban en su centro.

Despues de haber un rato satisfecho
la codiciosa vista en las pinturas,
mirando de los muros, suelo , y techo,
la gran riqueza y varias esculturas,
el mago me llevó al globo derecho,
y vuelto allí de rostro á las figuras ,
con el corvo cayado señalando,
comenzó de enseñarme asi hablando:

Habrás de saber, hijo, que estos hombres
son los mas desta vida ya pasados,
que por grandes hazañas sus renombres ;
han sido y serán siempre celebrados;
y algunos que de baja estirpe y nombres
sobre sus altos hechos levantados ,
los ha puesto su próspera fortuna
en el mas alto cuerno de la luna.

Y esta bola que ves y compostura,
es del mundo el gran término abreviado,
que su dificilisima hechura,
cuarenta años de estudio me ha costado:
mas no habrá en larga edad cosa futura,
ni inculto disponer de inmobil hado,
que muy claro y patente no me sea,
y tenga aqui su mustra y viva idea.

Mas pues tus apariencias generosas
son de escribir los actos de la guerra,
y por fuerza de estrellas rigurosas,
tendrás materia larga en esta tierra:
dejaré de aclararte algunas cosas,
que la presente poma y mundo encierra,
mostrándote una sola que te espante,
para lo que pretendes importante.

Que pues que en nuestro Arauco ya se halla
materia á tu propósito cortada,
donde la espada y defensiva malla,
es mas que en otra parte frecuentada:
solo te falta una naval batalla,
con que será tu historia autorizada,
y escribirás las cosas de la guerra,
asi de mar, tambien como de tierra.

La cual verás aqui tal, que te juro,
que vista, la tendremos por dudosa,
y en el pasado tiempo y el futuro,
no se vió ni verá tan espantosa:
y el gran Mediterraneo, mar seguro,
quedará por la gente victoriosa,
y la parte vencida y destrozada,
la maritima fuerza quebrantada,

Por tanto á mis palabras no te alteres,
ni te espante el horrisono conjuro:
que si atento con ánimo estuvieres,
verás aqui presente lo futuro;
todo punto por punto lo que vieres,
lo disponen los hados, y aseguro
que podrás, como digo, ser de vista
testigo y verdadero coronista.

Yo con mayor codicia por un lado
llegué el rostro á la bola trasparente,
donde vi dentro un mundo fabricado,
tan grande como el nuestro y tan patente:
como en redondo espejo relevado,
llegando junto el rostro claramente,
vemos dentro un anchisimo palacio;
y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria,
el turbado y revuelto mar Ausonio;
donde se difinió la gran porfia,
entre César Augusto y Marco Antonio:
asi en la misma forma parecia
por la banda de Lepanto y Favonio,
junto á las Curchulares hacia el puerto;
de galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
del Papa, de Felipe, y Venecianos;
luego reconoci ser las armadas
de los infieles Turcos y Cristianos,
que en órden de batalla aparejadas,
para venir estaban á las manos:
aunque á mi parecer no se movian,
ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: presto
verás una naval batalla estraña,
donde se mostrará bien manifiesto,
el supremo valor de Vuestra España:
y luego con airado y fiero gesto,
hiriendo el ancho globo con la caña,
una vez al traves, otra al derecho,
sacó una horrible voz del ronco pecho.

Diciendo: Orco amarillo, Cancerbero,
ó gran Pluton, rector del bajo infierno,
ó cansado Caron, viejo barquero,
y vos laguna Estigia, y lago Averno,
ó Demogorgon, tu, que lo postrero
habitas del Tártareo reino eterno,
y las hervientes aguas de Aqueronte,
de Leteo, Cocito, y Flegetonte:

Y vos, Furias, que asi con crueldades
atormentais las ánimas dañadas,
que aun temen ver las inferas deidades
vuestras frentes de viboras crinadas:
y vosotras Gorgóneas potestades
por mis fuertes palabras apremiadas,
haced que claramente aqui se vea,
aunque futura, esta naval pelea.

Y tu, Hécate, ahumada y mal compuesta,
nos muestra lo que pido aqui visible.
¿Hola, á quién digo, que tardanza es esta,
qué no os hace temblar mi voz terrible?
mirad que romperé la tierra opuesta,
y os heriré con luz aborrecible,
y por fuerza y absoluta y poder nuevo,
quebrantaré las leyes del Erebo:

No acabó de decir bien esto, cuando
las aguas en el mar se alborotaron:
y el seco lesnordeste respirando,
las cuerdas y anchas velas se estiraron:
y aquellas gentes subito anhelando,
poco á poco á moverse comenzaron:
haciendo de aquel modo en los objetos;
todas las demas causas sus efetos.

Mirando, aunque espantado, atentamente
la multitud de gente que allí habia,
ví que escrito de letras en la frente
su nombre y cargo cada cual tenia:
y mucho me admiró los que al presente
en la primera edad yo conocia,
verlos en su vigor y años lozanos,
y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego pues los Cristianos dispararon
una pieza en señal de rompimiento;
y en alto un crucifijo enarbolaron,
que acrecentó el hervor y encendimiento,
todos humildemente le salvaron
con grande devocion y acatamiento,
bajo del cual estaban á los lados
las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sones,
acercándose siempre caminaban:
estandartes, banderas, y pendones
sobre las altas popas tremolaban:
las ordenadas bandas y escuadrones,
esgrimiendo las armas se mostraban,
entorno las galeras rodeadas
de cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo,
no es bien que de tan grave cosa cante:
que cierto es menester aliento nuevo,
lengua mas espedida, y voz pujante
así medroso desto, no me atrevo
á proseguir, Señor, mas adelante:
en el siguiente y nuevo canto os pido,
me deis vuestro favor y atento oido.

CANTO XXIV

Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada Turquesca con la huida de Ochalia.

La sazon, gran Felipe, es ya llegada,
en que mi voz, de vos favorecida,
cante la universal y gran jornada
en las Ausonias olas definida:
la soberbia Otomana derrocada,
su marítima fuerza destruida,
los varios hados, diferentes suertes,
el sangriedto destrozo y crudas muertes.

Abridme, ó sacras Musas vuestra fuente,
y dadme nuevo espíritu y aliento;
con estilo y lenguage conveniente,
á mi arrojado y grande atrevimiento,
para decir estensa y claramente
deste naval confiito y rompimiento,
y las gentes que estan juntas á una,
debajo deste golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones,
y el número copioso de galeras,
la multitud y mezcla de naciones,
estandartes, enseñas y banderas,
las defensas, pertrechos, municiones,
las diferencias de armas y maneras.
máquinas, artificios, é instrumentos,
aparatos, divisas, y ornamentos?

Vi Croatos, Dalmacios, Esclavones,
Búlgaros, Albaneses, Transilvanos,
Tártaros, Tracios, Griegos, Macedonos,
Turcos, Lidios, Armenios, Georgianos,
Sirios, Arabes, Licios, Licaones,
Numidas, Sarracenos, Africanos,
Genizaros, Sanjacos, Capitanes,
Chauces, Behelerbeyes, y Bajanes.

Vi allí tambien de la nacion de España
la flor de juventud y gallardia,
la nobleza de Italia y de Alemania,
una audaz y bizarra compañia:
todos ornatos de riqueza estraña,
con animosa muestra y lozania,
y en las popas, carcases, y trinquetes,
flámulas, banderolas, gallardetes.

Asi las dos armadas pues venian
en tal manera y órden navegando,
que dos espesos bosques parecian,
que poco á poco se iban allegando:
las cicaladas armas relucian,
en el inquieto mar reverberando,
ofendiendo la vista desde léjos,
las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
una presta fragata discurria,
dende venia un mancebo levantado,
de gallarda presencia y bizarria,
un riquisimo y fuerte peto armado,
con tanta autoridad, que parecia
en su disposicion, figura y arte,
hijo de la fortuna y del Dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era,
aficionado al talle y apostura,
mirando atentamente la manera,
el aire, el ademan, y compostura;
de la fuerte celada en la testera
vi escrito en el relieve y grabadura
de letras de oro el campo en sangre tinto:
Don Juan, hijo del César, Cárlos quinto.

El cual acá y allá siempre corria,
por medio del bullicio y alboroto,
y en la fragata cerca dél venia
el viejo secretario, Juan de Soto;
de quien el mago anciano me decia
ser en todas las cosas de gran voto,
persona de discurso y esperiencia,
de mucha espedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazon los exhortaba
á la batalla y trance peligroso,
con ánimo y valor, que aseguraba
por cierta la victoria y fin dudoso:
y su gran corazon facilitaba
lo que el temor hacia dificultoso:
derramando por toda aquella gente,
un belicoso ardor y fuego ardiente:

Diciendo ó valerosa compañía,
muralla de la Iglesia inespugnable,
llegada es la ocasion, este es el dia
que dejais vuestro nombre memorable:
calad armas y remos á porfía,
y la invencible fuerza y fé inviolable,
mostrad contra estos pérfidos paganos
que vienen á morir á vuestras manos.

Que quien volver de aquí vivo desea
al patrio nido y casa conocida,
por medio de esa armada gente crea
que ha de abrir con la espada la salida:
así cada cual mire que pelea
por su Dios, por su rey, y por la vida,
que no puede salvarla de otra suerte,
sino en trayendo el enemigo á muerte.

Mirad que del valor y espada vuestra
hoy el gran peso y ser del mundo pende;
y entienda cada cual que está en su diestra
toda la gloria y premio que pretende:
apresuremos la fortuna nuestra,
que la larga tardanza nos ofende:
pues no estais de cumplir vuestro deseo
mas del poco de mar que enmedio veo.

Vamos pues á vencer, no detengamos
nuestra buena fortuna que nos llama,
del hado el curso próspero sigamos,
dando materia y fuerzas á la fama:
que solo deste golpe derribamos
la bárbara arrogancia, y se derrama
el sonoroso estruendo de la guerra
por todos los confines de la tierra.

Mirad por ese mar alegremente
cuanta gloria os está ya aparejada,
que Dios aquí ha juntado tanta gente,
para que á nuestros piés sea derrocada,
y someta hoy aquí todo el Oriente
á nuestro yugo, la cerviz domada,
y á sus potentes príncipes y reyes
los podemos quitar y poner leyes.

Hoy con su perdicion establecemos
en todo el mundo el crédito cristiano,
que quiere nuestro Dios que quebrantemos
el orgullo y furor mahometano:
¿qué peligro, ó varones, temerémos
militando debajo de tal mano?
¿y quién resistirá à vuestras espadas,
por la divina mano gobernadas?

Solo os ruego que en Cristo confiando,
que á la muerte de cruz por vos se ofrece,
combata cada cual, por él mostrando
que llamarse su limite merece:
con propósito firme protestando
de vencer ó morir, que si parece
la victoria de premio y gloria llena,
la muerte por tal Dios no es ménos buena.

Y pues con este fin nos dispusimos
al peligro y rigor desta jornada,
y en la defensa de su ley venimos
contra esa gente infiel y renegada;
la justísima causa que seguimos,
nos tiene la victoria asegurada;
así que ya del cielo prometido,
os puedo yo afirmar que habeis vencido.

Súbito allí los pechos mas helados
de furor generoso se encendieron,
y de los torpes miembros resfriados,
el temor vergonzoso sacudieron:
todos, los diestros brazos levantados,
la victoria ó morir le prometieron,
teniendo en poco ya desde aquel punto
el contrario poder del mundo junto.

El valeroso jóven pues loando
aquella voluntad asegurada,
con súbita presteza el mar cortando,
atravesó por medio de la armada:
de blanca espuma el rastro levantando;
cual luciente cometa arrebatada,
cuando veloz rompiendo el aire espeso,
le suele así dejar gran rato impreso.

Así que brevemente habiendo puesto
en órden las galeras y la gente;
á la suya real se acostó presto,
donde fué saludado alegremente:
y señalando á cada cual su puesto,
con el concierto y modo conveniente,
zafa la artillería, y alistada
iba la vuelta de la Turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
el sucesor del ínclito Andrea Doria,
de quien el largo mar Mediterrano,
hará perpetua y célebre memoria:
y Agustin Barbarigo, Veneciano,
proveedor de la armada Senatoria,
llevaba el otro cuerno, a la siniestra,
con órden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados
la batalla guiaba el hijo dino
del gran Cárlos, cerrando los dos lados
las galeras de Malta y Lomelino:
la del Papa y Venecia à los costados,
así continuaban su camino,
cargando con igual compas, y estremo
las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras,
bastecidas de gente, y artilladas,
puestas de dos en dos por las fronteras;
que á manera de luna iban cerradas:
seguian luego detras treinta galeras,
al general socorro señaladas,
donde el marques de Santa Cruz venia
con una valerosa compañía.

Por el órden y término que cuento,
la católica armada caminaba
la vuelta de la infiel, que á sobreviento
ganándole la mar, se aventajaba:
pero luego á deshora calmó el viento,
y el alto mar sus olas allanaba,
remitiendo fortuna la sentencia
al valor de los brazos y escelencia.

Opuesto al Barbarigo al cuerno diestro
va Siroco virey de Alejandría,
con Memetbey, corsario y gran maestro,
que á Negroponto á la sazon regía:
Ochali renegado iba al siniestro,
con Carabey, su hijo, en compañia,
y enmedio en la batalla bien cerrada
Ali, gran general de aquella armada.

El cual reconociendo el duro hado,
y de su perdicion la hora postrera,
como prudente capitan y osado,
de la alta popa en la real galera,
con un semblante alegre y confiado,
que mostraba fingido por defuera,
el cristiano poder disminuyendo,
hizo esta breve plática, diciendo:

No será menester, soldados, creo,
moveros, ni incitaros con razones;
que ya por las señales que en vos veo,
se muestran bien las fieras intenciones:
echad fuera la ira y el deseo
desos vuestros fogosos corazones,
y las armas tomad, en cuyo hecho
los hados ponen hoy vuestro derecho.

Que jamas la fortuna á nuestros ojos
se mostró tan alegre y descubierta,
pues cargada de gloria y de despojos,
se viene ya á meter por nuestra puerta;
rematad el trabajo y los enojos
desta prolija guerra, haciendo cierta
la esperanza y el crédito estimado
que de vuestro valor siempre habeis dado.

No os altere la muestra y el ruido,
con que se acerca la enemiga armada:
que sabed que ese ejército movido,
y gente de mil reinos allegada,
fortuna á una cerviz la ha reducido,
porque pueda de un golpe ser cortada,
y deis por vuestra mano en solo un dia,
del mundo al gran Señor la monarquia.

Que esas gentes sin órden que alli vienen
en el valor y número inferiores,
son las que nos impiden y detienen,
el ser de todo el mundo vencedores:
muestren las armas el poder que tienen,
tomad de esos indignos posesores
las provincias y reinos del poniente,
que os vienen á entregar tan ciegamente.

Que ese su capitan envanecido
es de muy poca edad y suficiencia,
indignamente al cargo promovido
sin curso, disciplina, ni esperiencia:
y asi presuntuoso y atrevido
con ardor juvenil é inadvertencia,
trae á toda esa gente condenada.
á la furia y rigor de vuestra espada.

No penseis que nos venden muy costosa,
los hados la victoria de este dia,
que lo mas desa armada temerosa,
es de la Veneciana Señoria:
gente no ejercitada ni industriosa,
dada mas al regalo y pulicia,
y á las blandas delicias de su tierra,
que al robusto ejercicio de la guerra.

Y esotra turba multa congregada,
es pueblo soez, y bárbara canalla,
de diversas naciones amasada,
en quien conformidad jamás se halla:
gente que nunca supo que es espada,
que ántes que se comience la batalla
y el espantoso son de artilleria,
la romperá su misma voceria.

Mas vosotros, varones invencibles,
entre las armas ásperas criados,
y en guerras y trabajos insufribles,
tantas y tantas veces aprobados,
¿qué peligros habrá ya tan terribles,
ni contrarios ejércitos ligados,
que basten á poneros algun miedo,
ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?

Ya me parece ver gloriosamente
la riza y mortandad de vuestra mano,
y ese interpuesto mar con mas creciente,
teñido en roja sangre el color cano:
abrid pues, y romped por esa gente,
echad á fondo ya el poder cristiano;
tomando posesion de un golpe solo,
del Gange á Chile, y de unò al otro polo.

Asi el Bajá en el limitado trecho,
los dispuestos soldados animaba,
y de la heroica empresa y alto hecho,
el próspero suceso aseguraba:
pero en lo hondo del secreto pecho
siempre el negocio mas dificultaba,
tomando por aguero ya contrario
la gran resolucion del adversario.

Y mas cuando un Genizaro forzado,
que iba sobre la gavia descubriendo,
despues de haberse bien certificado,
las galeras de alli reconociendo,
dijo: el cuerpo de enmedio y diestro lado,
y el socorro que atras viene siguiendo,
si mi vista de aqui no desatina,
es de la armada y gente ponentina.

Sintió el Bajá no ménos que la muerte
lo que el cristiano cierto le afirmaba;
pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte,
el secreto dolor disimulaba:
y asi al cuerpo de enmedio, que por suerte
segun órden de guerra le tocaba,
enderezó su escuadra aventajada,
de sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
que los precisos hados señalaron;
con una furia igual y movimiento
las potentes armadas se juntaron:
donde por todas partes á un momento
los cargados cañones dispararon,
con un terrible estrépito, de modo
que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
de los furiosos tiros escupidos,
el recio destroncar y encuentro horrendo,
de las proas y mástiles rompidos,
el rumor de las armas estupendo,
las varias voces, gritos, y apellidos,
todo en revuelta confusion hacia
espectáculo horrible y armonia.

No la ciudad de Priamo asolada
por tantas partes, sin cesar ardia;
ni el crudo efecto de la griega espada,
con tal rigor y estrépito se oia;
como la turca y la cristiana armada,
que envuelta en humo y fuego parecia
no solo arder el mar, hundirse el suelo;
pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida
la enemiga Real que iba en la frente,
hendiendo recio el agua rebatida,
rompe por medio de la llama arpiente:
mas la Turca con ímpetu impelida,
le sale á recibir, donde igualmente
se embisten con furiosos encontrones,
rompiendo los herrados espolones.

No estaban las Reales aferradas,
cuando de gran tropel sobrevinieron
siete galeras Turcas bien armadas,
que en la cristiana súbita embistieron:
pero de no menor furia llevadas,
al socorro sobre ellas acudieron,
de la derecha y de la izquierda mano,
la General del Papa, y Veneciano.

Dó con segunda autoridad venia
por General del Sumo V. Pio,
Marco Antonio Colona, á quien seguia
una escuadra de mozos de gran brio:
tras la cual al socorro arremetia,
por el camino y paso mas vacío,
la Patrona de España y Capitana,
rompiendo el golpe y multitud pagana.

El Principe de Parma valeroso,
que iba en la capitana Genovesa,
hendiendo el mar revuelto y espumoso,
se arroja en medio de la escuadra apriesa,
la confusion y revolver furioso,
y del humo la negra nube espesa,
la codiciosa vista me impedia:
y asi á muchos alli desconocia.

Mons de Leñi con su galera presto
por su parte embistió, y cerró el camino,
donde llegó de los primeros puesto
el valeroso Principe de Urbino,
que á la bárbara furia contra puesto,
con ánimo y esfuerzo peregrino,
gallarda y singular prueba hacia,
de su valor, virtud y valentia.

Luego con igual impetu, y denuedo
llegan unas con otras á abordarse,
cerrándose tan juntas, que á pié quedo
pueden con las espadas golpearse:
no bastaba la muerte á poner miedo,
ni alli se vió peligro rehusarse,
aunque al arremeter viesen derechos,
disparar los cañones à los pechos.

Asi la airada gente deseosa
de ejecutar sus golpes, se juntaban,
y cual violenta tempestad furiosa,
los tiros y altos brazos descargaban;
era de ver la priesa hervorosa,
con que las fieras armas meneaban,
la mar de sangre súbito cubierta,
comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas, y costados
se acometen y ofenden sin sosiego:
unos cayendo mueren ahogados,
otros á puro yerro, otros á fuego:
no faltando en los puestos desdichados
quien á los muertos sucediese luego:
que muerte, ni rigor de artilleria,
jamas bastó á dejar plaza vacia.

Quien por saltar en el bajel contrario
era en medio del salto atravesado,
quien por herir sin tiempo al adversario,
caia en el mar, de su furor llevado:
quien con bestial desinio temerario
en su nadar y fuerzas confiado,
al odioso enemigo se abrazaba,
y en las revueltas olas se arrojaba.

Cual será aquel que no temblase, viendo
el fin del mundo, y la total ruina,
tantas gentes á un tiempo pereciendo,
tanto cañon, bombarda, y culebrina:
el sol los claros rayos recogiendo,
con faz turbada, de color sanguina,
entre las negras nubes se escondia,
por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
sobre el rodante carro presuroso,
de Tesifon y Aleto acompañado,
discurre el fiero Marte sanguinoso:
ora sucede el fuerte brazo armado,
ora bate el escudo fulminoso,
infundiendo en la fiera y brava gente
ira, saña, furor, y rabia ardiente.

Quien faltándole tiros, luego afierra,
del pedazo del remo, ó de la entena:
quien trabuca al forzado y lo deshierra
arrebatando el grillo ó la cadena:
no hay cosa de metal, de leño y tierra;
que allí para tirar no fuese buena,
rotos bancos, postizas, batallolas,
barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban,
(aunque del duro acero resurtiesen)
en las sangrientas olas ya hallaban,
enemigos que en sí los recibiesen:
y ardiendo en la agua fria peleaban,
sin que al adverso hado se rindiesen
hasta el forzoso y postrimero punto,
que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuales su propia sangre revolviendo;
andan agonizando sobreaguados,
cuales tablas y gúmenas asiendo,
quedan rindiendo el alma enclavijados:
cuales hacer mas daño no pudiendo
á los ménos heridos, abrazados
se dejan ir al fondo forcejando,
contentos de morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta,
y el confuso tumulto y son horrendo,
vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
alquitran, y resina, y pez ardiendo:
la presta llama con la brea revuelta,
por la seca madera discurriendo,
con fieros estadillos y centellas
creciendo, amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse,
del crudo hierro y llamas perseguidos,
otros que habian probado ahogarse,
se abrazan á los leños encendidos:
así que con la gana de escaparse,
á cualquiera remedio vano asidos,
dentro del agua mueren abrasados,
y en medio de las llamas ahogados.

Muchos ya con la muerte porfiando,
su opinion, aun muriendo, sostenian,
los tiros y las lanzas apañando,
que de las fuertes armas resurtian:
y en las huidoras olas estribando,
los ya cansados brazos sacudian,
empleando en aquellos que topaban,
la rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido
del continuo batir apresurado:
el mar de todas partes rebatido,
hierve y reguelda cuerpos de apretado
y sangriento, alterado, y removido,
cual de contrarios vientos arrojado,
todo revuelto en una espuma espesa
las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte,
el inclito don Juan resplandecia,
mas encendido que el airado Marte,
cercado de una ilustre compañia:
de allí provee remedio á toda parte,
acá da priesa, allá socorro envia,
asegurando á todos su persona,
soberbio triunfo, y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda,
provoca, exorta, anima, mueve, incita,
corre, vuelve, revuelve, torna y anda
donde el peligro mas lo necesita:
provee, remedia, acude, ordena, manda,
insta, da priesa, induce, y solicita,
á la diestra, á siniestra, á popa, á proa,
ganando estimacion y eterna loa.

Pues el Conde de Priego don Fernando;
diligente, solicito, y cuidadoso,
acude á todas partes remediando,
lo de ménos remedio y mas dudoso:
así pues del cristiano y turco bando,
cada cual inquiriendo un fin honroso,
procuraban matando, como digo,
morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa,
que el fin dia y postrero parecia,
de los tiros la recia lluvia espesa,
el aire claro, y rojo mar cubria:
crece la rabia, y el disparar no cesa
de la presta y contínua batería,
atronando el rumor de las espadas
las marítimas costas apartadas.

El buen Marques de Santa Cruz que estaba
al socorro comun apercibido,
visto el trabado juego cual andaba,
y desigual en partes el partido,
sin aguardar mas tiempo se arrojaba,
en medio de la priesa y gran ruido,
embistiendo con ímpetu furioso
todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo pues de enemigos rodeada
la galera Real con gran porfia,
y que otra de refresco bien armada,
á embestirla con ímpetu venia:
saltóle de traves, boga arrancada,
y al encuentro y defensa se oponia,
atajando con presto movimiento,
el bárbaro furor y fiero intento.

Despues rabioso sin parar corriendo,
por la áspera batalla discurria:
entra, sale, y revuelve socorriendo,
y á tres y á cuatro á veces resistia;
¿quién podrá punto á punto ir refiriendo
las gallardas espadas que este dia,
enmedio del furor se señalaron,
y el mar con Turca sangre acrecentaron?

Don Juan en esto airado é impaciente,
la espaciosa fortuna apresuraba,
poniendo espuelas y ánimo á su gente,
que envuelta en sangre agena y propia andaba,
Ali Bajá no ménos diligente,
con gran hervor los suyos esforzaba,
trayéndoles contino á la memoria
el gran premio y honor de la vitoria.

Mas la Real cristiana aventajada,
por el grande valor de su caudillo,
á puros brazos y á rigor de espada,
abre recio en la Turca un gran portillo,
por dó un grueso tropel de gente armada,
sin poder los contrarios resistillo,
entra con un rumor y furia estraña,
gritando: cierra, cierra, España, España.

Los Turcos viendo entrada su galera
del temor y peligro compelidos,
revuelven sobre si de tal manera,
que fueron los Cristianos rebatidos:
pero añadiendo furia à la primera,
los fuertes Españoles ofendidos,
venciendo el nuevo golpe de la gente
los vuelven á llevar forzosamente.

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
el rostro y pié con nueva confianza
renuevan la batalla, refrescando
el fiero estrago y bárbara matanza:
carga socorro de uno y otro bando,
fatigales y aqueja la tardanza,
de vencer ó morir desesperados,
dando gran priesa á los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos
que á la batida proa recudian,
causaban que à las veces detenidos,
los unos á los otros se impedian:
pero de medicinas proveidos,
luego de nuevo á combatir volvian,
las enemigas fuerzas reprimiendo,
que iban al parecer convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
que alli cargaba mas que en otro lado,
viniendo á socorrer don Bernardino,
(mas que de vista de ánimo dotado)
fuė con súbita furia en el camino,
de un fuerte esmerilado derribado,
cortándole con golpe riguroso
los pasos y designio valeroso.

Fué el poderoso golpe de tal suerte,
demas de la pesada y gran caida;
que resistir no pudo el peto fuerte,
ni la rodela á prueba guarnecida:
al fin el jóven con honrada muerte,
del todo aseguró la inquieta vida,
envainando en España mil espadas
encontra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
la famosa de Malta Capitana,
y apretada de todas y batida,
con vieja enemistad y furia insana:
mas la fuerza y virtud tan conocida,
de aquella audaz caballeria cristiana,
la multitud pagana contrastando,
iba de punto en punto mejorando.

Pero el Virrey de Argel, corsario esperto,
que á la mira hasta entonces habia estado,
hallando al cuerno diestro el paso abierto,
que del todo no estaba bien cerrado,
antes que se pusiesen en concierto,
furioso se lanzó por aquel lado,
echándole de nuevo tres bajeles,
con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
resisten aquel impetu y motivo;
pero al cabo, Señor, sobrepujando
á las fuerzas el numero eccesivo,
los entran con gran furia degollando,
sin tomar á rescate un hombre vivo,
vertiendo en el revuelto mas furioso,
de bautizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta, que miraron
con tal rigor su Capitana entrada,
los fieros enemigos despreciaron,
con quien tenian batalla comenzada:
y batiendo los remos se lanzaron,
con nueva rabia y priesa acelerada,
sobre la multitud de los paganos,
verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fué el sentimiento en los soldados,
y la sed de venganza de manera,
que embistiendo á los Turcos por los lados,
entran haciendo riza carnicera:
asique victoriosos y vengados,
recobraron su honor y la galera,
hallando solos vivos los primeros,
al General y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona despreciando
el impetu enemigo y la braveza,
combate animosisimo, igualando
con la honrosa ambicion la fortaleza:
Pues Sebastian Veniero contrastando,
la Turca fuerza y bárbara fiereza,
vengaba alli con ira y rabia justa
la injuria recibida en Famagusta.

La Capitana de Sicilia entanto;
tambien Portau Bajá la combatia,
la cual ya por el uno y otro canto
cercada de galeras la tenia:
era el valor de los cristianos tanto,
que la ventaja desigual suplia,
no solo sustentando igual la guerra,
pero dentro del mar ganando tierra.

Que don Juan de la sangre de Cardona,
ejercitando alli su viejo oficio,
ofrece á los peligros la persona,
dando de su valor notable indicio;
y la fiera nacion de Barcelona
hace en los enemigos sacrificio,
trayendo hasta los puños las espadas
todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos ánimo y pujanza
el sabio Barbarigo combatia,
igualando el valor á la esperanza,
que de su claro esfuerzo se tenia:
ora oprime la Turca confianza,
ora á la misma muerte rebatia,
haciendo suspender la flecha airada
que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado;
contrastaba la furia Sarracina,
no pudo contrastar el duro hado,
ó por mejor decir órden divina,
que ya el último término llegado,
de una furiosa flecha repentina,
fué herido en el ojo en descubierto,
donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fué grande el daño y sentimiento
de ver tal Capitan asi caido,
no por eso turbó el osado intento
del Veneciano pueblo embravecido:
ántes con mas furor y encendimiento,
á la venganza lícita movido,
hiere en los mataderos de tal suerte
que fué recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea
bien reñido del lado y cuerno diestro,
donde el sagaz y astuto Juan Andrea
se mostraba muy prático maestro:
tambien Hector Espinola pelea,
con uno y otro á diestro y á siniestro,
señalándose enmedio de la furia,
la esperta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habià
que duraba el combate porfiado,
sin conocer en parte mejoria,
ni haberse la victoria declarado:
cuando el bravo don Juan que en saña ardia
casi quejoso del suspenso hado
comenzó á mejorar sin duda alguna,
declarado del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruido
por el valor de la cristiana espada,
el furor Mahomético oprimido,
y la Turca Real del todo entrada:
dó el estandarte bárbaro abitado,
la cruz del Redentor fué enarbolada,
con un triunfo solene y grande gloria,
cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
por los míseros Turcos, ya turbados,
les fué los brazos luego entorpeciendo,
dejándolas sin fuerzas desmayados:
y las espadas y ánimos rindiendo,
à su fortuna mísera entregados,
dieron la entrada franca como cuento,
al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya pues del cuerno izquierdo y del dere- (cho,
de la victoria sanguinosa usando,
con furia inexorable todo á echo,
los van por todas partes degollando:
quién al agua se arroja abierto el pecho,
quién se entrega á las llamas, rehusando
el agudo cuchillo riguroso,
teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochali viendo su gente
por la cristiana fuerza destruida,
y la desecha armada totalmente,
al hierro, fuego, y agua ya rendida:
la derrota tomó por el poniente,
siguiéndole con misera huida
las barbaras reliquias destrozadas,
del hierro y fuego apénas escapadas.

Pero el hijo de Cárlos conociendo
del traidor renegado el bajo intento,
con gran furia el movido mar rompiendo
carga, dándole caza en seguimiento:
iban tras ellos al través saliendo,
el de Bazan y el de Oria á sotavento,
con una escuadra de galeras junta,
procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla viendo angosta
la senda y ancho mar segun temia,
vuelta la proa á la vecina costa,
en tierra con gran ímpetu embestia:
y cual se vé tal vez saltar langosta,
en multitud confusa, asi á porfia
salta la gente al mar embravecido,
huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros rostro y pe-
el gran reflujo de las olas hiende, (cho
cuál sin mirar al fondo y largo trecho,
no sabiendo nadar, alli lo aprende:
no hay parentesco, no hay amigo estrecho,
ni el mismo padre al caro hijo ardiente;
que el miedo, de respetos enemigo,
jamas en el peligro tuvo amigo.

Asi que del temor mismo forzados
en la arenosa playa pié tomaron,
y por las peñas y árboles cerrados,
á mas correr huyendo se escaparon:
deshechos pues del todo y destrozados
los miserables bárbaros quedaron:
habiendo fuerza á fuerza y mano á mano,
rendido el nombre de Austria el Otomano.

Estaba yo con gran contento, viendo
el próspero suceso prometido;
cuando en el globo el mágico hiriendo,
con el potente junco retorcido,
se fué el aire ofuscando y revolviendo,
y cesó de repente el gran ruido;
quedando en gran quietud la mar segura,
cubierto de una niebla y sombra oscura.

Luego Fiton con plática sabrosa
me llevó por la sala paseando,
y sin dejar figura, cada cosa
me fué parte por parte declarando:
mas teniendo temor que os sea enojosa
la relacion prolija iré dejando
todo aquello, aunque digno de memoria,
que no importa ni toca á nuestra historia.

Solo diré, que con muy gran contento
del Mago y Guaticolo despedido,
aunque tarde llegué á mi alojamiento,
donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo pues la pluma á nuestro cuento
que en larga digresion me he divertido,
digo que allí estuvimos dos semanas,
con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolucion nunca supimos
de nuestros enemigos cautelosos,
ni su designio y ánimo entendimos,
que nos tuvo suspensos y dudosos:
lo cual considerado, nos partimos,
desmintiendo los pasos peligrosos,
en su demanda entrando por la tierra,
con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba,
arribamos á un valle muy poblado,
por donde un grande arroyo atravesaba,
de cultivadas lomas rodeado:
y en la mas llana que á la entrada estaba,
por ser lugar y sitio acomodado,
la gente se alojó por escuadrones,
las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,
cuando de entre unos árboles salia
un bizarro Araucano bien armado,
buscando el pabellon de don Garcia:
y á su presencia el bárbaro llegado,
sin muestra ni señal de cortesía,
le comenzó á decir; pero entretanto
será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Asientan los Españoles su campo en Millarapué: llega á desafiarlos un Indio de parte de Caupolican: vienen á la batalla muy reñida y sangrienta: señálanse Tucapel y Rengo: cuéntase tambien el valor que los Españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada;
y no pasar por ella facilmente,
que gente tan ignota y desviada
de la frecuencia y trato de otra gente,
de inavegables golfos rodeada,
alcance lo que asi dificilmente
alcanzaron por curso de la guerra,
los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
á los que el arte militar hallaron,
ni mas celebren ya á los inventores
que el duro acero y el metal forjaron:
pues los últimos Indios moradores
del Araucano estado asi alcanzaron
el órden de la guerra y disciplina,
que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién les mostró á formar los escuadrones,
representar en órden la batalla,
levantar caballeros y bastiones,
hacer defensas, fosos y murallas,
trincheas, nuevos reparos, invenciones,
y cuanto en uso militar se halla,
que todo es un bastante y claro indicio
del valor de esa gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado
el silencio en la guerra y obediencia,
que nunca fué secreto revelado
por dádiva, amenaza, ni violencia,
como ya en lo que de ellos he contado,
vemos abiertamente la esperiencia;
pues por maña jamas ni por espías
dellos tuvimos nueva en tantos dias.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
presas de sobresalto muchas gentes,
que al rigor del tormento resistieron,
con gran constancia y firmes continentes:
tanto que muchas veces nos hicieron,
andar en los discursos diferentes,
que pudiera causar notable daño,
creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
apénas nuestro ejército alojado,
vino un gallardo mozo preguntando,
dó estaba el capitan aposentado?
y á su presencia el bárbaro llegando
con tono sin respeto levantado;
habiéndose juntado mucha gente,
soltó la voz, diciendo libremente;

¡O capitan cristiano! si ambicioso
eres de honor con título adquirido,
al oportuno tiempo venturoso,
tu próspera fortuna te ha traido:
que el gran Caupolicano deseoso
de probar tu valor encarecido,
si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
pide de solo á solo la batalla.

Que siendo de personas informado
que eres mancebo noble floreciente,
en la arte militar ejercitado.
capitan y cabeza desta gente:
dándote por ventaja de su grado
la eleccion de las armas francamente,
sin escepcion de condicion alguna;
quiere probar tu fuerza y su fortuna.

Y así por entender que muestra gana
de encontrar el ejército Araucano,
te avisa que al romper de la mañana,
se vendrá á presentar en este llano:
dó con firmeza de ambas partes llana,
enmedio de los campos mano á mano
si quieres combatir sobre esto hecho,
remitirá á las armas el derecho.

Con pacto y condicion que si vencieres,
someterá la tierra á tu obediencia,
y dél podrás hacer lo que quisieres
sin usar de respeto ni clemencia:
y cuando tu por él vencido fueres,
libre te dejará en tu preeminencia;
que no quiere otro premio ni otra gloria,
sino solo el honor de la victoria.

Mira que solo en que esta voz se entiende
consigues nombre y fama de valiente:
y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
durará tu memoria entre la gente:
pues al fin se dirá que por contienda,
entraste valerosa y dignamente,
en campo con el gran Caupolicano,
persona por persona, y mano á mano.

Esto es á lo que vengo, y asi pido
te resuelvas en breve á tu alvedrio,
si quieres por el término ofrecido,
reusar ó acetar el desafio:
que aunque el peligro es grande y conocido
de tu altiveza y ánimo confio,
que al fin satisfarás con osadia,
á tu estimado honor y al que me envia.

Don Garcia le responde: soy contento
de acetar el combate, y le aseguro
que al plazo puesto y señalado asiento
podrá á su voluntad venir seguro.
El Indio que escuchando estaba atento,
muy alegre le dijo: yo te juro
que esta osada respuesta eternamente,
te dejará famoso entre la gente.

Con esto sin pasar mas adelante
las espaldas volviò, y tomó la via,
mostrando por su término arrogante,
en la poca opinion que nos tenia:
algunos hubo alli que en el semblante,
juzgaron ser mañosa y doble espia,
que iba á reconocer con este intento,
la gente y pertrechado alojamiento.

Venida pues la noche, los soldados
en órden de batalla nos pusimos;
y á las derechas picas arrimados
contando las estrellas estuvimos,
del sueño y graves armas fatigados,
aunque crédito entero nunca dimos
al Indio, por pensar que solo vino,
á tomar lengua, y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando,
trastornaba al ocaso sus estrellas,
y la aurora al oriente despuntando,
deslumbraba luz de todas ellas,
las flores con su fresco humor rociando,
restituyendo en su color aquellas
que la tiniebla lóbrega importuna,
las habia reducido á solo una:

Cuando con alto y súbito alarido
apareció por uno y otro lado,
en tres distintas partes dividido,
el ejército bárbaro ordenado:
cada escuadron de gente muy fornido,
que con gran muestra y paso apresurado,
iban en igual órden, como cuento,
cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo, aparejada
sobre las riendas, la enemiga espera;
mas ántes que llegase anticipada,
se arroja por una áspera ladera:
y al escuadron siniestro encaminada
le acomete furioso, de una manera
que un terrapleno y muro poderoso
no resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolican que gobernando
iba aquel escuadron algo adelante,
el paso hasta su gente retirando,
hizo calar las picas á un instante:
donde los piés y brazos afirmando
en las agudas puntas de diamante,
reciben el furor y encuentro estraño,
haciendo en los primeros mucho daño.

Unos sin alas con ligero vuelo
desocupan atónitos las sillas,
otras vueltas las plantas hacia el cielo,
imprimen en la tierra las costillas,
y los que no probaron allí el suelo,
por apretar mas recio las rodillas,
aunque mas se mostraron esforzados,
quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,
que todos sin errar fueron derechos,
cuales de banda á banda atravesaron,
cuales atropellaron con los pechos,
todos en un instante se mezclaron,
viniendo á las espadas mas estrechos,
con tal priesa y rumor, que parecia.
la espantosa Vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano
rota la pica, de la maza afierra,
y á la derecha y á la izquierda mano,
hiere, destroza, mata, y echa á tierra:
hallándose muy junto á Berzocano,
los dientes y el furioso puño cierra,
descargándole encima tal puñada,
que le abolló en los cascos la celada.

Tras este otro derriba y otro mata,
que fué por su desdicha el mas vecino,
abre, destroza, rompe, y desbarata
haciendo llano el áspero camino:
y al Yanacona Tambo asi arrebata,
que como halcon al pollo ó palomino,
sin poderle valer los mas cercanos,
le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton que deseando,
andaban de encontrarse en esta danza,
se acometen furiosos, descargando
los brazos con igual ira y pujanza:
y las altas cabezas inclinando
á su pesar usaron de crianza,
hincando á un tiempo entrambos las rodillas
con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza,
comenzando un combate fiero y crudo,
ya tiran á los piés, ya á la cabeza,
ya abollan la celada, ya el escudo:
asi pues anduvieron una pieza;
mas pasar adelante esto no pudo,
qué un gran tropel de gentes que embistieron
por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel; y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortés y Juan Jufré con riesgo estraño
sustentan todo el peso de su bando:
tambien hacen efecto y mucho daño,
Reynosa, Peña, Cordoba, Miranda,
Monguia, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pues Don Luis de Toledo peleando,
Carranza, Aguayo, Zúñiga, y Castillo,
resisten al furor del Indio bando,
con Diego Cano, Pérez y Ronquillo:
los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Parédes, y Carrillo
derriban à sus piés gallardamente,
aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de enmedio viendo asida
por el cuerno derecho la contienda,
acelerando el tiempo y la corrida,
acude á socorrer la furia horrenda;
mas nuestra gente en tercios repartida,
le sale á recibir á toda rienda;
y del terrible estruendo y fiero encuentro
la tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,
grandes golpes de màzas y picazos,
lanzas, gorguces y armas enhastadas
volaron hasta el cielo en mil pedazos:
vienen en un momento á las espadas,
y aun otros mas cólericos á brazos;
dándose con las dagas y puñales,
heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho
su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
poco del diestro golpe satisfecho,
le arrebato un estoque acicalado,
con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
y de un rebés y tajo arrebatado,
arrojó dos cabezas con celadas,
muy léjos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo facilmente,
y dió á Juan de Inarauna tal herida,
que á la armada cabeza por la frente
cayó sobre los hombros dividida:
tira una punta, y á Picol valiente
le echó fuera las tripas y la vida;
pero en esta sazon inadvertido
de mas de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera
al rumor del estrago que sonaba,
y cercándole entorno como fiera,
en confuso monton le fatigaba:
mas él con gran desprecio de manera
el esforzado brazo rodeaba,
que á muchos con castigo y escarmiento,
les reprimió el furor y atravimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
cuanto el trabajo y el peligro crece;
que allí la gloria y el honor pretende,
donde mayor dificultad se ofrece;
lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,
y poco lo posible le parece;
que el pecho grande y ánimo invencible
le allana y facilita lo imposible.

El último escuadron y mas copioso
su derrota y designio prosiguiendo,
con paso aunque ordenado, presuroso,
por la tendida loma iba subiendo;
y en el dispuesto llano y espacioso,
nuestro escuadron del todo descubriendo,
se detuvo algun tanto astutamente,
reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra pues venia
el mozo Galvarino sargenteando,
que sus troncados brazos descubria,
las llagas aun sangrientas amostrando:
de un canto al otro apriesa discurria,
el daño general representando;
encendiendo en furor los corazones
con nuestras eficaces y razones.

Diciendo: ¡ó valentisimos soldados,
tan dignos deste nombre, en cuya mano
hoy la fortuna y favorables hados,
han puesto el ser y crédito Araucano!
estad de la victoria confiados,
que este tumulto y aparato vano,
es todo el remanente, y son las heces,
de los que habeis vencido tantas veces.

Y esta proster batalla fenecida,
de vosotros así tan deseada,
no queda cosa ya que nos impida,
ni lanza enhiesta, ni contraria espada:
mirad la muerte infame ó triste vida
que está para el vencido aparejada,
los ásperos tormentos escesivos,
que el vencedor promete hoy á los vivos.

Que si en esta batalla sois vencidos,
la ley perece y libertad se atierra,
quedando al duro yugo sometidos,
inhábiles del uso de la guerra:
pues con las brutas bestias siempre unidos,
habeis de arar y cultivar la tierra,
haciendo los oficios mas serviles,
y bajos ejercicios mugeriles.

Tened, varones, siempre en la memoria,
que la deshonra eternamente dura,
y que perpetuamente esta vitoria,
todas vuestras hazañas asegura:
considerad, soldados, pues la gloria
que os tiene aparejada la ventura,
y el gran premio y honor que, como digo,
un tan breve trabajo trae consigo.

Que aquel que se mostrare buen soldado,
tendrá en su mano ser lo que quisiere;
que todo lo que habemos deseado,
la fortuna con ello hoy nos requiere:
tambien piesen que queda condenado
por rebelde y traidor quien no venciere:
que no hay vencido justo y sin castigo,
quedando por juez el enemigo.

De tal manera el bárbaro valiente
despertaba la ira y la esperanza,
que el escuadron apénas obediente
podia sufrir el órden y tardanza:
mas ya que la señal última siente,
con gran resolucion y confianza
derribando las picas bien cerrado,
irse dejó de su furor llevado.

En el esento y pedregoso llano,
que mas de un tiro de arco se estendia,
nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
asimismo al encuentro le salia:
donde con muestra y término inhumano,
y el gran furor que cada cual traia,
se embisten los airados escuadrones,
cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
que en rajas por los aires discurrieron,
las estendidas mangas é hileras,
de golpe unas con otras se rompieron:
hubo muertes allí de mil maneras,
que muchos sin heridas perecieron,
del polvo y de las armas ahogados.
otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
con hervorosa priesa y rabia estraña,
todos en un teson igual poniendo
la estrema industria, la pujanza y maña:
sube á los cielos el furioso estruendo,
retumba entorno toda la campaña,
cubriendo los lugares descubiertos
la espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el corage, crece la contienda,
y el batir sin cesar siempre mas fuerte,
no hay malla y pasta fina que defienda
la entrada y paso á la furiosa muerte:
que con irreparable furia horrenda
todo ya en su figura lo convierte,
haciendo del mortal y fiero estrago,
de espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso que al siniestro lado
iba siempre avivando la pelea,
de la roedora afrenta estimulado
que en Mataquito recibió de Andrea:
el ronco tono y brazo levantado,
discurre todo el campo, y lo rodea
acá y allá por una y otra mano,
llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea pues asimismo procurando
fenecer la cuestion, le deseaba,
mas lo que el uno y otro iba buscando,
la dicha de los dos lo desviaba:
que el Italiano mozo peleando,
en el otro escuadron distante andaba,
haciendo por su estraña fuerza cosas,
que aunque lícitas, eran lastimosas,

Mata de un golpe á Trulo; y endereza
la dura punta, y á Pinol barrena,
y sin brazo á Teguan una gran pieza
le arroja, dando vueltas por la arena:
lleva de un golpe á Changle la cabeza,
y por medío del cuerpo á Pon cercena,
hiende á Narpo hasta el pecho; y a Brancolo
como grulla lo deja en un pié solo.

Veis pues aqui Orompello, el cual haciendo
venia por esta parte mortal guerra,
que al gran tumulto y voces acudiendo,
vió cubierta de muertos la ancha tierra;
y al Ginoves gallardo conociendo,
como cebado tigre, con él cierra,
alta la maza y encendido el gesto,
sobre las puntas de los pies enhiesto.

Fué de la maza el Ginoves cogido
en el alto creston de la celada,
que todo lo abolló y quedó sumido,
sobre la estopa de algodon colchada:
estuvo el Italiano adormecido,
vomita sangre, la color mudada,
y vió dando de manos por el suelo,
vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego
con mas furor y menos bien guiado,
que á no ser á soslayo el fiero juego,
del todo entre los dos fuera acabado:
el Ginoves desatinado y ciego
fué un poco de traves; mas recobrado,
se puso en pié con priesa no pensada,
levantando á dos manos la ancha espada.

Y con la estrema rabia y fuerza rara,
sobre el jóven la cala de manera
que si el ferrado leño no cruzara,
de arriba á bajo en dos le dividiera:
tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
y si la espada el filo no torciera,
penetrára tan honda la herida,
que privará al mancebo de la vida.

Viéndose el Araucano pues sin maza,
no por eso amainó al furor la vela,
ántes con gran presteza de la plaza
arrebata un pedazo de rodela:
y al punto sin perder tiempo, lo embraza,
y como aquel que daño no recela,
con solo el trozo de baston cortado,
aquija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano
saltó con ligereza y diestro brio,
hurtando el cuerpo así, que el italiano
con la espada azotó el aire vacío:
quiso hacello otra vez, mas salió en vano,
que entrando recio al punto del desvio,
fué el Ginoves tan presto, que no pudo
sino cubrirse con su roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
del defensivo escudo una gran pieza,
bajando con rigor á la celada,
que defender no pudo la cabeza,
hasta el casco caió la cuchillada,
quedando el mozo atónito una pieza,
pero en sí vuelto, viéndose tan junto,
le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo Ginoves que al fiero Marte
pensara desmembrar, recio le asia;
pero salió engañado, que en este arte,
ninguno al diestro jóven escedia:
revuélvense por una y otra parte,
el uno al pié del otro rebatia,
intrincando las piernas y rodillas,
con diestras y engañosas zancadillas.

Don Garcia de Mendoza no paraba;
ántes como animoso y diligente,
unas veces airado peleaba,
otras iba esforzando allí la gente:
tampoco Juan Remon ocioso estaba,
que de soldado y capitan prudente
con igual disciplina y ejercicio,
usaba en sus lugares el oficio.

Santillana, y don Pedro de Navarra.
Avalos, Viezma, Cáceres, Bastida,
Galdámez, don Francisco Ponce, Ibarra
dando muerte, defiende bien su vida:
el Fator Vega, y Contador Sagarra
habian echado á parte una partida,
siguiéndolos Velázquez, y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Ribéros, y Ribera.

Pasáranlo pues mal al otro lado
segun la mucha gente que acudia,
si don Felipe, don Simon y Prado,
don Francisco Arias, Pardo y Alegria,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
y don Juan de Pineda en compañia,
con valeroso esfuerzo combatiendo,
no fueron los contrarios reprimiendo.

Tambien acrecentaban el estrago,
Florencio de Esquivel y Altamirano,
Vilaroel, Moran, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano:
si de todos aqui mencion no hago,
no culpen la intencion, sino la mano,
que no puede escribir lo que hacian,
tantos como alli à un tiempo combatian.

Sonaba á la sazon un gran ruido
en el otro escuadron de medio dia,
y era que el fiero Rengo embravecido,
llevado de su esfuerzo y valentia,
se habia por la batalla asi metido,
que volver á los suyos no podia,
y de menuda gente rodeado,
andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera
al un lado y al otro golpeando,
que en rueda los hacia tener afuera,
muchos en daño ageno escarmentando:
pero la turba acá y allá ligera,
le va por todas partes aquejando,
con tiros, palos y armas enhastadas,
como á fiera, de léjos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto,
sin valerles defensa ni armadura;
à quien acierta el golpe en descubierto
del todo le deshace y desfigura;
y el de ménos efecto y mas incierto,
quebranto brazo, pierna, ó coyuntùra:
vieran arneses rotos y celadas,
junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque como digo combatiendo,
mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
le van á tanto estrecho reduciendo,
que poder escapar era imposible:
y dor mas que se esfuerza, resistiendo,
al fin era de carne, era sensible,
y el furioso y continuo movimiento,
la fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla,
que aun apénas asi se sustentaba:
y la gente solícita en cuadrilla
sin dejarle alentar, le fatigaba,
cuando de la otra parte por la orilla
de la alta loma Tucapel llegaba,
haciendo con la usada y fuerte maza,
por donde quiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado,
cuando brama la lengua ya sacada,
que de la turba multa rodeado,
procura cada cual probar su espada,
y en esto de repente al otro lado
la cerviz yerta y frente levantada,
asoma otro famoso de Xarama,
que deshace la junta y la derrama.

Así el famoso Rengo ya en el suelo
hincada una rodilla combatia,
enmedio del monton, que sin recelo
poco á poco cerrándole venia:
cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
que por allí la grita le traia,
viéndole así tratar, sin poner duda,
rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
que estrecha plaza y paso le dejaron,
y los otros en círculo esparcidos,
del fatigado Rengo se arredraron,
y contra Tucapel embravecidos,
las armas y la grita enderezaron:
mas él daba de sí tan buen descargo,
que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo y dijo: aunque enemigo,
esfuerza, esfuerza, Rengo, y ten hoy fuerte;
que el impar Tucapel está contigo,
y no puedes tener siniestra suerte:
que el favorable cielo y hado amigo
te tiene aparejada mejor muerte,
pues está cometida al brazo mio,
si cumples á su tiempo el desafío.

Rengo le respondió: si ya no fuera
por ingrato en tal tiempo reputado,
contigo y con mi débito cumpliera,
que no estoy como piensas tan cansado:
en esto mas ligero que si hubiera
diez horas en el lecho reposado,
se puso en pié, y á nuestra gente asalta,
firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: seria bajeza
y cosa entre varones condenada
acometerte, vista tu flaqueza,
con fuerza y en sazon aventajada:
cobra, cobra tu fuerza y entereza,
que el tiempo llegará que esta ferrada,
te dé la pena y muerte merecida,
como hoy te ha dado claro aquí la vida.

No se dijeron mas y por la via
los dos competidores Araucanos,
haciéndose amistad y compañia,
iban como si fueran, dos hermanos;
guardaba el uno al otro y defendia,
y asi con diligencia y prestas manos,
abriendo el escuadron gallardamente,
llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla
andaba muy reñida y sanguinosa,
con tal furia y rigor, que no se halla
persona sin herida, ni arma ociosa:
cubre la tierra la menuda malla,
y en la remota Turcia cavernosa
por fuerza arrebatados de los vientos,
hieren los duros y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando
y de golpes la furia apresurada,
como ventosa a negra nube, cuando
del Vulturno ó del Zéfiro arrojada,
lanza una piedra súbita, dejando
la rama de sus hojas despojada,
y los muros, los techos y tejados
son con priesa terrible golpeados.

Pues de aquella manera y mas furiosas
las homicidas armas descargaban,
y con hondas heridas rigurosas,
los sanguinosos cuerpos desangraban:
el gran rumor y voces espantosas
en los vecinos montes resonaban:
el mar confuso al fiero son retrujo
de sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
la batalla primero habia trabado,
donde por su valor Caupolicano
contrastaba al furor del duro hado:
á pura fuerza el escuadron cristiano
del contrario teson sobrepujado,
comenzó poco á poco á perder tierra,
hacia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora,
y el ímpetu del barbaro violento,
que por el Araucano en voz sonora
se cantò la victoria y vencimiento:
mas la misma fortuna burladora
dió la vuelta á la rueda en un momento,
encontra de la parte mejorada,
barajando la suerte declarada.

Que el último escuadron donde estribaba
nuestro postrer remedio y esperanza,
metido en el contrario peleaba,
haciendo fiero estrago y gran matanza:
que ni el valor de Ongolma allí bastaba,
ni del fuerte Lincoya la pujanza;
ni yo basto á contar de una vez tanto,
que es fuerza diferirlo al otro canto.

CANTO XXVI.

—

Dase noticia del fin de la batalla y retirada de los Araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galvarino y su muerte; asi mismo se pinta el jardin y estancia del Mago Fiton.

Nadie puede llamarse venturoso
hasta ver de la vida el fin incierto,
ni está libre del mar tempestuoso
quien surto no se ve dentro del puerto,
venir un bien atrás otro es muy dudoso,
y un mal tras otro mal es siempre cierto,
jamás próspero tiempo fué durable,
ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
y nos muestra bien claro aqui la historia,
cuan poco les duró á los Araucanos
el nuevo gozo y engañosa gloria:
pues llevando de rota á los cristianos,
y habiendo ya cantado la victoria,
de los contrarios hados rebatidos,
quedaron vencedores los vencidos.

Que, como os dije, el escuadron postrero
adonde por testigo yo venia,
ganando tierra siempre mas entero
al bárbaro enemigo retraia,
que aunque el fuerte Lincoya el delantero
á la adversa fortuna resistia,
no pudo resistir últimamente,
el ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada,
que enmedio de dos lomas se hacia,
la bárbara canalla quebrantada
la dañosa soberbia y osodia,
ya del torpe temor señoreada,
esforzadas espaldas revolvia:
huyendo de la muerte el rostro airado,
que clara á toda ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la victoria apriesa,
que aun no quieren venir en el partido,
y de la inculta breña y selva espesa,
inquieren lo secreto y escondido:
el gran estrago y mortandad no cesa,
suena el destrozo y áspero ruido,
tirando à tiento golpes y estocadas,
por la espesura y matas intrincadas.

Jamas de los monteros en ojeo
fué caza tan buscada y perseguida,
cuando con ancho circulo y rodeo,
es á término estrecho reducida;
que con impacientisimo deseo
atajados los pasos y huida,
arrojan en las fieras montesinas,
lanzas, dardos, venablos, javalinas.

Como los nuestros hasta allí cristianos,
que los términos lícitos pasando,
con crueles armas y actos inhumanos,
iban la gran victoria deslustrando,
que ni el rendirse, puestas ya las manos,
la obediencia y servicio protestando,
bastaba á aquella gente desalmada
á reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
aunque usada al destrozo de la guerra,
huye del grande estrago que este dia
hubo en los defensores de su tierra:
la sangre que en arroyos ya corria
por las abiertas grietas de la tierra,
las lástimas, las voces y gemidos,
de los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano que miraron
su mayor escuadron desbaratado,
perdiendo todo el ánimo dejaron
la tierra y el honor que habian ganado:
así la trompa á retirar tocaron,
y con paso, aunque largo, concertado
altas y campeando las banderas,
se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
la braveza de Rengo sin medida,
pues que desbaratada ya su gente,
y pues en rota y mísera huida,
fiero, arrogante, indómito, impaciente,
sin mirar al peligro de la vida,
dando mas furia á la ferrada maza,
solo sustenta la ganada plaza.

Y allí como invencible y valeroso
solo estuvo gran rato peleando;
pero viendo el trabajo infructuoso,
y gente ya ninguna de su bando,
con paso tardo, grave y espacioso,
volviendo el rostro atras de cuando en cuando
tomó á la mano diestra una vereda,
hasta entrar en un bosque y arboleda.

Donde ya de la gente destrozada,
habia el temor algunos escondido;
pero viendo de Rengo la llegada
cobrando luego el ánimo perdido,
con nuevo esfuerzo y muestra confiada,
en escuadron formado y recogido,
vuelven el rostro y pechos esforzados,
á la corriente de los duros hados.

Yo que de aquella parte discurriendo
á vueltas del rumor tambien andaba,
la grita y nuevo estrépito sintiendo,
que en el vecino bosque resonaba,
apresuré los pasos, acudiendo
hacia donde el rumor me encaminaba,
viendo al entrar del bosque detenidos,
algunos Españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando:
caballeros, entrad que todo es nada;
mas ellos el peligro ponderando
dificultaban la dudosa entrada:
yo pues á la sazon á pié arribando
donde estaba la gente recatada,
Juan Remon que me vió luego de frente,
quiso obligarme allí públicamente.

Diciendo: ¡ó don Alonso! quien procura
ganar estimacion y aventajarse,
este es el tiempo y esta es coyuntura
en que puede con honra señalarse:
no impida vuestra suerte esta espesura
donde quieren los Indios entregarse,
que al que abriese la entrada defendida,
le será la victoria atribuida.

Oyendo pues mi nombre conocido,
y que todos volvieron á mirarme,
del honor y verguenza compelido,
no pudiendo del trance ya escusarme,
por lo espeso del bosque y mas temido
comencé de romper y aventurarme,
siguiéndome Arias, Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon y Coronado.

Los cuales de vivir desesperados;
los obstinados Indios embistieron,
que en una espesa muela bien cerrados,
las españolas armas atendieron:
en esto ya el rumor por todos lados,
de nuestra gente muchos acudieron,
comenzando con furia presurosa
una guerra sangrienta y peligrosa.

Renuévase el destrozo, reduciendo
á término dudoso el vencimiento:
el menos animoso acometiendo
el mas dificultoso impedimento.
¿Cuál será aquel que pueda ir escribiendo
de los brazos la furia y movimiento,
y deste y de aquel otro la herida,
y quien á cual allí quitó la vida?

Unos hienden por medio, otros barrenan
de parte á parte los airados pechos,
por los muslos y cuerpo otros cercenan,
otros miembro por miembro caen deshechos:
los duros golpes todo el bosque atruenan,
andando de ambas partes tan estrechos,
que vinieron algunos de impacientes,
á los brazos, á puños y á los dientes.

Pero la muerte allí definidora
de la cruda batalla porfiada,
ayudando á la parte vencedora,
remató la contienda y gran jornada:
que la gente Araucana en poca de hora,
en aquel sitio estrecho destrozada,
quiso rendir al hierro ántes la vida,
que al odioso Español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados,
los indómitos bárbaros quedaron,
y los demas con pasos ordenados,
como ya dije atras, se retiraron:
de manera que ya nuestros soldados,
recogiendo el despojo que hallaron,
y un número copioso en provisiones,
volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos
doce, los mas dispuestos y valientes,
que en las nobles insignias y vestidos
mostraban ser personas preeminentes:
estos fueron allí constituidos,
para amenaza y miedo de las gentes,
quedando por ejemplo y escarmiento,
colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando,
de la cruda sentencia condolido,
salvar quise uno de ellos, alegando
haberse á nuestro ejército venido:
mas él luego los brazos levantando,
que debajo del peto habia escondido,
mostró en alto la falta de las manos,
por los cortados troncos aun no sanos.

Era pues Galvarino este que cuento,
de quien el Canto atras os dió noticia,
que porque fuese ejemplo y escarmiento,
le cortaror las manos por justicia:
el cual con el usado atrevimiento,
mostrando la encubierta inimicicia,
sin respeto ni miedo de la muerte,
hablo, mirando á todos, desta suerte:

¡O gentes fementidas, detestables,
indignas de la gloria deste dia!
hartad vuestras gargantas insaciables,
en esta aborrecida sangre mia;
que aunque los fieros hados variables,
trastornen la Araucana monarquia,
muertos podremos ser, mas no vencidos,
ni los ánimos libres oprimidos.

No penseis que la muerte reusamos,
que en ella estriba ya nuestra esperanza;
que si la odiosa vida dilatamos,
es por hacer mayor nuestra venganza:
que cuando el justo fin no consigamos,
tenemos en la espada confianza,
que os quitará en nosotros convertida
la gloria de poder darnos la vida.

Sús, pues ya, ¿qué esperais, ó qué os dede no me dar mi premio y justo pago? (tiene,
la muerte y no la vida me conviene,
pues con ella á mi deuda satisfago:
pero si algun disgusto y pena tiene
este importante y deseado trago,
es no veros primero hechos pedazos,
con estos dientes y troncados brazos.

De tal manera el bárbaro esforzado,
la muerte en alta voz solicitaba,
de la infelice vida ya cansado,
que largo espacio á su pesar duraba:
y en el gentil proposito obstinado
diciéndonos injurias, procuraba
un fin honroso de una honrosa espada,
y rematar la mísera jornada.

Yo que estaba á par dél considerando
el propósito firme y osadía,
me opuse contra algunos, procurando
dar la vida á quien ya la aborrecia;
pero al fin los ministros, porfiando
que á la salud de todos convenia,
forzado me aparté, y él fué llevado
á ser con los Caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino
está de aquel asiento en un repecho,
por el cual atraviesa un gran camino,
que al valle de Lincoya va derecho,
con gran solenidad y desatino
fué el insulto y castigo injusto hecho,
pagando allí la deuda con la vida,
en muchas opiniones no debia.

Por falta de verdugo, que no habia,
quien el oficio hubiese acostumbrado,
quedó casi por uso de aquel dia
un modo de matar jamas usado:
que á cada Indio de aquella compañia
un bastante cordel le fué entregado,
diciéndole que el árbol eligiese,
donde á su voluntad se suspendiese.

No tan presto los pràticos guerreros;
del cierto asalto la señal tocando,
por escalas, por picas y maderos
suben á la muralla gateando:
cuanto aquellos Caciques, que ligeros
por los mas grandes árboles trepando,
en un punto á las cimas arribaron,
y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno de ellos algo arrepentido
de su ligera priesa y diligencia,
á nuestra devocion ya reducido,
vuelto pidió para hablar licencia:
y habiéndosela todos concedido,
con voz algo turbada y apariencia,
los ánimos cristianos conmoviendo,
habló contritamente asi diciendo:

Valerosa nacion, invicta gente,
donde el estremo de virtud se encierra,
sabed que soy Cacique y descendiente,
del tronco mas antiguo desta tierra:
no tengo padre, hermano, ni pariente,
que todos son ya muertos en la guerra,
y pues se acaba en mi la descendencia,
os ruego useis conmigo de clemencia.

Quisiera proseguir, si Galvarino
que le miraba con airada cara,
de súbito saliéndole al camino,
la doméstica voz no le atajara;
diciendo: pusilánime, mezquino,
deslustrador de la progenie clara,
¿por qué á tan gran bajeza así te mueve,
el miedo torpe de una muerte breve?

Dime, infame, traidor, de fé mudable,
¿tienes por mas partido y mejor suerte
el vivir en estado miserable,
que el morir como debe un baron fuerte?
sigue el hado aunque adverso, tolerable,
que el fin de los trabajos es la muerte,
y es poquedad que un afrentoso medio,
te saque de la mano este remedio.

Apénas la razon habia acabado,
cuando el noble Cacique arrepentido,
al cuello el corredizo lazo echado,
quedó de una alta rama suspendido;
tras él fué el audaz bárbaro obstinado,
aun á la misma muerte no rendido,
y los robustos robles desta prueba
llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria como cuento,
y el enemigo roto retirado,
dejando el infelice alojamiento,
todo de cuerpos bárbaros sembrado,
llegamos sin desman ni impedimento
á la bajada y sitio desdichado,
dó Valdivia fundó la casa-fuerte,
y le dieron despues infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
que el sitio de la casa circundaba,
donde el bagage, chusma y remanente,
con menos daño y mas seguro estaba:
de allí el contorno y tierra inobediente,
sin poderlo estorbar se salteaba,
haciendo siempre instancia y diligencia
de traerla sin sangre á la obediencia.

Una mañana al comenzar del dia
saliendo yo á correr aquella tierra,
donde por cierto aviso se tenia,
que andaba gente bárbara de guerra,
dejando un trecho atras la compañía,
cerca de un bosque espeso y alta sierra,
sentí cerca una voz envejecida,
diciendo: ¿dónde vais que no hay salida?

Volví el rostro y las riendas hácia el lado
donde la estraña voz habia salido,
y ví á Fiton, el Magico, arrimado
al tronco de un gran roble carcomido,
sobre el herrado junco recostado,
que como fué de mí reconocido,
del caballo salté ligeramente,
saludàndole alegre y cortesmente.

El me dijo: por cierto bien pudiera
tomar de vos legitima venganza,
y en esa vuestra gente que anda fuera,
que habeis hecho en los nuestros tal matanza:
pero aunque mas razon y causa hubiera,
haciendo vos de mi tal confianza,
no quiero; ni será justo dañaros,
ántes en lo que es lícito ayudaros.

Que es órden de los cielos que padezca
esta indómita gente su castigo;
y ántes que contra Dios se ensoberbezca,
lo abaje la soberbia el enemigo:
y aunque vuestra ventura agora crezca,
no durará gran tiempo, porque os digo,
que como á los demas el duro hado
os tiene su descuento aparejado.

Si la fortuna así á pedir de boca.
os abre el paso próspero á la entrada,
grandes trabajos y ganancia poca,
al cabo sacareis desta jornada:
y porque á mí, decir mas no me toca,
me quiero retirar á mi morada,
que tambien desta banda tiene puerta,
pero á todos oculta y encubierta.

Yo de le ver así maravillado,
y mas de la siniestra profecía,
mi caballo en un líbano arrendado,
le quise hacer un rato compañía:
y al fin de mucho ruegos acetado,
siendo el viejo decrépito la guia,
hendimos la espesura y breña estraña,
hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido,
donde no habia resquicio, ni abertura,
con el potente báculo torcido
blandamente tocó la peña dura;
y luego con horrisono ruido,
se abre una estrecha puerta y boca escura,
por dó tras él entré, erizado el pelo,
pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso verde prado,
que recreaba el ánimo y la vista,
dò estaba en ancho cuadro fabricado
un muro de belleza nunca vista,
de vario jaspe y pérfido escacado,
y al fin de cada escaque una amatista,
en las puertas de cedro barreadas,
mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el Mago al punto,
y en un jardin entramos espacioso,
dó se puede decir que estaba junto
todo lo natural y artificioso:
hoja no discrepaba de otra un punto,
haciendo cuadro ó circulo hermoso,
enmedio un claro estanque, dó las fuentes,
murmurando enviaban sus corrientes.

No produce natura tantas flores,
cuando mas rica Primavera envia,
ni tantas variedades de colores,
como en aquel jardin vicioso habia:
los frescos y suavisimos olores,
las aves y su acorde melodia
dejaban las potencias y sentidos
de un ageno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidara,
segun suspenso estuve una gran pieza,
si el anciano Fiton no me llamara,
haciéndome señal con la cabeza:
metióme por la mano en un clara
bóveda de alabastro, que á la pieza
del milagroso globo respondia,
adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la vola, mas no osaba
sin licencia del Mago avecinarme,
mas él que mis designios penetraba,
teniendo voluntad de contentarme,
asido por la mano me acercaba,
y comenzando él mismo á señalarme,
el mundo me mostró, como si fuera
en su forma real y verdadera.

Pero para decir por órden, cuanto
vi dentro de la gran poma lucida,
es cierto menester un nuevo canto,
y tener la memoria recogida:
así, señor, os ruego que entre tanto
que refuerzo la voz enflaquecida,
perdoneis si lo dejo en este punto,
que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII.

Pónese la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras: cuéntase tambien como los Españoles levantaron un Fuerte en el valle de Tucapel: y como don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
con gran razon de todos alabada,
y vemos que una plática es gustosa,
cuanto mas breve y ménos afectada:
y aunque sea la prolija provechosa,
nos importuna, cansa y nos enfada,
que el manjar mas sabroso y sazonado
os deja, cuando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo,
de la larga carrera arrepentido,
¿cómo podré llevar tan gran rodeo,
y ser sabroso al gusto y al oido?
pero aunque de agradar es mi deseo,
estoy ya dentro en la ocasion metido,
que no se puede andar mucho en un paso,
ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, Señor, le pareciere,
que me voy en el curso deteniendo,
el estraño camino considere,
y que mas que una posta voy corriendo:
en todo abreviaré lo que pudiere;
y asi á nuestro propósito volviendo,
os dije, como el Indio Mago anciano
señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
veinte abrazar el circulo luciente,
donde todas las cosas parecian,
en su forma distinta y claramente:
los campos y ciudades se veian,
el tráfago y bullicio de la gente,
las aves, animales, lagartijas,
hasta las mas menudas sabandijas.

El Mágico me dijo: pues en este
lugar, nadie nos turba ni embaraza,
sin que un minimo punto oculto reste,
verás del universo la gran traza,
lo que hay del Norte al Sur, del Leste al Oeste,
y cuanto ciñe el mar y el aire abraza,
rios, montes, lagunas, mares, tierras
famosas por natura y por las guerras.

Mira el principio de Asia á Calcedonia,
junto al Bósforo en frente de la Tracia
á Lidia, Caria Licia y Licaonia,
á Panfilia, Bitinia y á Galacia:
y junto al Ponto Euxino á Paflagonia,
la llana Capadocia, y la Farnacia,
y la corriente de Eufrates famoso,
que entra en el mar de Persia caudalòso.

Mira la Siria, ves allí la india
tierra de Promision de Dios privada,
y á Nazaren dichosa en Palestina,
dó á María Gabriel dió la embajada:
ves las sacras reliquias y ruina
de la ciudad por Tito desolada,
dó el autor de la vida escarnecido,
á vergonzosa muerte fué traido.

Mira el tendide mar Mediterreano,
que la Europa del Afriaca separa,
y el mar Bermejo en punta á la otra mano,
que abrió Moisen sus aguas con la vara:
mira el golfo de Ormuz y mar Persiano,
y aunque á partes la tierra no está clara,
verás hácia la banda descubierta,
las dos Arabias feliz y desierta.

Mira á Persia y Carmania, que confina
con Susiana al lado del poniente,
donde el forjado acero se fulmina
de pasta temple fino y escelente:
Drangiana, y Gedrosia que camina
hasta el mar de India y ferias del Oriente,
y adelante siguiendo aquella vía,
verás la calurosa Aracosía.

Dentro y fuera del Gange mira tanta
tierra de India al Levante prolongada,
ves el Catay, y su ciudad de Cauta,
que sobre el Indio mar está fundada:
la China, y el Maluco y toda cuanta
mar se estiende del leste, y la apartada
Trapobana famosa antiguamente,
término y fin postrero del Oriente.

Ves la Hircania, Tartaria y los Albanos;
hácia la Trapisonda dilatados,
y otros Reinos pequeños comarcanos
tributarios de Persia y aliados:
los Iberios que llaman Gorgianos,
y los pobres Circasos derramados,
que su lunada tierra en parte angosta,
toma del mar mayor toda la costa.

Ves el revuelto Cirro caudaloso,
que la Iberia y Albania así rodea,
y el alto monte Caúcaso fragoso,
que su cumbre gran tierra señorea:
mira el Reino de Colcos tan famoso,
por la isla nombrada de Medea,
adonde el trabajado Jason vino
en busca del dorado vellocino.

Mira la grande Armenia memorable
por su ciudad de Táuris señalada,
y al sur la religiosa y venerable
Soltonia sin respeto arruinada
por la Tártara furia irreparable
del grande Taborlan, que de pasada
cuanto encontró lo puso por el suelo,
cual ira ó rayo súbito del cielo.

Mira á Tigris y Eufrátes, que poniendo
punto á Mesopotamia, en compañía,
hasta el golfo de Persia van corriendo
dejando á un lado á Egipto y á Suria:
ves la Partia y la Media, que torciendo
su corva costa, abraza al mediodía
el Caspio mar, por otro nombre Hircano,
que en forma oval se estiende al subsolano.

Mira la Asiria y su ciudad famosa,
donde la confusion de lenguas vino,
que sus muros, labor maravillosa,
hizo Semiramis madre de Nino:
donde la acelerada y presurosa
muerte á Alejandro le salió al camino,
cortándole en su próspera corrida
el hilo de los hados y la vida.

Mira en Africa, al Sur, los estendidos
Reinos de Prestejuan, donde parece,
que entre los mas insignes y escogidos,
Sceva en sus edificios resplandece:
tres frutos da en el año repartidos,
y tres veces se agosta y reverdece,
tiene en veinte y dos grados su postura
al Antártico Polo por la altura.

Ves á Gogia y sus montes levantados
que á todos sobrepujan en grandeza,
canos siempre de nieve los collados,
y abajo peñascales y aspereza,
que forman un gran muelle, rodeados
de breñales espesos y maleza,
morada de osos, puercos y leones,
tigres, panteras, grifos y dragones.

Destos peñascos ásperos, pendientes,
llamados hoy el monte de la Luna,
nacen del Nilo las famosas fuentes,
y dellos rios sin nombre y fama alguna:
que aunque tuercen y apartan sus corrientes
se vienen á juntar á una laguna
tan grande, que sus senos y laderas,
baten de tres provincias las riberas.

A Gogia y Beguemédros al oriente,
y á Dambaya al poniente; del cual lado
hay islas donde habita varia gente,
y todo el ancho círculo es poblado:
de aquí el famoso Nilo mansamente
nace, y despues mas grande y esforzado
parte á Gogia de Amara, y va tendido
sin ser de las riberas restringuido;

Hasta un angosto paso peñascoso
que le va los costados estrechando,
de donde con estrépito furioso,
se va en las Cataratas embocando:
despues mas ancho, grave y espacioso,
llega á Meore, gran isla, costeando,
que contiene tres reynos eminentes,
en leyes y costumbres diferentes.

Mira el Cairo, que incluye tres ciudades
y el palacio real de Daltibea,
las torres, los jardines y heredades,
que su espacioso círculo rodea;
las pirámides mira y vanidades
de los ciegos antiguos, que aunque sea
señal de sus riquezas la hechura;
fué mas que el edificio la locura.

Mira los despoblados arenosos
de la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos,
donde habita la bruta y negra gente:
mira los Trogloditas belicosos,
y los que baña Gambra en su corriente,
Mandingos, Monicongos, y los feos
Zapes, Biafras, Gelofos y Guineos.

Ves de la costa de Africa el gran trecho,
los puertos señalados y lugares
de las bocas del Nilo hasta el estrecho,
por dó se comunican los dos mares:
Apolonia, las Siertes, y derecho
Tripol, Tunez, y junto si mirares,
verás aun las reliquias y el estrago,
de la ciudad famoso de Cartago.

Mira á Sicilia fértil y abundosa,
á Cerdeña, y á Córcega de frente,
y en la costa de Italia la viciosa
tierra, que va corriendo hácia el Poniente:
mira la ilustre Nápoles famosa,
y á Roma que gran tiempo antiguamente
se vió del universo apoderada,
y de cada nacion despues hollada.

Mira en Toscana á Sena, y á Florencia;
y dejando la costa al mediodia,
á Bolonia, Ferrara, y la eminencia
de la isleña ciudad y Señoria:
Padua, Montua, Cremona, y á Plasencia,
Milan, la tierra y Parque de Pavia,
adonde en una rota de importancia,
Cárlos prendió á Francisco rey de Francia.

Mira Alejandria, y por Liguria entrando
á la soberbia Génova y Saona,
y el Piamonte y Saboya atravesando,
á Leon, á Tolosa y á Bayona:
y sobre el viento coro volteando,
Burdeos, Potiers, Orliens, Paris, Perona,
Flándes, Brabante, Guéldres, Frísia, Olanda
Inglaterra, Escocia, Ibernia, Irlanda;

Á Dinamarca, Dacia, y á Noruega
hácia el mar de Dantisco y costa helada,
y á Suecia que al confin de Gocia llega,
que está entorno del mar fortificada,
de donde á la Gelandia se navega,
y mira allá á Grolandia desviada,
de solar curso y la Zodiaca via,
dó hay seis meses de noche, y seis de dia.

Mira al Norte á Moscovia, que es tenida
por última region de lo poblado,
que rematan su término y medida,
las Rifeas montañas por un lado:
y de las fuentes del Tánais tendida
llega al monte Iperbóreo y mar helado,
confina con Sarmacia y Tartaria,
y corre por el Austro hasta Rusia.

Mira á Libonia, Prusia, Lituania,
Samogacia, Podolia y á Suria,
á Polonia, Silesia y á Germania,
á Moravia, Bohemia, Austria y Hungria,
á Crovacia, Moldavia, Trasilvania,
Valaquia, Vulgaria, Esclavonia,
á Macedonia, Grecia, la Morea,
á Candia, Chipre, Rodas y Judea.

Mira al Poniente á España, y la aspereza
de la antigua Vizcaya, de dó es cierto
que procede y se estiende la nobleza,
por todo lo que vemos descubierto:
mira á Bermeo cercado de maleza,
cabeza de Viscaya, y sobre el puerto
los anchos muros del solar de Ercilla,
solar ántes fundado que la villa.

Ves á Burgos, Logroño y á Pamplona,
y bajando al poniente á la siniestra,
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
á Leon, y á Galicia de la diestra:
ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coimbra, y Salamanca que se muestra
felice en todas ciencias, dó solia
enseñarse tambien Nigromancia.

Mira á Valladolid que en llama ardiente
se irá como la Fénix renovando,
y á Medina del Campo casi enfrente,
que las furias la van mas ilustrando:
mira á Segovia y su famoso puente,
y el bosque, y la Fonfrida atravesando,
al Pardo y Aranjuez, donde natura
vertió todas sus flores y verdura.

Mira aquel sitio inculto y montuoso,
al pié del alto puerto algo apartado,
que aunque le ves desierto y pedregoso;
ha de venir en breve á ser poblado:
allí el rey don Felipe victorioso
habiendo al franco en San Quintin domado,
en testimonio de su buen deseo,
levantará un católico trofeo.

Será un famoso templo incomparable
de suntuoso fábrica y grandeza,
la máquina del cual hará notable,
su religioso zelo y gran riqueza:
será edificio eterno y memorable
de inmensa magestad y gran belleza,
obra al fin de un tal rey, tan gran cristiano,
y de tan larga y poderosa mano.

Mira luego á Madrid, que buena suerte
le tiene el alto cielo aparejada,
y á Toledo fundada en sitio fuerte,
sobre el dorado Tajo levantada:
mira adelante á Córdoba, y la muerte
que airada amenazando está á Granada,
esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
principales cabezas y gargantas:

Mira á Sevilla, veá la realeza
de templos, edificios y moradas,
el concurso de gente y la grandeza
del trato de las Indias apartadas:
que de oro, plata, perlas, y riqueza,
dos flotas en un año entran cargadas,
y salen otras dos de mercancía
con gente, municion, y artillería.

Mira á Cádiz, donde Hércules famoso
sobre sus hados prósperos corriendo,
fijó las dos colunas victorioso,
NON PLUS ULTRA en el mármol escribiendo:
mas Fernando católico glorioso,
los mojonados términos rompiendo,
del ancho y nuevo mundo abrió la via,
porque en un mundo solo no cabia.

Mira por el Océano bajando,
entre el húmido Noto y el Poniente,
las islas de Canaria, reparando
en aquella del hierro especialmente:
que falta de agua, la natura obrando
las aves, animales y la gente,
beben la que de un árbol se destila,
en una bien labrada y ancha pila.

Mira á la banda diestra las Terceras
que estan de Portugueses ocupadas,
y corriendo al sudueste las primeras
islas que descubrió Colon, pobladas
de gentes nunca vistas estrangeras,
en las cuales son las mas señaladas,
los Lucayos, san Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba y Jamaica.

Ves de Bahamá la canal angosta,
y siguiendo al poniente la Florida,
la tierra inútil y lucida costa
hasta la nueva España proseguida:
donde Cortes con no pequeña costa
y gran trabajo y riesgo de la vida,
sin término ensanchó por su persona,
los límites de España y su corona.

Mira à Jalisco, y Mechoacan famosa
por la raiz medicinal que tiene,
y á Méjico abundante y populosa,
que el Indio nombre antiguo aun hoy retiene:
ves al sur la poblada y montuosa
tierra, que en punta á prolongar se viene,
que los dos anchos mares por los lados
le van adelgazando los costados.

A Panamá, y al nombre de Dios mira,
que sus estrechos términos defienden
á dos contrarios mares, que con ira
romper la tierra y anegar pretenden:
ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se estienden,
de Santa Marta y cabo de la Vela
hasta el lago y ciudad de Venezuela.

A Bogotá y Cartama, que confina
con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayan, Pasto y Quito, que vecina
está á la Equinocial linea templada:
mira allá á Puerto viejo dó la mina
de ricas esmeraldas fué hallada,
y las tierras que corren por la via,
del Ebro, de Volturno y Mediodia.

Ves Guayaquil que abunda de madera
por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Payta y su puerto, que es primera
escala donde surgen los navios:
Piura, Loja, la Zarza y Cordillera,
de dó nacen y bajan tantos rios,
que riegan bien dos mil millas de suelo,
donde jamas cayó lluvia del cielo.

Mira los grandes montes y altas sierras
bajo la Zona Tórrida nevadas,
los Mojos, Bracamoros, y las tierras
de incultos Chachopoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
fueron famosas siempre y señaladas,
y la ciudad insigne de los Reyes,
silla de las Audiencias y Virreyes.

Y á Guanuco, Guamanga y el templiado
terreno de Arequipa, y los mojones
del Cuzco antiguo pueblo y señalado,
asiento de los Incas y Orejones:
mira el Solsticio y Tropico pasado,
del Austral Crapicornio las regiones,
de varias gentes bárbaras estrañas,
los rios, lagunas, valles y montañas.

Mira allá á Chuquilabo, que metido
está á un lado la tierra al Sur marcada,
y adelante el riquísimo y crecido
cerro de potosí, que de cendrada,
plata de ley y de valor subido
tiene la tierra envuelta y amasada,
pues un quintal de tierra de la mina
las dos arrobas son de plata fina.

Ves la villa de Plata la postrera,
por el Levante la siniestra mano,
y atravesando la alta Cordillera
Calchaqui, Pilcomayo y Tucomano:
los Iuries, los Dioguitas, y ribera
de los Comechingones, y el gran llano
y fructífero término remoto,
hasta la fortaleza de Gaboto.

Ves volviendo á la costa los collados
que corren por la banda de Atacama,
y á la diestra la costa y despoblados,
dó no hay ave, animal, yerba, ni rama:
ves los Copayapos Indios granados,
que de grandes flecheros tienen fama,
Coquimbo, Mapochó, Cauquen y el rio
de Maule, y el de Itata y Biobio.

Ves la ciudad de Penco, y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete la Imperial, y hacia el Levante
la Villa rica, y el volcan fogoso:
Valdivia, Osorno, el Lago, y adelante
las islas y Archipiélago famoso,
y siguiendo la costa el Sur derecho
Chiloé, Coronados y el estrecho.

Por donde Magallanes con su gente
al mar del Sur salió desembocando,
y tomando la vuelta del Poniente,
al Maluco guió noruesteando:
ves las islas de Acaca, y Zabú enfrente,
y á Matan, dó muró al fin peleando,
Bruney, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore y Mate.

Ves las manchas de tierras tan cubiertas,
que pueden ser apenas divisadas,
son las que nunca han sido descubiertas,
ni de estrangeros piés jamas pisadas:
las cuales estarán siempre encubiertas
y de aquellos celages ocupadas,
hasta que Dios permita que parezcan,
porque mas sus secretas se engrandezcan.

Y como ves en forma verdadera
de la tierra la gran circunferencia,
pudieras entender, si tiempo hubiera,
de los celestes cuerpos la escelencia:
la máquina y conciertos de la esfera,
la virtud de los astros é influencia,
varias revoluciones, movimientos
los cursos naturales y violentos.

Mas aunque quieta yo de parte mia
dejarte mas contento y satisfecho,
ha mucho rato que declina el dia,
y tienes hasta el sitio largo trecho:
asi haciéndome el Mago compañia
me trujo hasta ponerme en el derecho
camino, dó encontré luego mi gente,
que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto, cuando
entraban á la guardia los amigos,
donde gastamos tiempo, procurando
reducir á la paz los enemigos:
unas veces por bien acariciando,
otras por amenazas y castigos,
haciendo sin parar corredurias,
por los vecinos pueblos y alquerias.

Mas no bastando diligencia en esto,
ni las promesas, medios y partidos,
que en su protervo intento y presupuesto
estaban siempre mas endurecidos:
vista pues la importancia de aquel puesto,
por estar en la tierra mas metidos,
con maduro consejo fué acordado,
sustentar el lugar fortificado.

Y proveyendo al esperado daño
de algunos bastimentos que faltaban,
que aunque era fértil y abundante el año,
los campos en cogollo y berza estaban:
don Miquel de Velasco y Avendaño
con los que mas á punto se hallaban,
haciéndoles yo escolta y compañia,
tomamos de Cauten la recta via.

Aunque con riesgo, sin contraste alguno
los pelifagrosos términos pisamos,
y en tiempo aparejado y oportuno
á la imperial ciudad salvos llegamos,
donde á los moradores de uno á uno,
con palabras de amor les obligamos,
no solo á dar graciosa la comida,
pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Asi que alegres sin rumor de guerra
con pan, frutas, semillas y ganados,
dimos presto la vuelta por la tierra
de pacificos Indios, y alterados:
y al descubrir de la Purena sierra
hallamos una escolta de soldados,
digo de nuestra gente que venia,
á asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente,
habia en el mar los rayos zabullido;
dando la noche alivio á nuestra gente,
del cansancio y trabajo padecido:
pero al romper del alba alertamente,
se comenzó á marchar con gran ruido,
el cargado bagage y el ganado,
de todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo,
por medio de una espesa y gran quebrada,
cuando vi de traves salir corriendo
una muger al parecer turbada:
yo tras ella los prestos piés batiendo,
luego de mi caballo fué alcanzada,
el que saber el fin desto desea,
atentamente el otro canto lea.

CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida: asaltan los Araucanos á los Españoles en la quebrada de Puren, pasa entre ellos una recia batalla: saquean los enemigos el bagage: retiranse alegres, aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida,
le conviene vivir mas recatado,
que siempre es peligrosa la caida,
del que está del peligro descuidado:
y vemos muchas veces convertida
la alegre suerte en miserable estado,
en dura sujecion las libertades,
y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan vária, es tan incierta,
ya que se muestra alguna vez amiga,
que no ha llamado el bien á nuestra puerta,
cuando el mal dentro en casa nos fatiga:
y pues sabemos ya por cosa cierta,
que nunca hay bien á quien un mal no siga,
roguemos que no venga, y si viniere,
que sea pequeño el mal que le siguiere.

Que yo de acuchillado en esto siento,
que es de tener en parte la ventura;
el tiempo alegre pasa en un momento,
y el triste hasta la muerte siempre dura:
y porque viene bien à nuestro cuento,
á la bárbara oid, que en la espesura
alcancé como dije, que en su trage
mostraba ser persona de linage.

Era muchacha grande, bien formada,
de frente alegre y ojos estremados,
nariz perfecta, boca colorada,
los dientes en coral fino engastados,
espaciosa de pecho y relevada,
hermosas manos, brazos bien sacados,
acrecentando mas su hermosura,
un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á que venia
sola por aquel bosque y aspereza,
con mas seguridad que prometia,
su bello rostro y rara gentileza:
la aseguré del miedo que traia,
la cual dando un suspiro, que terneza
al mas rebelde corazon moviera,
comenzó su razon de tal manera:

No sé si ya me queje, desdichada,
ó agradezca á los hados ya mi suerte,
que me abren puerta, y que me dan entrada,
para que pueda recibir la muerte:
pero si ya la historia desastrada
quieres saber y mi dolor tan fuerte,
que aun le agravia mi poco sentimiento,
te ruego que al proceso estés atento.

Mi nombre es Glaura , en fuerte hora na-
hija del buen Cacique Quilacura ,   (cida ,
de la sangre de Friso esclarecida ,
rica de hacienda, pobre de ventura :
respetada de muchos y servida
por mi linage y vana hermosura ;
mas !ay de mí ¡ ¡cuanto mejor me fuera
ser una simple y pobre ganadera.

En casa de mi padre á mi contento,
como única heredera yo vivia ,
que su felicidad y pensamiento
en solo darme gusto lo ponia :
mi voluntad en todo y mandamiento
como inviolable ley se obedecia ,
no habiendo de contento y gusto cosa
que fuese para mi dificultosa.

Mas presto el envidioso amor tirano,
turbador del sosiego, adredemente
trujo á mi tierra y casa á Fresolano,
mozo de fuerzas y animo valiente :
de mi infelice padre primo hermano,
y mucho mas amigo que pariente ,
á quien la voluntad tenia rendida,
no habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre , como amigo, aficionado,
que yo le regalase me mandaba ,
y así yo con llaneza y gran cuidado,
por hacerle placer, lo procuraba :
mas él luego , el propósito estragado,
cuya fidelidad ya vacilaba ,
corrompió la amistad, salió de tino,
echando por ilicito camino.

O fué el trato que tuvo allí conmigo,
ó por mejor decir mi desventura,
que esta seria mas cierto, como digo,
que no la mal juzgada hermosura:
que ingrato al hospedaje del amigo,
del deudo y, deuda haciendo poca cura,
me comenzó de amar, y buscar medio
de dar á su cuidado algun remedio.

Visto yo que por muestras y rodeo
muchas veces su pena descubria,
conocí que su intento y mal deseo
de los honestos límites salia:
mas ¡ay¡ que en lo que yo padezco veo
lo que el misero entonces padecia,
que á término he llegado al pié del palo,
que aun no puedo decir mal de lo malo.

Hallábale mil veces suspirando
en mi los engañados ojos puestos,
otras andaba tímido tentando
entrada á sus osados presupuestos:
yo la ocasion dañosa desviando
con gravedad y términos honestos,
(que es lo que mas refrena la osadia)
sus erradas quimeras deshacia.

Estando sola en mi aposento un dia,
temerosa de algun atrevimiento,
ante mi de rodillas se ponia,
con grande turbacion y desatiento;
diciéndome temblando: ó Glaura mia,
ya no basta razon, ni sufrimiento,
ni de fuerza una mínima me queda,
que á la del fuerte amor resistir pueda.

Tú, señora, sabràs que el dia primero
de mi felice y próspera venida,
me trujo amor al término postrero
desta penosa y desdichada vida:
mas ya que por tu amor y causa muero,
quiero saber si dello eres servida;
porque siéndolo tú no siento cosa
que pueda para mi ser tan dichosa.

Viéndole al parecer determinado,
á cualquiera violencia y desacato,
disimuladamente por un lado
salí dél. sin mostrar algun recato,
diciéndole de léjos: ò malvado,
incestuoso. desleal, ingrato,
corrompedor de la amistad jurada,
y ley de parentesco conservada!

Iba estas y otras cosas yo diciendo,
que el repentino enojo me mostraba,
cuando con priesa súbita y estruendo
un cristiano escuadron nos salteaba:
que en cerrado tropel arremetiendo,
nuestra alta casa entorno rodeaba,
saltando Fresolano en mi presencia,
á la debida y justa resistencia.

Diciendo: ¡ o fiera tigre endurecida,
inhumana y cruel con los humanos!
vuelve. acaba de ser tú la homicida,
no dejes que hacer á los cristianos,
vuelve, verás que acabo aqui la vida,
(pues no puede á las tuyas) á sus manos,
que aunque no sea la muerte tan honrosa,
á lo menos será la mas piadosa.

Así furioso, sin mirar en nada,
se arroja en medio de la armada gente,
donde luego una bala arrebatada,
le atravesó el desnudo pecho ardiente:
cayó yà la calor y voz turbada,
diciendo: Glàura, Glaura, ultimamente
recibe allá á mi espiritu cansado,
de dar vida á este cuerpo desdichado.

Llegó mi padre en esto al gran ruido,
solo armado de esfuerzo y confianza,
mas luego en el costado fué herido
de una furiosa y atrevida lanza:
cayó el cuerpo mortal descolorido,
y vista mi fortuna y mal andanza,
por el postigo de una falsa puerta,
sali á mi parecer mas que ellos muerta.

Acá y allà turbada al fin por una
montaña comencé luego á emboscarme,
dejándome llevar de mi fortuna,
que siempre me ha guiado á despeñarme:
asi que ya sin tino y senda alguna,
procuraba cuitada de alejarme,
que con el gran temor me parecia
que yendo á mas correr, no me movia.

Mas como suele acontecer contino,
que huyendo el peligro y mal presente,
se suele ir á parar en un camino
que nos coge y anega la creciente:
asi á mi desdichada pues me avino:
que por salvar la vida impertinente,
de un mal en otro mal, de lance en lance,
vine á mayor peligro y mayor trance.

Iba pues siempre misera corriendo,
por espinas, por zarzas, por abrojos,
aqui y alli, acá y allá volviendo
á cada paso los atentos ojos:
cuando por unos árboles saliendo,
vi dos negros cargados de despojos,
que luego en el instante que me vieron
á la misera presa arremetieron.

Fui dellos prestamente despojada
de todo cuanto alli venia vestida,
aunque yo triste no estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida:
pero el honor y castidad preciada,
estuvo á punto ya de ser perdida,
mas mis voces y quejas fueron tantas,
que á lástima y piedad movia las plantas.

Usó el cielo conmigo de clemencia,
guiando á Cariolan á mis clamores,
que visto el acto enorme y la insolencia
de aquellos enemigos violadores,
corrió con provechosa diligencia,
diciendo: perros, bárbaros, traidores,
dejad, dejad al punto la doncella,
sino la vida dejareis con ella.

Fueron sobre él los dos en continente,
mas él flechando el arco que traia,
al mas adelantado y diligente,
la flecha hasta las plumas le escondia
hizose atras dos pasos diestramente
y al otro la segunda flecha envia,
con brújula tan cierta y diestro tino,
que al bruto corazon halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido,
cerró con él furioso y emperrado;
mas Cariolan valiente y prevenido
en la arte de la lucha ejercitado,
aunque el negro era grande y muy fornido:
de su destreza y fuerzas ayudado,
alzándole de brazos hácia el cielo,
le trabucó de espadas en el suelo.

Y sacando una daga acicalada,
queriendo á hierro rematar la cuenta,
por el desnudo vientre y por la hijada,
tres veces la metió y sacó sangrienta:
huyó por allí la alma acelerada,
y libre Cariolan de aquella afrenta,
se vino para mi con gran crianza,
pidiéndome perdon de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones,
haciendo amor conmigo asi el oficio,
que medrosa de andar en opiniones,
que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
por evitar al fin murmuraciones
y no mostrarme ingrata al beneficio,
en tal sazon y tiempo recibido,
le tomé por mi guarda y mi marido.

Y temiendo que gente acudiria,
por el espeso monte nos metimos,
donde sin rastro ni señal de via,
un gran rato perdidos anduvimos:
pero, señor, al declinar del dia
á la ribera de Lauquen salimos,
por dó venia una escuadra de Cristianos,
con diez Indios atras, presas las manos.

Descubriéronnos súbito en saliendo,
que en todo al fin nos perseguia la suerte,
sobre nosotros de tropel corriendo,
aguarda, aguarda, ten, gritando fuerte:
pero mi nuevo esposo allí temiendo
mucho mas mi deshonra, que su muerte,
me rogó que en el bosque me escondiese,
mientras que él con morir los detuviese.

Luego el temor á trastornar bastante
una flaca muger inadvertida,
me persuadió poniéndome delante
la honrada muerte y la estimada vida:
asi cobarde, tímida, inconstante
á los primeros ímpetus rendida,
me entré, viéndolos cerca, á toda priesa,
por lo mas agrio de la senda espesa.

Y en lo hueco de un tronco, que tejido
de zarzas, y maleza en torno estaba,
me escondí sin aliento ni sentido,
que aun apénas de miedo resollaba:
de donde escuché luego un gran ruido
que el bosque cerca y léjos atronaba,
de espadas, lanzas, y tropel de gente
como que combatian fuertemente.

Fué poco á poco al parecer cesando
aquel rumor y grita que se oia,
cuando la obligacion ya calentando
la sangre que temor helado habia,
revolví sobre mí, considerando
la maldad y traicion que cometia
en no correr con mi marido á una
un peligro, una muerte, una fortuna,

Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera,
que en él quedara viva sepultada,
corriendo con presteza á la ribera
á donde le dejé desatinada:
mas cuando no vi rastro, ni manera
de le poder hallar sola y cuitada,
podras ver que sentí, pues era cierto,
que no pudo escapar de preso ó muerto.

Solté ya sin temor la voz envano,
llamando al sordo cielo, injusto y crudo,
preguntaba: ¿dó está mi Cariolano?
y todo al responder lo hallaba mudo:
ya entraba en la espesura, ya á lo llano
salia corriendo, que el dolor agudo
en mis entrañas siempre mas furioso,
no me daba momento de reposo.

No te quiero cansar, ni lastimarme
en decirte las bascas que sentia,
no sabiendo que hacer ni aconsejarme,
frenética y furiosa discurria:
muchas veces propuse de matarme,
mas por torpeza y gran maldad tenia,
que aquel dolor en mi tampoco obrase,
que á quitarme la vida no bastase.

En tanta pena y confusion envuelta,
de contrarios y dudas combatido,
al cabo ya de le buscar resuelta,
pues no daba el dolor fin á mi vida,
hácia el campo Español he dado vuelta
de noche, y desde léjos escondida
por el honor, que mal me le asegura
mi poca edad y mucha desventura.

Y teniendo noticia que esa gente
era la vuelta de Cauten pasada,
tambien que habia de ser forzosamente
por este paso estrecho la tornada:
quise venir en trage diferente,
pensando que entre tantos disfrazada
alguna nueva ó rastro hallaria,
deste que la fortuna me desvia.

¿Qué remedio me queda ya cautiva,
sujeta al mando y voluntad agena?
que pará que mayor pena reciba,
aun la muerte no viene, porque es buena;
pero aunque el cielo cruel quiera que viva,
al fin me ha de acabar ya tanta pena,
bien que el estado en que me toma es fuerte;
mas nadie escoge el tiempo de su muerte.

Así la bella jóven lastimada,
iba sus desventuras recontando,
cuando una gruesa bárbara emboscada,
que estaba á los dos lados aguardando,
alzó al cielo una súbita algarada
las salidas y pasos ocupando,
creciendo Indios asi, que parecian
que de las yerbas bárbaras nacian.

Llegó al instante un Yanacona mio,
ganado no habia un mes en buena guerra,
diciéndome: señor, echate al rio,
que yo te salvaré que sé la tierra:
que pensar resistir es desvario,
á la gente que cala de la sierra,
bien puedes, ó señor, de mi fiarte
que me verás morir por escaparte.

Yo que al mancebo el rostro revolvia,
á agradecer la oferta y buen deseo,
vi á Glaura que sin tiento arremetia,
diciendo; ó justo Dios, qué es lo que veo?
¿eres mi dulce esposo? ay vida mia,
en mis brazos te tengo y no lo creo:
¿qué es esto? ¿estoy soñando, ó estoy despierta,
¡ay que tan grande bien no es cosa cierta!

Yo atónito de tal acaecimiento,
alegre tanto dél como admirado,
visto de Glaura el misero lamento,
en felice suceso rematado,
no habiendo allí lugar de cumplimiento,
por ser revuelto el tiempo y limitado,
dije: amigos, á Dios y lo que puedo
que es daros libertad, yo os la concedo.

Sin otro ofrecimiento ni promesa,
piqué al caballo que salió ligero;
pero aunque mas los Indios me den priesa,
quiero, Señor, que aqui sepais primero,
como á la entrada de la selva espesa,
Cariolan vino á ser mi prisionero,
cuando medrosa de perder la vida
en el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro Señor, que yo venia
con algunos amigos y soldados,
despues de haber andado todo el dia,
en busca de enemigos desmandados:
mas ya que á nuestro asiento me volvia,
con prisioneros bárbaros atados,
á la entrada de un monte y fin de un llano,
descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente,
pensando que alas le prestase el miedo;
pero con gran desprecio y alta frente,
apercibido el arco, estuvo quedo:
llegando pues á tiro, diestramente
hirió á Francisco Osorio y Acevedo,
arrancando una daga desenvuelta,
el largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fué la destreza, tanto el arte
del temerario bárbaro Araucano,
que no fué el gran tropel de gente parte,
à que dejase un solo paso el llano:
fué saltando de aquella y desta parte,
todos los golpes hizo dar envano,
unos hurtando el cuerpo desmentidos,
otros del manto y daga rebatidos.

Yo que ver tal batalla no quisiera,
al animoso moze aficionado,
enmedio me lancé diciendo: afuera,
caballeros, afuera, haceos á un lado,
que no es bien qué el valiente mozo muera:
ántes merece ser remunerado,
y darle así la muerte ya seria
no esfuerzo ni valor, mas villanía.

Todos se detuvieron, conociendo
cuan mal el acto infame les estaba,
solo el Indio no cesa, pareciendo
que de alargar la vida le pesaba:
al fin la daga y paso recogiendo,
pues ya la cortesía le obligaba,
revuelto á mi me dijo: ¿qué te importa
que séa mi vida larga, ó que sea corta?

Pero de mi será reconocida
la obra pia y voluntad humana,
pia por la intencion pero entendida
se puede decir impia é inhumana:
que á quien ha de vivir misera vida,
no le puede estar mal muerte temprana:
asi que en no matarme, como digo,
cruel misericordia usas conmigo.

Mas porque no me digan que ya niego
haber de ti la vida recibido,
me pongo en tu poder y asi me entrego
á mi fortuna misera rendido:
esto dicho, la daga arrojó luego,
doméstico el que indómito habia sido,
quedando desde alli siempre conmigo,
no en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
de las armas y voces resonaban:
unos van en monton allá corriendo,
otros acá socorro demandaban:
era la senda estrecha, y no pudiendo
ir atras ni adelante, reparaban
que el bagage, la chusma y el ganado
tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Puren derecho
hácia la entrada y paso del Estado:
despues ya en forma oblica largo trecho,
de dos ásperos cerros apretado;
y vienen á ceñirle en tanto estrecho,
que apénas pueden ir dos lado á lado,
haciendo aun mas angosta aquella via,
un arroyo que lleva en compañia.

Asi á trechos en partes del camino
revueltos unos y otros voceando,
andaban en confuso remolino,
la tempestad de tiros reparando:
no basta de la pasta el temple fino,
grevas, petos, celadas abollando,
la furia que zumbaba á la redonda
de galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados,
sin poder en las sillas sostenerse;
otros cual rana ó sapo aporreados,
no pueden aunque quieren, removerse:
otros á gatas, otros derrengados,
arrastrando procuran acogerse,
á algun reparo ó hueco de la senda
que de aquel torbellino los defienda.

Que en este paso estrecho el enemigo
la gente y municion en órden puesta,
tenia á nuestros soldados, como digo,
de ventaja las piedras y la cuenta:
donde puedo afirmar como testigo,
que era la lluvia tan espesa y presta,
de las piedras, que cierto parecia,
que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo,
de espesas nubes lóbregas cerrado,
querer hundir y arruinar el suelo,
de rayos, piedra y tempestad cargado:
las aves mata enmedio de su vuelo,
la gente, bestias, fieras y ganado
buscan corriendo acá y allá perdidas
los reparos, defensas y guaridas.

Así los Españoles constreñidos
de aquel granizo y tempestad furiosa,
buscan por todas partes mal heridos,
algun árbol ó peña cavernosa,
dó reparados algo y defendidos
con la virtud antigua y generosa,
cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,
á la victoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada,
las apuntadas miras asestando,
les comienzan á dar una rociada,
muchos en poco tiempo derribando:
ya por la áspera cuesta derrumbada
venian cuerpos y peñas volteando,
con un furor terrible y tan estraño,
que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entre tanto
que en esta estrecha plaza peleaban,
con no menor revuelta al otro canto,
donde mayores voces resonaban,
se habian los Indios desmandado tanto,
que ya el bagage y cargas saqueaban,
haciendo grande riza y sacrificio,
en la gente de guarda y de servicio.

Quien con carne, con pan, fruta, ó pescado
sube ligeramente á la alta cumbre,
quien de pataca ó de fardel cargado,
corre sin embarazo y pesadumbre:
del alto y bajo, de uno y otro lado
al saco acude allí la muchedumbre,
cual banda de palomas en verano,
suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
por la gran multitud que concurria,
procuré de tentar el postrer medio,
que en nuestra vida y salvacion habia:
y así rompiendo súbito por medio
de la revuelta y empachada via,
llegué dó estaban hasta diez soldados,
en un hueco del monte arrinconados:

Diciéndoles el punto en que la guerra
andaba de ambas partes tan reñida,
que ganada la cumbre de la sierra,
la victoria era nuestra conocida:
porque toda la gente de la tierra,
andaba ya en el saco embebecida,
y solo en ver así ganado el alto,
los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego resueltos á morir de hecho
todos los once juntos de cuadrilla,
los caballos lanzamos al repecho,
cada cual solevado alto en la silla:
y aunque el fragoso cerro era derecho,
por la tendida y áspera cuchilla
llegamos á la cumbre deseada,
de breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento,
que ya allí los caballos no prestaban
que llenos de sudor, faltos de aliento,
no pudiendo moverse, hijadeaban,
donde sin dilacion ni impedimento
al lado que los Indios mas cargaban,
en un derecho y gran derrumbadero,
nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
de arcabuces y piedras que os prometo,
que aunque llevó de golpe mucha gente,
hizo el súbito miedo mas efecto:
y asi remolinando torpemente,
les pareció segun el grande aprieto,
moverse encontra dellos cielo y tierra,
viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
en nuestra ayuda algunos arribaron,
que deseosos de áspera venganza,
el daño y miedo en ellos aumentaron:
tanto que ya perdida la esperanza
á retirarse algunos comenzaron,
poniendo prestos piés en la huida,
remedio de escapar la ropa y vida.

Cual por aquella parte, cuál por esta
cargado de fardel ó saco guia,
cual por lo mas espeso de la cuesta,
arrastrando el ganado se metia:
cual con hambre y codicia deshonesta
por solo llevar mas se detenia,
costando á mas de diez allí la vida,
la carga y la codicia desmedida.

Asi la fiesta se acabó quedando
saqueados en parte y vencedores,
la victoria y honor solemnizando,
con trompetas, clarines y atambores:
al rumor de las cuales caminando,
con buena guardia y diestros corredores,
llegamos al real todos heridos,
donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
por un áspero risco y monte espeso,
se fueron á gran paso consolados,
con el sabroso robo del suceso:
y á donde estaba el general llegados,
que sabido el desorden y el esceso
que rindió la victoria al enemigo,
hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
del destrozado campo el remanente,
á consultar las cosas del estado,
llamó á là principal y digna gente;
donde despues de haber allí tratado
de lo mas importante y conveniente,
les dijo libremente todo cuanto
podrá ver quien leyere el otro canto.

CANPO XXIX.

Entran los Arancanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas: pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacada brava y animosamente.

O cuánta fuerza tiene; ó cuánto incita
el amor de la patria! pues hallamos
que en razon nos obliga y necesita,
á que todo por él lo pospongamos:
cualquier peligro y muerte facilita,
al padre, al hijo, á la muger dejamos,
cuando en trabajo á nuestra patria vemos,
y como á mas parienta la corremos!

Buen testimonio desto nos han sido
las hazañas de antiguos señaladas,
que por lo cara patria han convertido,
en sus mismas entrañas las espadas:
y su gloriosa fama han estendido
las plumas de escritores celebradas,
Mario, Casio, Filon, Cosdro Ateniense,
Régulo, Agesilao, y el Uticense.

Entrar pues en el número merece
esta Araucana gente, que con tanta
muestra de su valor y ánimo ofrece,
por la patria al cuchillo la garganta:
y en el firme propósito parece:
que ni rigor del hado y toda cuanta
fuerza pone en sus golpes de fortuna,
en los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en solos tres meses perdido
cuatro grandes batallas de importancia,
no con ánimo triste ni abatido,
mas con valor grandísimo y constancia:
estaban, como atras habeis oido,
en consejo de guerra, haciendo instancia
en darnos otro asalto, mas la mano
tomó diciendo así Caupolicano.

Conviene ¡ó gran Senado religioso!
que vencer ó morir determinemos,
y en solo nuestro brazo valeroso,
como último remedio confiemos:
las casas, ropa y mueble infructuoso,
que al descanso nos llaman abrasemos,
que habiendo de morir todo nos sobra,
y todo con vencer despues se cobra.

Es necesario y justo que se entienda
la grande utilidad que desto viene,
que no es bien que haya asiento en la hacienda
cuando el honor aun su lugar no tiene:
ni es razon que soldado alguno atienda
á mas de aquello que á vencer conviene,
ni entibie las ardientes voluntades,
el amor de las casas y heredades.

Así que en esta guerra tan reñida
quien pretende descanso como digo,
piense que no hay mas honra, hacienda y vida
de aquella que quitare al enemigo:
que la virtud del brazo conocida,
será el rescate y verdadero amigo,
pues no ha de haber partido ni concierto,
sino solo matar, ó quedar muerto.

Oido allí por los Caciques esto,
muchos suspensos sin hablar quedaron,
y algunos dellos con turbado gesto,
enarcando las cejas se miraron:
pero rompiendo aquel silencio presto,
sobre ello un rato dieron y tomaron,
hallando en su favor tantas razones,
que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo no esperando,
que otro en tal ocasion le precediese,
aprueba á voces la demanda, instando
en que por obra luego se pusiese;
siguió este parecer Puren jurando
de no entrar en poblado hasta que viese
sin medio, ni concierto, á fuerza pura
su patria en libertad y paz segura.

Lincoya y Caniomangue pues no fueron
en jurar el decreto perezosos,
que aun mas de lo posible prometieron,
segun eran gallardos y animosos:
tambien Rengo y Cualemo se ofrecieron,
y los demas Caciques orgullosos,
Talcaguan, Lemolemo y Orompello,
hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos pues en esto y decretado
segun que aquí lo habemos referido,
Tucapelo que á todo habia callado,
con gran sosiego y con atento oido,
despues del alboroto sosegado,
y aquel arduo negocio difinido,
puesto en pié levantó la voz ardiente;
que jamas hablar pudo blandamente.

Diciendo: Capitanes, yo el primero
en lo que el general propone vengo,
por pareserme justo, y así quiero,
que se abrase y asuele cuanto tengo:
en lo demas al brazo me refiero,
que si un mes en su fuerza le sostengo,
pienso escoger despues á mi contento,
el mayor y mejor repartimtento.

Y si algun miserable no concede
lo que tan justamente le es pedido,
por enemigo de la patria quede,
y del militar órden escluido:
que ya por nuestra parte no se puede,
venir á ningun medio ni partido,
sin dejar de perder, pues la contienda
es sobre nuestra libertad y hacienda.

Asi que yo tambien determinando
de seguir vuestros votos y opiniones:
aunque parece en tiempo tan turbado,
que muevo nuevas causas y cuestiones,
del natural honor estimulado,
y por otras legitimas razones,
no puedo ya dejar por ningun arte,
de echar del todo un gran negocio á parte.

Ya tendreis en memoria el desafio
que Rengo y yo tenemos aplazado,
asimismo el que tube con su tio,
que quiso mas morir desesperado:
viendo el gran deshonor y agravio mio,
y cuanto á mi pesar se ha dilatado,
quiero sin esperar á mas rodeo,
cumplir la obligacion y mi deseo.

Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
entre todas las gentes, pues se trata
que conmigo ha de entrar en estacado,
y asi vanaglorioso lo dilata:
mas yo de tanta dilacion cansado,
pues que cada ocasion lo desbarata,
pido que nuestro campo se fenezca,
que no es bien que mi crédito padezca.

Pues ya Peteguelen viejo imprudente
con apariencia de ánimo engañosa,
á morir se arrojó entre tanta gente,
por parecerle muerte mas piadosa:
y asi se me escapó mañosamente,
que fué puro temor y no otra cosa,
pues si ambicion de gloria le moviera,
de mi brazo la muerte pretendiera.

Tambien Rengo de industria cauteloso
anda en los enemigos muy metido,
buscando algun estorbo ó modo honroso,
que le escuse cumplir lo prometido:
y debajo de muestra de animoso,
procura de quedar manco ó tullido,
y para combatir no habilitado,
glorioso con me haber desafiado.

Asi hablaba el bárbaro arrogante,
cuando el airado Rengo, echando fuego,
sin guardar atencion, se hizo adelante
diciendo: la batalla quiero luego,
que ni tu muestra y fanfarron semblante
me puede á mi causar desasosiego,
las armas lo dirán y no razones,
que son de jactanciosos baladrones.

Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolican, que á tiempo se previno,
con presta diligencia enmedio puesto,
la voz no le atajára y el camino:
y con severa muestra y grave gesto
reprehendiendo el loco desatino,
por rematar entre ellos la porfia,
concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
que fué para de aquel en cuatro dias,
nacieron en el pueblo alborozado,
sobre el dudoso fin muchas porfias:
quien apostaba ropa, quien ganado:
quien tierras de labor, quien grangerias,
algunos que ganar no deseaban,
las usadas mugeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
en un esente y descubierto llano,
donde los dos indómitos varones
armados combatiesen mano á mano:
publicando en pregon las condiciones,
por el estilo y término Araucano,
para que á todos manifiesto fuese,
y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo al despuntar del dia
con gran gozo de mucho esperado,
luego la bulliciosa compañia,
comenzó á rodear el estacado:
era tal el aprieto que no habia
arbol, pared, ventana, ni tejado
de donde descubrirse algo pudiese,
que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso
apenas del oriente habia salido,
cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruido:
por otra pues no ménos orgulloso,
al mismo tiempo aparecer se vido,
al fantástico Rengo muy gallardo,
ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
de fuertes petos dobles relevados,
escarcelas brazales y celadas,
hasta el empeine de los pies armados:
mazas cortas de acero barreadas,
gruesos escudos de metal herrados,
y al lado izquierdo cada cual ceñido,
un corvo y ancho alfange guarnecido.

Tenia, Señor, la plaza á cada parte
puertas, como palenque de torneo,
por las cuales el uno y otro Marte
entran en ancho circulo y rodeo,
despues que con vistoso y gentil arte
su término acabaron y paseo,
airoso cada cual quedó á su lado,
dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio,
cual se requieren en actos semejantes,
quitando todo escrúpulo é indicio,
de ventajas y cautelas importantes:
cesó luego el estrépito y bullicio
en todos los atentos circunstantes,
oyendo el son de la trompeta en esto,
que robó el color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes
que la tarda señal solo atendian,
con bizarros y airosos continentes,
en paso igual á combatir movian:
y descargando á un tiempo los valientes
brazos de tales golpes se herian,
que estuvo cada cual por una pieza,
sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos de manera;
que aunque fueron pasados los primeros,
si tal reparo y prevencion no hubiera,
no llegára el combate à los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
el furor destos bárbaros guerreros,
viendo el valor del mundo en ellos junto,
y la encendida cólera en su punto?

Fué de tal golpe Tucapel cargado,
sobre el escudo, enmedio de la frente,
que quedó por un rato embelesado,
suspensos los sentidos y la mente;
llegó Rengo con otro apresurado,
pero salió el efecto diferente,
que el estruendo del golpe y dolor fiero,
le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenosa,
defendiendo los hijos en su nido,
como el airado bárbaro furioso,
mas del honor, que del dolor sentido:
así fuera de término rabioso
de soberbia diabólica movido,
sobre el gallardo Rengo fué en un punto,
descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
aquel furor y acelerado brio;
que la ferrada maza irreparable,
el grueso estremo descargó en vacio:
fué el golpe aunque furioso, tolerable
quitándole la fuerza el desvario,
que á cogerle de lleno yo creyera,
que con él el combate fenecciera.

Mas aunque fué al soslayo el Araucano
se fue un poco al traves desvaneciendo,
al fin puso en el suelo la una mano,
sostener la gran carga no pudiendo:
pero viendo el peligro no liviano
sobre el fuerte contrario revolviendo,
con su desenvoltura y maza presta,
le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
de los dos en valor al mundo raros,
la providencia, el arte, la destreza,
las entradas, heridas y reparos:
tanto que temo ya de mi torpeza
no poder por sus términos contaros,
la mas reñida y singular batalla,
que en relacion de bárbaros se halla.

Asi el fiero combate igual andaba
y el golpear de un lado y de otro espeso,
que el mas templado golpe no dejaba,
de magullar la carne ó romper hueso:
el aire cerca y léjos retumbaba,
lleno de estruendo y de un aliento grueso,
que era tanto el rumor y bateria,
que un ejército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo,
datiéndole de suerte la celada,
que vió lleno de estrellas todo el suelo,
y la cabeza le quedó atronada:
pero en si vuelto blasfemando al cielo,
con aquella pujanza aventajada
hirió tan presto á Rengo al desviarse,
que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto,
cargando á Rengo tanto la cabeza,
que todos le tuvieron ya por muerto,
y estuvo adormecido una gran pieza:
mas del peligro y del dolor despierto
la abellada celada se endereza,
y sobre Tucapel furioso aguija,
que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole sin maza en esta guerra,
que en dos trozos saltó léjos quebrada.
la suya con desprecio arroja en tierra,
poniendo mano á la fornida espada:
en esto Tucapel otra vez cierra,
la suya fuera en alto levantada,
mas Rengo hurtando el cuerpo á la una mano
hizo que descargarse el golpe envano.

Llegó el cuchillo al suelo y gran pedazo
aunque era duro, en él quedo enterrado,
y en este impedimento y embarazo,
fué Tucapel herido por un lado:
de suerte que el siniestro guardabrazo
con la carne al traves cayó cortado,
y procurando segundar no pudo,
que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
el cual fué en dos pedazos dividido,
con la cresta de acero y la mollera:
el bárbaro quedó desvanecido,
y por poco en el suelo se tendiera;
mas el esfuerzo raro y ardimiento,
venció el grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira,
ántes hacer cruda venganza piensa,
y asi lleno de rabia, ardiendo en ira
acrecentada por la nueva ofensa,
furioso de reves un golpe tira,
con la estrema pujanza y fuerza inmensa,
que á no topar tan fuerte la armadura,
le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro que no pudo
salir del enemigo ya vecino;
por lo cual arrojando el roto escudo,
valerse de los brazos le convino:
Tucapel que robusto era y membrudo,
al mismo tiempo le salió al camino,
echándole los suyos de manera
que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
le llevaba ventaja en la braveza,
de diez, de seis, de dos él era el uno,
de mas agilidad y fortaleza:
llegados á las presas cada uno,
con viva fuerza y con igual destreza
tientan y buscan de una y de otra parte
el modo de vencer la industria y arte.

Así que pecho á pecho forcejando
andaban con furioso movimiento,
tanto los duros brazos añudando,
que apenas recibir pueden aliento:
y el arte nuevas fuerzas ayuntando,
aspira cada cual al vencimiento,
procurando por fuerza, como digo,
de poner en el suelo al enemigo.

Era cierto espectáculo espantoso
verlos tan recia y duramente asidos,
llenos de sangre y de un sudor copioso
los rostros y los ojos encendidos:
el aliento ya grueso y presuroso,
el forcejar, gemir y los ronquidos
sin descansar un punto en todo el dia,
ni haber ventaja alguna ó mejoria.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
teniéndose por flujo y afrentado,
ara y revuelve toda la campaña,
cargando recio desto y de aquel lado:
Rengo con gran destreza y cauta maña,
recogido en su fuerza y reportado
su opinion y propósito sostiene,
y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido,
le quiso rebatir el pié derecho;
mas Tucapel á tiempo recogido,
le suspende la tierra sobre el pecho,
y entre los duros músculos ceñido,
le estromece, sacude y tiene estrecho,
tanto que con el recio apretamiento,
no le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo facilmente
dar fin al hecho, y rematar la guerra.
Rengo que era diestrísimo y valiente,
hizo con fuerza pié, cobrando tierra:
y de rabiosa cólera impaciente,
de un fuerte rodeon se desafierra,
llevàndose en las manos apretado,
cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto,
dando al un lado y otro zancadillas,
y Rengo de la fuerza que habia puesto,
hincó en el suelo entrambas las rodillas,
ambos corrieron á las armas presto,
rajando los escudos en hastillas,
con tempestad de golpes presurosos,
mas fuertes que el principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
de aquel duro teson y valentía,
viéndolos en mil partes ya llagados,
y la sangre que el suelo humedecia;
los arneses y escudos destrozados,
y que ningun partido y medio habia,
sino solo quedar el uno muerto,
aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida,
cogiéndole al soslayo la rodela,
que aunque de gruesos cercos guarnecida
entró como si fuera blanda suela:
no quedó allí la espada detenida,
que gran parte cortó de la escarcela,
y un doble zaraguel de ñudo grueso,
penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado,
que no diese en el pecho algun latido,
viendo la horrenda muestra y rostro airado,
del impaciente bárbaro ofendido,
que el roto escudo léjos arrojado,
de un furor infernal ya poseido,
de suerte alzó la espada, que yo os juro,
que nadie allí pensó quedar seguro.

Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda
con gran rigor y furia acelerada,
el golpe de la mano mas gallarda,
que jamás gobernó bárbara espada:
mas quien el fin deste combate aguarda,
me perdone si dejo destroncada
la historia en este punto, porque creo
que así me esperará con mas deseo.

LA ARAUCANA.

POEMA DE

D. ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA,
Caballero del Orden de Santiago, Gentil-hombre de la Cámara de la Magestad del Emperador.

ADORNADA CON CUATRO LAMINAS FINAS.

III.



BARCELONA,
IMPRENTA DE D. MANUEL SAURI CALLE ANCHA,
esquina á la del Regomí.

1845

Se ha impreso con las licencias necesarias; y quedan entregados los ejemplares prevenidos por la ley.

LA ARAUCANA.

CANTO XXX.

—

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo: asimismo lo que Pran Araucano pasó con el Indio Andresillo, Yanacona de los Españoles.

Cualquiera desafío es reprobado
por ley divina, y natural derecho,
cuando no va el designio enderezado,
al bien comun y universal provecho:
y no por causa propia y fin privado,
mas por autoridad pública hecho,
que es la que en los combates y estacadas,
justifica las armas condenadas.

Muchos querran decir que el desafío
es de derecho y de costumbre usada,
pues con el ser del hombre y alvedrío,
juntamente la ira fué criada:
pero sujeta al freno y señorío
de la razon, á quien encomendada,
quedó, para que así la corrigiese,
que los términos justos no escediese.

Y el Profeta nos da por documento,
que en ocasion y á tiempo nos airemos,
pero con tal templanza y regimiento,
que de la raya y punto no pasemos:
pues dejados llevar del movimiento,
el ser y la razon de hombres perdemos,
y es visto que difieren en muy poco
el hombre airado, y el furioso loco.

Y aunque se diga y es verdad que sea,
ímpetu natural el que nos lleva,
y por la alteracion de ira se vea,
que á combatir la voluntad se mueva:
la ejcucion, el acto, la pelea
es lo qne se condena y se reprueba,
cuando aquella pasion que nos induce,
al yugo de razon no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,
parece como parte conveniente,
ser en el hombre natural la ira,
en cuanto á la razon fuere obediente:
y en la causa comun puesta la mira,
puede contar Campeon, el combatiente
usar de ella en el tiempo necesario,
como contra legítimo adversario.

Mas si el combatir por gallardía,
ó por jactancia vana, ó alabanza,
ó por mostrar la fuerza y valentía,
ó por rencor, por odio, ó por venganza:
si es por declaracion de la porfía,
remitiendo á las armas la probanza,
es el combate injusto, es prohibido,
aunque esté en la costumbre recibido:

Tenemos hoy la prueba aqui en la mano
de Rengo y Tucapel, que peleando
por solo presuncion y orgullo vano,
como fieras se estan despedazando,
y con protervia y ánimo inhumano,
de llegarse á la muerte trabajando,
estaban ya los dos tan cerca de ella,
cuan léjos de ser justa su querella.

Digo: que los combates aunque usados,
por corrupcion del tiempo introducidos
son de todas las leyes condenados,
y en razon militar no permitidos:
salvo en algunos casos reservados,
que serán á su tiempo referidos,
materia á los soldados importante,
segun que lo veremos adelante.

Déjolo aqui indeciso, porque viendo
el brazo en alto á Tucapel alzado,
me culpo, me castigo y reprehendo,
de haberlo tanto tiempo asi dejado:
pero á la historia y narracion volviendo,
me oistes ya gritar á Rengo airado,
que bajaba sobre él la fiera espada,
por el gallardo brazo gobernada.

El cual viéndose junto, y que no pudo
huir del grave golpe la caida,
alzó con ambas manos el escudo,
la persona debajo recogida:
no se detuvo en él el filo agudo,
ni bastó la celada aunque fornida,
que todo lo cortó, y llegó á la frente,
abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido,
y en pié dificilmente se detuvo,
que del recio dolor desvanecido,
fuera de acuerdo vacilando anduvo:
pero volviendo á tiempo en su sentido,
visto el último término en que estuvo,
de manera cerró con Tucapelo,
que estuvo en un punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto
que por poco le hubiera trabucado,
que de la gran pujanza que habia puesto,
anduvo de los piés desbaratado:
pero volviendo á recobrarse presto,
viéndose del contrario así aferrado,
le echó los fuertes y ñudosos brazos,
pensando desahacerle en mil pedazos.

Y con aquella fuerza sin medida,
le suspende, sacude y le rodea;
mas Rengo, la persona recogida,
la suya á tiempo y la destreza emplea:
no la falta de sangre allí vertida,
ni el largo y gran teson en la pelea
les menguaba la fuerza y ardimiento;
ántes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo á tiempo el pié trocado
del firme Tucapel ciñó el derecho,
y entre los duros brazos apretado,
cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
fué tanto el forcejar, que ambos de lado,
sin poderlo escusar á su despecho,
dieron á un tiempo en tierra de manera
como si un muro, ó torren cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
comienza por el campo á revolcarse,
y con puños de tierra á un tiempo luego
procuran y trabajan por cegarse:
tanto que al fin el uno y otro ciego,
no pudiendo del hierro aprovecharse,
con las agudas uñas y los dientes,
se muerden y apedazan impacientes.

Así fieros, sangrientos y furiosos,
cual ya debajo, cual ya encima andaban,
y los roncos aceros presurosos
del apretado pecho resonaban:
mas no por esto un punto vigorosos
en la rabia y el ímpetu aflojaban,
mostrando en el teson y larga prueba;
criar aliento nuévo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas cuando
los dos campeones de valor iguales,
en la creciente furia declinando,
dieron muestra y señal de ser mortales:
que las últimas fuerzas apurando,
sin poderse vencer quedaron tales,
que ya en parte ninguna se movian,
y mas muertos que vivos parecian,

Estaban par á par desacordados,
faltos de sangre, de vigor y aliento,
los pechos garleando levantados,
llenos de polvo y de sudor sangriento:
los brazos y los piés enclavijados,
sin muestra ni señal de sentimiento,
aunque de Tucapel pudo notarse,
haber mas porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
sobre el contrario á la sazon tenia,
lo cual de sus amigos fué juzgado,
ser notoria ventaja y mejoría:
y aunque esto es hoy de muchos disputado,
ninguno de los dos se rebullía,
mostrando ambos de vivos solamente,
el ronco aliento y corazon latiente.

El gran Caupolicano que asistiendo
como juez de la batalla estaba,
el grave caso y pérdida sintiendo,
apriesa en la estacada plaza entraba:
el cual sin detenerse un punto, viendo
que alguna sangre y vida les quedaba,
los hizo levantar en dos tablones,
á doce los mas inclitos varones.

Y siguiendo detras con todo el resto
de la nobleza y gente mas preciada,
fué con honra selemne y pompa puesto
cada cual en su tienda señalada;
donde acudiendo á los remedios presto,
y la sangre con tiempo restañada,
la cura fue de suerte que la vida
les fué en breve sazon restituida.

Pasado el punto y término temido
iban los dos á un tiempo mejorando,
aunque del casco Tucapel sentido,
no dejaba curarse braveando:
pero el prudente general sufrido
con blandura la cólera templando,
así de poco en poco le redujo,
que á la sazon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
y con solemnidad capitulado,
que en todo lo restante de la vida,
no se tratase mas de lo pasado:
ni por cosa de nuevo sucedida
en público lugar, ni reservado
pudiesen combatir, ni armar cuestiones,
ni atravesarse en dichos, ni en razones.

Mas siempre como amigos generosos
en todas ocasiones se tratasen,
y en los casos y trances peligrosos,
se acudiesen á tiempo y ayudasen:
contenidos así los dos famosos,
porque mas los conciertos se afirmasen,
comieron y bebieron juntamente,
con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aqui desta manera
en su conformidad y ayuntamiento,
que me importa volver á la ribera,
del rio que muda nombre en cada asiento:
pues á mucho que fallo y ando fuera
de nuestro amolestado alojamiento,
para decir el punto en que se halla,
despues del trance y última batalla.

Luego que la victoria conseguimos
con mas pérdida y daño que ganancia,
al fuerte à mas andar nos recogimos,
que estaba del lugar larga distancia:
y aunque poco despues, Señor, tuvimos
otros muchos rencuentros de importancia;
no sin costa de sangre y gran trabajo,
iré, por no cansaros, al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla
sangrienta de ambas partes y reñida,
que aunque, por no ser largo, aquí se calla,
será de otro escritor encarecida;
Vista de municion y vitualla
la plaza por dos meses bastecida,
pareció por entonces provechoso
dejar por capitan allí á Reinoso.

Que las demas ciudades trabajadas
de las pasadas guerras nos llamaban,
y las leyes sin fuerza arrinconadas,
aunque mudas, de lejos voceaban:
las cosas de su asiento desquiciadas,
todos sin gobernar se gobernaban,
estando de perderse el reino á canto,
por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada
fértil de todas cosas y abundante,
para fundar un pueblo aparejada,
y el sitio á la sazon muy importante:
quedó primero la ciudad trazada,
de la cuál hablarémos adelante,
que aunque de buen principio y fundamento
mudó despues el nombre y el asiento.

Dejando pues en guarda de la tierra
los mas diestros y práticos soldados
en órden de batalla, y son de guerra;
rompimos por los términos vedados:
y atravesando de Puren la sierra,
de la hambre y las armas fatigados,
á la Imperial llegamos salvamente,
donde hospedada fué toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegando
en libertad las leyes oprimidas,
la justicia y costumbres reformando,
por los turbados tiempos corrompidas:
y el esceso y desórdenes quitando
de la nueva codicia introducidas,
en todo lo demas por buen camino
dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aun los cuerpos satisfecho
del sueño y hambre misera transida,
cuando tuvimos nueva que de hecho
toda la tierra entorno removida,
rota la tregua y el contrato hecho,
viendo asi nuestra fuerza dividida,
ayuntaban la suya con motivo
de no dejar presidio, ni hombre vivo.

Luego pues hasta treinta apercibidos,
de los que mas en órden nos hallamos,
por la espesura del Tirú metidos,
la barrancosa tierra atravesamos:
y los tomados pasos desmentidos
no con pocos rebatos arribamos
sin parar, ni dormir noche, ni dia,
al presidio Español y compañia.

Donde ya nuestra gente habia tenido
nueva del trato y tierra rebelada,
que por estraño caso acontecido,
de la junta y designio fué avisada:
y habiendo alegremente agradecido
el socorro y ayuda no pensada,
nos dió del caso relacion entera,
el cual pasó, Señor, desta manera.

El Araucano ejército entendiendo
que su próspera suerte declinaba,
y que Caupolican iba perdiendo
la gran figura en que primero estaba:
en secretos concilios discurriendo,
del capitan ya odioso murmuraba,
diciende que la guerra iba á lo largo,
por conservar la dignidad del cargo.

No con tan suelta voz y atrevimiento,
que el mas libre y osado no temiese,
y del menor edicto y mandamiento
cuanto una sola mínima escediese;
que era tanto el castigo y escarmiento,
que no se vió jamás quien se atreviese
á reprobar el órden por él dado,
segun era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente
el revolver del hado incontrastable,
y la poca obediencia de su gente,
viéndole ya en estado miserable:
que la buena fortuna facilmente
lleva siempre tras si la fé mudable,
y un mal suceso y otro cada dia,
la mas ardiente devocion resfria:

Quiso, dando otro tienio á la fortuna,
que del todo con él se declarase,
y no dejar remedio y cosa alguna,
que para su descargo no intentase:
entre muchas al fin resuelto en una,
ántes que su intencion comunicase,
con la presteza y órden que convino,
de municiones y armas se previno.

No dando pues lugar con la tardanza
á que el miedo el peligro examinase,
y algun suceso y subita mudanza,
los ánimos del todo resfriase;
con animosa muestra y confianza
mandó que de la gente se aprestase
al tiempo y hora del silencio mudo,
el mas copioso ejército que pudo.

Hizo una larga plática al Senado,
en la cual resolvió que convenia
dar el asalto al fuerte por el lado
de la posta de Ongolmo al mediodia:
que de cierto espion era avisado,
como la gente que en defensa habia
demas de estar segura y descuidada,
era poca, visoña y desarmada.

Que el capitan ausente habia llevado
la práctica en la guerra y escogida,
de no volver atras determinado,
hasta dejar la tierra reducida:
y en las nuevas conquistas ocupado,
sin poder ser la plaza socorrida,
en breve por asalto facilmente,
podian entrarla, y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
y tal la autoridad de su presencia,
que se llevó los votos y opiniones,
en gran conformidad sin diferencia:
y con ánimo y firmes intenciones
le juraron de nuevo la obediencia,
y de seguir hasta morir de veras,
en entrambas fortunas sus banderas.

Luego Gaupolicano resoluto
habló con Pran, soldado artificioso,
simple en la muestra en el aspecto bruto,
pero agudo, sutil y cauteloso,
prevenido sagaz mañoso, astuto,
falso, disimulado, malicioso,
lenguaz, ladino, práctico, discreto,
cauto, pronto, solicito y secreto,

El cual en puridad bien instruido
en lo que el árduo caso requeria,
de pobre ropa y parecer vestido,
del presidio Español tomó la via:
y fingiendo ser Indio foragido
se entró por la cristiana rancheria
entre los Indios mozos de servicio,
dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento,
sin mostrar atencion, lo que pasaba,
y con disimulado advertimiento
los ocultos designios penetraba:
tal vez entrando en el guardado asiento
en la figura rústica notaba,
la gente, armas el órden, sitio y traza,
lo mas fuerte, y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando
á las personas ménos recatadas,
iba mañosamente escuadriñando
los secretos y cosas reservadas:
y aqui y alli los ánimos tentando
buscaba con razones disfrazadas
vaso capaz y suficiente seno,
donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando pues los vados y el camino
por donde el trato fuese mas cubierto,
de tiento en tiento y lance en lance vino
á dar consigo en peligroso puerto:
que engañado de un bárbaro ladino
Andresilio llamado de concierto
salieron juntos á buscar comida,
cosa á los Yanaconas permitida.

Y con dobles equivocas razones
que Pran á su propósito traia,
vino el otro á decir las vejaciones,
que el Araucano estado padecia,
los insultos, agravios, sinrazones,
las muertes, robos, fuerza y tirania,
trayendo á la memoria lastimada,
el bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia salido
tan presto el falso amigo á la parada,
hallando voluntad y grato oido,
y el tiempo y la ocasion aparejada,
de la engañosa muestra persuadido,
el disfraz y la máscara quitada,
abrió el secreto pecho y echó fuera
la encubierta intencion desta manera.

Diciéndole: si sientes, ¡ó soldado!
la pérdida de Arauco lamentable,
y el infelice término y estado
de nuestra opresa patria miserable,
hoy la fortuna y poderoso hado,
mostrándonos el rostro favorable,
ponen solo en tu mano libremente,
la vida y salvacion de tanta gente.

Que el gran Caupolicano que en la tierra
nunca ha sufrido igual, ni competencia,
y en paz ociosa, y en sangrienta guerra
tiene el primer lugar y la obediencia,
quiere viendo el valor que en ti se encierra,
tu industria grande, y grande suficiencia
fiar en ocasion tan oportuna,
el estado comun de tu fortuna.

Y que á ti como á causa se atribuya
el principio y el fin de tan gran hecho,
siendo toda la gloria y hónra tuya,
tuya la autoridad, tuyo el provecho:
sola una cosa quiere que sea suya,
con la cual queda ufano y satisfecho,
que es haber elegido tal sugeto,
para tan grande y importante efecto.

Pues á ti libremente cometido
puede suceso próspero esperarse,
y á tu dichosa y buena suerte asido,
quiere llevado della aventurarse:
y asi en figura humilde revestido,
poruqe de mi no puedan recatarse,
vengo cual ves, para que deste modo
te dé yo parte dello, y seas el todo.

Haciéndote saber como queria
(si no es de algun oculto inconveniente,
dar el asalto al fuerte al mediodia,
con furia grande y número de gente;
por haberle avisado cieirta espia
que en aquella sazon seguramente
descansan en sus lechos los soldados
de la molesta noche trabajados.

Y sin recato la ferrada puerta
(no siendo á nadie entónces reservada)
franca de par en par siempre está abierta,
y la gente durmiendo descuidada:
la cual de salto fácilmente muerta,
y la plaza despues desmantelada,
en la region Antártica no queda
quien resistir nuestra pujanza pueda.

Asi que de tu ayuda confiado
que todo se lo allana y asegura,
cerca de aqui tres leguas ha llegado
cubierto de la noche y sombra escura:
adonde de su ejército apartado
debajo de palabra y fé segura,
quiere comunicar solo contigo,
lo que sumariamente aqui te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
gozar desta ventura prometida,
á mas del grande honor que consiguieres
siendo por ti la patria redimida,
solo á ti deberás lo que tuvieres,
y á ti te deberán todos la vida,
siendo siempre de nos reconocido,
haberla de tu mano recibido.

Mira pues lo que desto te parece,
conoce el tiempo y la ocasion dichosa,
no seas ingrato al cielo que te ofrece
por solo que la aceptes tan gran cosa:
da la mano á tu patria que parece
en dura servidumbre vergonzosa,
y pide aquello que pedir se puede,
que todo desde aqui se te concede.

Dió fin con esto á su razon atento
al semblante del Indio sosegado,
que sin alteracion ni movimiento
hasta acabar la plática habia estado:
el cual con rostro y parecer contento,
aunque con pecho y ánimo doblado,
á las ofertas y razon propuesta,
dió sin mas detenerse esta respuesta:

¿Quién pudiera aqui dar bastante indicio
de mi intrinseco gozo y alegria,
de ver que está en mi mano el beneficio
de la cara y amada patria mia:
que ni riqueza, honor, cargo, ni oficio,
ni el gobierno del mundo y monarquia
podrán tanto conmigo en este hecho
cuanto el comun y general provecho.

Que sufrir no se puede la insolencia
desta ambiciosa gente desfrenada,
ni el disoluto imperio y la violencia
con que la libertad tiene usurpada:
por lo cual la divina providencia
tiene ya la sentencia declarada,
y el ejemplar castigo merecido,
al Araucano brazo cometido.

Vuelve á Caupolican, y de mi parte
mi pronta voluntad le ofrece cierta,
que cuanto en esto quieras alargarte,
te sacaré yo á salvo de la oferta:
y mañana sin duda por la parte
de la inculta marina mas desierta,
seré con él, dó tratarémos largo
desto que desde aqui tomo á mi cargo.

Por la sospecha que nacer podria
será bien que los dos nos apartemos,
y deshecha por hoy la compañía,
adonde nos aguardan arribemos:
que mañana despacio al mediodía
con mayor libertad nos hablarémos,
y de mi quedarás mas satisfecho,
á Dios, que es tarde, á Dios, que es largo el trecho.

Así luego partieron el camino
llevándole diverso y diferente,
que el uno al Araucano campo vino,
y el otro adonde estaba nuestra gente:
el cual con gozo y ánimo malino
hablando al capitan secretamente,
le dijo punto á punto todo cuanto
oirá quien escuchare el otro canto.

CANTO XXXI

—

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado: habia con Caupolican cautelosamente, el cual engañado viene sobre el fuerte, pensando hallar á los Españoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada,
que mas ofende la bondad divina,
es la traicion sobre amistad forjada,
que al cielo, tierra y al infierno indina:
que aunque el señor de la traicion se agrada
quiere mal al traidor y le abomina;
tal es este nefario maleficio,
que indina al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el alevoso
en estado seguro permanece:
de nadie amado, á todo el mundo odioso,
que el mismo interesado le aborrece:
amigo en todo tiempo sospechoso,
aunque trate verdad no lo parece,
y al cabo no se escapa del castigo,
que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
debajo de seguro al enemigo,
¿qué será aquel que al enemigo vende
la libertad y sangre del amigo,
y el que con rostro de leal pretende
ser traidor à su patria como digo,
poniéndole con odio y rabia tanta
el agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado
del público enemigo conocido,
del perverso, insolente, del malvado,
pero no del traidor nunca ofendido,
que en hábito de amigo disfrazado,
el desnudo puñal lleva escondido,
no hay contra el desleal seguro puerto,
ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba
al amigo engañado y satisfecho,
el cual con la gran priesa que llevaba;
en poco espacio atravesó gran trecho:
y puesto ante Reinoso el cual estaba
seguro y descuidado de aquel hecho,
preciándose el traidor de su malicia,
della y de la traicion le dió noticia.

Diciéndole: sabrás que usando el hado
hoy de piadoso término contigo,
las cosas de manera ha rodeado
que puedo serte provechoso amigo:
pues en mi voluntad libre ha dejado
la muerte ó salvacion de tu enemigo,
remetiendo á las manos de Andresillo,
la arbitraria sentencia y el cuchillo.

Mas negando la deuda y fé debida
á mi tierra y nacion por tu respeto,
quiero, señor, sacrificar la vida,
por escapar la tuya deste aprieto:
y encontra de mi patria aborrecida
volver las armas y áspero decreto,
desviando eran número de espadas,
que están á tu costado enderezadas.

Tras estos allí le dijo todo cuanto
con Pran le sucedió y habeis oido,
que si me acuerdo, en el pasado canto
lo tengo largamente referido;
quedó Reinoso atónito de espanto:
y con ánimo y rostro agradecido,
los brazos amorosos le echó el cuello:
dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio
con que del trato doble usado habia,
exageró el famoso y gran servicio
que á todo el reino y cristiandad hacia,
diciendo que tan grande beneficio
siempre en nuestra memoria duraria,
y con honroso premio de presente,
seria remunerado largamente.

Quedaron pues de acuerdo que otro dia,
sin que noticia dello á nadie diese,
en el tiempo y lugar que puesto habia,
con el vecino capitan se viese,
que de la vista y habia entenderia
lo que mas al negocio conviniese:
trayéndole por mañas y rodeo,
al esperado fin de su deseo.

Hízolo pues así; pero ántes desto
à la salida de un espeso valle
halló al amigo en centinela puesto,
esperándole ya para guialle:
donde Caupolican con ledo gesto,
saliendo algunos pasos á encontralle,
adelantando un trecho de su gente,
le recibió amorosa y cortesmente.

Diciendo: ó capitan, hoy por el cielo
en esta dignidad constituido,
á quien la redencion del patrio suelo
justa y méritamente he cometido:
bien se que solo con honrado zelo,
de virtud propia y de valor movido,
aspiras arribar dó ningun hombre,
tendra puesto adelante mas su nombre.

Y habiendo de tu pecho penetrado
el intento y designio valeroso,
de tu fortuna próspera guiado,
que promete suceso y venturoso,
estoy resuelto, estoy determinado
que con golpe de gente numeroso,
demos, siendo tú solo nuestra guia,
sobre el fuerte Español à mediodia.

Para lo cual ha sido mi venida
sorda y secretamente en esta parte,
donde siendo tu boca la medida,
quiero del justo premio asegurarte,
y ver si á ti esta empresa cometida,
quieres della y nosotros encargarte,
dando como cabeza y dueño en todo,
el órden, la instruccion, la traza y modo.

Que demás de las honras te aseguro
de parte del Senado un señorio,
y por el fuerte Eponamon te juro,
que esto será escogido á tu alvedrio:
en tus manos me pongo y aventuro,
y á tu buen parecer remito el mio,
para que des el órden que convenga,
y el esperado bien no se detenga.

Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta
que me prometen próspera jornada,
en una parte oculta y encubierta
tengo cerca de aqui mi gente armada:
y ántes que sea de algunos descubierta,
y la plaza enemiga preparada,
que es el peligro solo que esto tiene,
apresurar la ejecucion conviene.

Resuelvete, ó varon, y determina
como de ti se espera brevemente,
que detras de este monte á la marina
está el copioso ejército obediente:
y porque puedas ver la disciplina,
los ánimos, las armas y la gente,
podràs llegar allá, que aqui te aguardo,
con esperanza y animo gallardo.

El traidor pertinaz que atento estaba
á cuanto el general le prometia,
no la oferta, ni el premio le mudaba
de la fea maldad que cometia:
bien que algun tanto timido dudaba,
viendo de aquel varon la valentia,
el ser gallardo, y el feroz semblante,
la proporcion y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado
de una fuerte coraza barreada,
de un dragon escamoso relevado
sobre el alto creston de la celada:
en la derecha su baston ferrado,
ceñida al lado una tajante espada,
representando en talle y apostura,
del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuan barato
podia salir con el malvado hecho,
teniendo en su traicion y doble trato
andando en poco tiempo tanto trecho;
con alegre semblante y rostro grato,
aunque con doble y engañoso pecho,
hincando ambas rodillas en el llano,
tal respuesta volvió á Caupolicano.

O gran Apó, no pienses que movido
por honra, por riqueza, ó por estado,
á tus piés y obediencia soy venido,
á servirte y morir determinado:
que todo lo que aquí me has ofrecido,
y lo que puede mas ser deseado,
no me provoca tanto, ni me instiga,
cuanto la gran razon que à ello me obliga.

Gracias al cielo doy pues mi esperanza,
en tu prudencia y gravedad fundada,
la siento ya con próspera bonanza,
ir al derecho puerto encaminada:
y porque no nos dañe la tardanza,
será bien que apresures la jornada,
siguiendo la fortuna que se muestra
declarada en favor de parte nuestra.

Que nuestros enemigos sin recelo,
á las armas de noche acostumbrados,
cuando va el sol en la mitad del cielo,
descansan en sus toldos desarmados:
y desnudos y echados por el suelo,
en vino y dulce sueño sepultados,
pasan la ardiente siesta en gran reposo,
hasta que el sol declina caloroso.

Y si estás, como dices, prevenido,
y la gente vecina en ordenanza,
que goces luego la ocasion te pido,
no dejando pasar esta bonanza:
que el tiempo es malo de cobrar perdido,
mayormente si daña la tardanza;
y pues no te detiene cosa alguna,
no detengas tus hados y fortuna.

Que á darte la victoria yo me obligo,
no por el galardon que dello espero;
que la virtud la paga trae consigo,
y ella misma es el premio verdadero:
basta lo que en servirte yo consigo,
y asi graciosamente me prefiero,
de ponerte sin pérdida en la mano,
la desnuda garganta del tirano.

Mañana disfrazado al tiempo cuando
vaya el sol en mitad de su jornada,
vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
estaré su venida deseada:
y en el presidio y franca plaza entrando,
verá la gente entónces entregada
al ordinario y descuidado sueño,
sin prevencion y al parecer sin dueño.

Esta noche callada y quietamente
desviada á la izquierda del camino,
venga á ponerse en escuadron la gente,
una milla del fuerte, y mas vecino:
y cuando asome el sol por el oriente,
echada en recogido remolino,
bajas las armas por la luz del dia,
aguarde allí el aviso y órden mia.

Quiero ver, pues que dello eres servido,
por ir del todo alegre y satisfecho,
tu dichoso escuadron constituido
para tan alto y señalado hecho:
por quien Arauco ya restituido
en sus primeras fuerzas y derecho,
echada la española tiranía,
estenderá su nombre y monarquía.

Quedó Caupolicano de manera
que tuvo el trato y echo por seguro.
diciéndole razones que moviera,
no un corazon movible, pero un muro:
y en señal de firmeza verdadera
le dió un lucido llauto de oro puro,
y un grueso mazo de Cabquira prima,
cosa entre ellos tenida en gran estima.

Y del alegre Pran acompañado
al pié de un alto cerro montuoso,
vio el Araucano ejército emboscado,
de brava gente y número copioso:
quedó el traidor de verlo algo turbado,
y en la falsa y mudable fé dudoso;
que en el ánimo vario y movedizo,
hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada
dándole espuelas y ánimo bastante;
la duda tropelló representada,
llevando el mal propósito adelante:
y asi encubriendo la intencion dañada,
con mentirosas muestras y semblante,
loó el traidor encarecidamente
el sitio, el órden, armas y la gente.

Y despues de inquirir y haber notado
lo que notar entónces convenia,
visto el grande aparato, y tanteado
la gente armada y cantidad que habia,
advertido de todo y enterado,
llegó al presidio al rematar del dia,
adonde le esperaba ya Reinoso,
de su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento
de su jornada relacion copiosa,
dándole mayor ánimo y aliento
nuestra llegada á tiempo provechosa,
que si estuvisteis á mi Canto atento,
por la montaña y costa montuosa,
al socorro llegué aquel mismo dia,
con los treinta que dije en compañia.

Gastóse aquella noche previniendo
las armas é instrumentos militares,
el foso, muro, y plaza requiriendo,
señalando á la gente sus lugares:
hasta que fué la aurora descubriendo
con turbia luz los hondos valladares,
dando triste señal del dia esperado,
por tanta sangre y muerte señalado.

Jamas se vió en los términos Autrales
salir el sol tan tardo á su jornada,
reusando de dar á los mortales
la claridad y luz acostumbrada:
al fin salio cercado de señales,
y la luna delante del menguada,
vuelto el mudable y blanco rostro al cielo,
por no mirar al Araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza
por una y otra parte ocultamente,
con iguales designios y esperanza,
aunque con hado y suerte diferente:
veis aqui á Pran, que solo y á la usanza
de los Mitayos Indios diligente,
cargado con una haz de blanco trigo,
viene à buscar al alevoso amigo.

Que á la salida de su rancho estaba
mirando á los caminos ocupado,
pareciéndole ya que se pasaba
el tiempo del concierto aun no llegado:
tanto ya la maldad le aceleraba,
de una furia maligna espoleado.
que siempre en lo que mucho se desea,
no hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran, le aseguró de cierto
que la gente en dos tercio dividida,
habia el murado sitio descubierto,
sin ser de nadie vista, ni sentida:
y con paso callado y gran concierto,
doméstica, ordenada y recogida,
los pechos y las armas arrastrando,
venia derecha al fuerte caminando.

Con maestra de designio diferente,
dió Andresillo señal de su alegría,
diciendo, que sin duda nuestra gente,
ya segun su costumbre dormiria;
luego disimulada y quietamente,
sin mas se detener, de compañia
entraron en el fuerte preparado,
el falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos
todos los oficiales y soldados,
sobre sus lechos sin dormir dormidos:
con aviso y cuidado descuidados,
los arneses acá desguarnecidos,
los caballos allá desensillados,
todo de industria al parecer revuelto,
en un mudo silencio y sueño envuelto

Visto el reposo Pran, visto el sosiego,
y poca guardia que en el fuerte habia
alegre dello tanto, cuanto ciego
en no ver la sospecha que traia:
sin detenerse un solo punto luego,
por una corta senda que él sabia,
haciendo de sus piés y aliento prueba,
fué á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspuesto,
cuando Andresillo en tono levantado,
dijo: ¡ó fuertes soldados, en quien puesto
está el fin de la guerra deseado!
tomad las vencedoras armas presto,
y romped el silencio ya escusado,
saliendo á toda priesa, porque os digo
que á las puertas teneis al enemigo.

Marinero jamas tan diligente
de entre la vedijosa bernia salta,
cuando los gritos del piloto siente,
y la borrasca súbita le asalta:
como nosotros que ligeramente,
oyendo de Andresillo la voz alta,
de los toldos con ímpetu salimos,
y á las vecinas armas acudimos.

Quien al usado peto arremetia,
quien encaja la gola y la celada,
quien ensilla el caballo, y quien salia
con arcabuz, con lanza, ó con espada;
fué en un punto la gruesa artilleria,
á las abiertas puertas asestada,
llenos de tiros mil de mil maneras,
los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en órden la plaza, y encargado
segun el puesto á cada cual su oficio,
el silencio importante encomendado,
travó las lenguas y aquietó el bullicio,
quedando aquel presidio tan callado,
que la gente estramuros de servicio,
visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
que todo en igual sueño reposaba.

No fué Pran en el curso negligente,
pues apenas estábamos armados,
cuando los enemigos de repente
se descubrieron cerca por dos lados:
venian tan escondida y sordamente
bajas las armas, y ellos inclinados,
que entraran, si la vista ya no fuera
mas presto que el oido y mas ligera.

Como el cansado cazador que tiene
la caza y el lugar reconocido,
que poco á poco el cuerpo bajo viene
entre la yerba y matas escondido:
ya apresura el andar, ya le detiene,
mueve y asienta el paso sin ruido
hasta ponerse cerca y encubierto,
donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor silencio y mayor tiento,
los encubiertos Indios parecieron,
y sobre nuestro fuerte en un momento
á treinta y ménos pasos se pusieron:
de dó sin son de trompa, ni instrumento,
en callado tropel arremetieron
mas de dos mil en número á las puertas,
con mas cuidado que descuido abiertas:

No sé con qué palabras, con qué gusto
este sangriento y crudo asalto cuente,
y la lastima justa, y odio justo,
que ambas cosas concurren juntamente:
el animo ahora humano, ahora robusto,
me suspende, y me tiene diferente,
que si al piadoso zelo satisfago,
condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,
dentro della y del fuerte estoy metido;
si en este punto y término lo dejo,
hago y cumplo muy mal lo prometido:
así dudoso el ánimo y perplejo,
destos juntos contrarios combatido,
lo dejo al otro Canto reservado,
que de consejo estoy necesitado.

CANTO XXXII.

—

Arremeten los Araucanos el fuerte: son rebatidos con minerable estrago de su parte: Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo: cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Escelente virtud, loable cosa
de todos dignamente celebrada
es la clemencia ilustre y generosa,
jamas en bajo pecho aposentada:
por ella Roma fué tan poderosa,
y mas gentes venció que por la espada,
domó y puso de debajo de sus leyes
la indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,
ni está allí la grandeza y escelencia,
sino en saber usar de la vitoria,
ilustrándola mas con la clemencia:
el vencedor es digno de memoria,
que en la ira se hace resistencia,
y es mayor la victoria de clemente,
pues los ánimos vence juntamente.

Y así no es el vencer tan glorioso
del capitan cruel inexorable;
que cuanto fuere ménos sanguinoso,
tanto será mayor y mas loable:
y el correr del cuchillo riguroso,
miéntras dura la furia, es disculpable:
mas pasado despues á sangre fria,
es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido,
(si mi juicio y parecer no yerra)
la que de todo en todo ha destruido,
el esperado fruto desta tierra:
pues con modo inhumano han excedido
de las leyes y términos de guerra,
haciendo en las entradas y conquistas
crueldades enormes nunca vistas.

Y aunque esta en mí opinion dellas es una,
la voz comun encontra me convence,
que al fin en ley de mundo y de fortuna,
todo le es justo y lícito al que vence:
mas dejada esta plática importuna,
me parece ya tiempo que comience
el crudo estrago y excesivo modo,
en parte justo, y lastimoso en todo.

Dejé el bárbrro campo sobre el fuerte,
en medio del furor y arremetida,
y la callada y encubierta muerte
de mil géneros de armas prevenida:
llevado pues del hado y dura suerte,
con presto paso y con fatal corrida,
emboca por la puerta y falsa entrada,
el gran tropel de gente amontonada.

Dios sempiterno, ¡qué fracaso estraño,
qué riza, qué destrozo y batería
hubo en la triste gente, que al engaño
ciega, pensando de engañar venia!
¿quién podrá referir el grave daño,
la espantosa y tremenda artilleria,
el nublado de tiros turbulento,
que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,
otros llevados la cabeza y brazos,
otros sin forma alguna machucados,
y muchos barrenados de picazos:
miembros sin cuerpo, cuerpos desmembrados,
lloviendo léjos trozos y pedazos,
hígados, intestinos, rotos huesos,
entrañas vivas, y bullentes sesos.

Como la estrecha y bien cebada mina,
cuando con gran estrépito rebienta,
que la furia del fuego repentina,
las torres vuela, y máquinas avienta:
con mas estruendo, y con mayor ruina,
la fuerza de la pólvora violenta,
voló é hizo pedazos en un punto
cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna,
despedazó el ejército Araucano,
no habiendo un solo tiro, ni arma alguna
que errase el golpe, ni cayese en vano:
nunca se vió morir tantos á una,
y así aunque yo apresure mas la mano,
no puedo proseguir que me divierte
tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados,
cuando por verse fuera en campo raso,
los caballos á un tiempo espoleados,
rompen la entrada y ocupado paso,
y en los segundos Indios que ovillados
estaban, como atónitos del caso,
hacen riza y mayor carnicería,
que pudiera hacer la artilleria.

Quien aqueste y aquel alanceando,
abre sangrienta y ancha la salida,
quien á diestro y siniestro golpeando,
priva aquestos y aquellos de la vida:
no hay ánimo, ni brazo alli tan blando
que no bale y ahonde la herida.
ni espada de tan grueso y boto filo,
que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aqui despacio figurallos.
y figurar las formas de los muertos,
unos atropellados de caballos,
etros los pechos y cabeza abiertos,
otros que era gran lástima mirallos,
las entrañas y sesos descubiertos,
vieron otros desechos y hechos piezas,
otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
el miserable y lastimoso duelo,
el rumor de las armas y alaridos,
hinchen el aire y concavo del cielo:
luchando con la muerte los caidos,
se tuercen y rebuelcan por el suelo,
saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto
al embaucado Pran que estaba fuera,
visto el destrozo cierto, y falso cuanto
el traidor de Andresillo le dijera:
la pena y sentimiento pudo tanto,
que aunque escaparse el misero pudiera,
enmedio de las armas desarmado,
á morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos Indios venturosos,
á los cuales llegó solo el estruendo,
volviendo las espaldas presurosos,
muestran las plantas de los pies huyendo:
los nuestros del alcance deseosos,
en carrera veloz los van siguiendo,
hiriendo y derribando en los postreros,
los ménos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes que estimaban
la ganada opinion mas que la vida,
volviendo el pecho y armas, refrenaban
el impetu de muchos y corrida:
y aunque con grande esfuerzo peleaban,
era presto la guerra difinida,
que la furiosa muerte allí su espada
traia de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando
se forman por mil partes los nublados,
que van unos creciendo, otros menguando,
otros luego de nuevo levantados;
mas el norueste frigido soplando,
los impele y arroja amontonados,
hasta buscar del ábrego el reparo
dejando el cielo raso, y aire claro.

Asi la gente atónita y turbada,
en partes dividida se esparcia,
y á las veces juntandose esforzada,
haciendo cuerpo y rostro revolvia:
pero de la violencia arrebatada,
dejó el campo y banderas aquel dia;
quedando de los rotos escuadrones
gran número de muertos y prisiones.

Deshechos pues del todo y destruidos
y acabado el alcance y seguimiento,
los presos y despojos repartidos,
volvimos al dejado alojamiento:
donde trece Caciques elegidos
para ejemplar castigo y escarmento,
á la boca de un grueso tiro atados,
fueron, dándoles fuego, justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos,
si en el monton y número de gente
algunos de los Indios valerosos
fueron muertos alli confusamente:
pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello y Tucapel valiente
iban delante en la primera hilera,
abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo á esto, Señor, que no venia
Capitan, ni Cacique señalado,
visto que el general usado habia,
de fraude y trato entre ellos reprobado,
diciendo ser vileza y cobardía,
tomar al enemigo descuidado,
y victoria sin gloria y alabanza,
á que por bajo término se alcanza.

Así que una arrogancia generosa,
los escapó del trance y muerte cruda,
que ninguno por ruego, ni otra cosa,
quiso en ello venir ni dar ayuda:
teniendo por hazaña vergonzosa
vencer gente sin armas y desnuda,
que el peligro en la guerra es el que honra,
y el que vence sin el, vence sin honra.

Quedó Caupolicano desta jornada,
roto, deshesho y falto de pujanza,
que fué mucha la sangre derramada,
y poca de su parte la venganza:
el cual viendo la turba amedrentada,
y el ardor resfriado y la esperanza,
deshizo el campo entonces conveniente,
dando licencia á la cansada gente.

Quisose entretener mientras pasaba
de los contrarios hados la corrida,
conociendo de si que peleaba
con cansada fortuna envejecida:
así la gente en partes derramada
con órden que estuviese apercibida
en cualquier ocasion y movimieato,
para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,
gente de confianza y valentia,
ora en el monte inculto, ora en poblado;
desmintiendo los rastros, parecia,
y en lugares ocultos alojado,
jamas gran tiempo en uno residia,
usando de su bárbara insolencia
por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino
andábamos haciendo mil jornadas,
no dejando lugar circunvecino,
que no diésemos salto y trasnochadas:
y en lo mas apartado del camino,
hallábamos las casas ocupadas
de gente foragida de la tierra,
que ya andaba huyendo de la guerra,

Diciendo, que de grado volveria
á sus yermas estancias y heredades,
pero que el general los compelia
usando de inhumanas crueldades:
y si en esto remedio se ponia,
llanas estaban ya las voluntades,
para dejar las ármas los soldados,
de la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
se puso en inquirir toda la tierra,
no quedando lugar inhabitado,
monte, valle, ribera, llano y sierra,
donde no fuese el bárbaro buscado;
mas por bien, ni por mal, por paz, ni guerra,
aunque todo con todos lo probamos,
jamas señal, ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento
pudo sacar noticia ó rastro alguno,
ni caricia, interes, ni ofrecimiento
jamas á corromper bastó á ninguno;
andábamos atónitos y á tiento,
segun la variedad de cada uno,
de dia, de noche, acá y allá perdidos,
del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la tierra un dia,
por caminos y pasos desusados.
llevando por escolta y compañía
una escuadra de práticos soldados,
dimos en una oculta rancheria
de domésticos Indios ausentados,
que por ser grande el bosque y la distancia,
tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba
en la cabeza una muger herida,
moza que de quince años no pasaba,
de noble trage y parecer vestida:
y en la color quebrada se mostraba
la falta de la sangre, que esparcida
por la delgada y blanca vestidura,
la lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté que ocasion la habia traido
á lugar tan estraño y apartado,
cómo y por qué razon la habian herido,
y de inhumana crueldad usado:
ella con rostro y ánimo caido,
y el tono del hablar debilitado,
me dijo: es cosa cierta y prometida
la muerte triste tras la alegre vida.

Porque entiendas el dejo y desvarío,
que el humano contento trae consigo:
aun no es cumplido un mes que el padre mio,
usando de privado amor conmigo,
me dió esposo elegido á mi alvedrío,
esposo y juntamente grande amigo,
tal y de tantas partes, que yo creo
que en él hallára término el deseo,

Pero su esfuerzo raro y valentía,
que della por estremo era dotado,
le trujo á la temprana muerte el dia
que fué nuestro escuadron despedazado:
donde cerca de mí que le seguia,
un tiro le pasó por el costado,
que fuera ménos crudo y mas derecho,
si abriera ántes el paso por mi pecho.

Cayó muerto, quedando yo con vida,
vida mas enojosa que la muerte;
mas viéndome un soldado así afligida,
(en parte condolido de mi suerte)
me dió por acabarme esta herida,
con brazo aunque piadoso, no tan fuerte
que mi espíritu suelto le siguiese,
y un bien tras tanto mal me sucediese,

Dió conmigo en el suelo fácilmente,
aunque no me privó de mi sentido,
pasando el golpe y furia de la gente
en confuso tropel con gran ruido:
pero luego un Cacique, mi pariente,
que en un hoyo al pasar puedó escondido,
en brazos me sacó del gran tumulto,
trayéndome á este bosque y sitio oculto,

Donde espero morir cada momento;
mas ya como esperado bien se tarda,
que es costumbre ordinaria del contento,
no acabar de llegar á quien le aguarda:
y aunque ya de mi vida al fin me siento,
conmigo el cielo término no guarda,
ni la llamada muerte á tiempo viene,
que mi deseo la impide y la detiene.

La vida así me cansa y aborrece,
viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
que cada hora que vivo me parece
que cometo maldad, pues no le sigo:
y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,
usa tú de piedad, Señor, conmigo,
acabando hoy aquí lo que el soldado
dejó por flojo brazo comenzado.

Asi la triste jóven luego, luego
demandaba la muerte, de manera
que algun simple, de lástima á su ruego,
con bárbara piedad condecendiera:
mas yo que un tiempo aquel rabioso fuego
labró en mi inculto pecho, viendo que era
mas cruel el amor que la herida,
corri presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algun tanto consolado,
y traido á que viese claramente,
que era el morir remedio condenado,
y para el muerto esposo impertinente:
con el zumo de yerbas aplicado,
(medicina ordiuaria de esta gente)
la apreté la herida lastimosa,
no tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando pues un práctico ladino
paraque poco á poco la llevase,
y en los tomados pasos y camino
de peligro al pasar la asegurase,
partir á mi jornada me convino;
mas primero que della me apartase,
supe que se llamaba Lauca, y que era
hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando,
sin hallar otra cosa importancia,
iba con los soldados platicando
de la fé de las Indias y constancia,
de muchos, aunque bárbaras, loando
el firme amor y gran perseverancia,
pues no guardó la casta Elisa Dido
la fé con mas rigor á su marido.

Mas un soldado jóven que venia,
escuchando la plática movida,
diciendo, me atajó, que no tenia
á Dido por tan casta y recogida,
pues en la Eneyda de Maron veria
que del amor libidino encendida,
siguiendo el torpe fin de su deseo
rompió la fé y promesa á su Siqueo.

Visto pues el agravio tan notable,
y la objecion siniestra del soldado,
por el gran testimonio incompensable,
á la casta Fenisa levantado;
pareciéndome cosa razonable,
mostrarle que en aquella andaba errado,
él y todos los que me escuchaban,
que en la misma opinion tambien estaban:

Les dije, que queriendo el Mantuano
hermosear su Enéas floreciente,
porque César Augusto Octaviano
se preciaba de ser su descendiente,
con Dido usó de término inhumano,
infamándola injusta y falsamente,
pue, vemos por los tiempos haber sido,
Enéas cien años ántes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme,
que asi Virgilio á Dido disfamase,
haciendo instancia todos en pedirme
que su vida y discurso les contase:
yo pensando tambien en divertirme,
que la cuerda al trabajo algo aflojase,
los quise complacer, y tambien quiero
daros aqui razon de mi primero.

Cuento una vida casta; una fé pura,
de la fama y voz publica ofendida,
en esta no pensada coyuntura,
por raro ejemplo y ocasion traida:
y una falsa opinion que tanto dura,
no se puede mudar tan de corrida,
ni del rudo comun, mal informado,
arrancar un eror tan arraigado.

Y pues de aqui al presidio yo no hallo
cosa que sea de gusto, ni contento,
sin dejar de picar siempre el caballo,
ni del tiempo perder solo un momento;
no pudiendo eximirme ni escusallo,
por ser historia, y agradable el cuento,
quiero gastar en él, si no os enfada,
este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sugeto desabrido,
tan seco, tan estéril y desierto,
y el estrecho camino que he seguido,
á puros brazos del trabajo abierto,
á término me tienen reducido,
que busco anchura y campo descubierto,
donde con libertad, sin fatigarme,
so puedo recrear y recrearme.

V [illegible] os tiene sordo y atronado
el rumor de las armas inquieto,
siempre en un mismo ser continuado,
sin mudar son, ni variar sugeto:
por espaciar el ánimo cansado,
y ser el tiempo cómodo y quieto,
hago esta digresion, que acaso vino
cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente
que destruye una honra es bien oida,
y á la reina de Tiro injustamente
infama, y culpa su inculpable vida:
la verdad que es la ley de toda gente,
por quien es en su honor restituida,
¿por qué no debe ser, siendo cantada,
el cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
demas de ser cual veir importunado,
es el honor de la constante Dido,
inarvertidamente condenado:
preste pues atencion y grato oido,
quien á oir la verdad es inclinado,
que el mal ofende aun dicho en pasatiempo,
y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago ántes que Roma fué fundada
setenta años contados comunmente
por Dido, ilustre reina venerada
por diosa un tiempo de la Tyria gente:
del rey Belo su padre fué casada
con el sumo Pontifice, asistente
del gran templo de Alcides, el cual era
despues del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siqueo ya nombrado,
á quien Dido guardó la fé inviolable,
varon sabio en sus ritos, y abastado
de bienes y tesoro inestimable:
mas lo que para alivio habia llegado,
fué causa de su muerte miserable;
que en fin la que codicia mucba gente,
ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
uno Pigmaleon y el otro Dido,
á quien en los consejos postrimeros
encargó la hermandad y amor unido:
lo cual aunque duró los dias primeros,
de codicia el hermano corrompido,
por haber los tesoros del cuñado,
le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió pues la muger su muerte tanto,
que no bastando á resistir la pena,
soltó con doloroso y fiero llanto
de lágrimas un flujo y ancha vena,
y cubriendo de triste y negro manto
los bellos miembros y la faz serena,
con pompa funeral ceremoniosa
dió al cuerpo sepultura suntuosa.

Y aunque del casto amor notable indicio,
fué el soberbio sepulcro y monumento,
no igualó en la grandeza el edificio
al dolor de la reina y sentimiento:
que siempre con devoto sacrificio,
y continuos sollozos y lamento,
llamando al sordo espiritu hacia,
á las frias cenizas compañia.

Diciendo: ¿es justo, dioses, que yo quede
en este solitario apartamiento?
¡ay! que de tibia fé y amor procede
no acabar de matarme el sentimiento;
el mal no es grande que sufrir se puede,
y corto al que no basta sufrimiento;
mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
porque dure el dolor mas que ella fuerte.

Aunque el odio y rencor disimulaba
contra el pérfido hermano poderoso,
venganza al cielo sin cesar clamaba,
con ira muda y con gemir rabioso:
y cuando sola á ratos se hallaba,
desfogando aquel ímpetu bascoso,
soltaba, con un bajo son gimiendo,
la reprimida rabia y voz, diciendo:

¿Traidor, dime, qué caso irremediable
debajo de hermandad y ley fingida,
á maldad te movió tan detestable,
contra tu misma sangre cometida?
si fué sed de riquezas insaciable,
quitárasle el tesoro y no la vida,
templando tu impiedad y furia insana,
el amor y el respeto de tu hermana.

Si no miraste, ingrato, al beneficio
que dél como cuñado recibias,
miraras al nefario sacrificio
que del hermano de tu madre hacias,
y al malvado y horrendo maleficio
en tu pecho forjado tantos dias,
pues no podrás decir que fué accidente,
que nunca nadie es malo de repente.

Si de tu enorme intento y desatino
me hubieras con indicios advertido,
no por tan duro y áspero camino,
el tesoro alcanzaras pretendido:
mas el mal cuando viene por destino,
no puede ser á tiempo prevenido.
¡Ay! ¡qué aprovecha el lamentarme ahora!
que siempre es tarde ya cuando se llora.

¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste
dejarte arrebatar de tu deseo,
tan ciego de codicia, que no viste
que matabas á Dido con Siqueo?
materia de maldad al mundo diste
con un hecho atrocísimo y tan feo,
que durará en los siglos por memoria,
de tu traicion la abominable historia.

¿Cabe en razon, es cosa permitida,
que siendo tú traidor, siendo tirano,
perverso, atroz, sacrílego, homicida,
tengas con otros nombres el de hermano?
y viéndome contigo convenida,
mi crédito andará de mano en mano,
padeciendo mi honor agravio injusto,
que no dice la fama cosa al justo?

Mas si huyo de ti, fiero enemigo,
te irrito á que me sigas pues que huyo,
si á mi marido en la fortuna sigo,
todo lo que pretendes queda tuyo:
si habiéndole tú muerto, estoy contigo;
mancho la fama, y mi opinion destruyo,
que en parte ya parece que consiente,
quien perdona ligera y fácilmente.

¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte?
que el cielo ni la tierra no le tiene,
y aquel forzoso y último mi suerte,
porque padezca mas, me le detiene:
¡ ay ! que si es malo desear la muerte,
es peor el temerla, si conviene;
que no es pena el morir á los cuitados,
sino fin de las penas y cuidados.

Mas ya que el ser tú rey y recatado,
la venganza legítima me impida,
procuraré atajar tu fin dañado,
con muestra doble y hermandad fingida:
y cuando pienses verte apoderado,
quedarás con mi súbita partida
sin hermana, tesoro y sin derecho,
y con la infamia del enorme hecho.

Así la triste reina dolorosa,
sobre el rico sepulcro lamentando,
pasaba vida triste y soledosa
la venganza y el tiempo deseando:
pero de alguna fuerza recelosa,
de su prudencia y discrecion usando,
doméstica, amorosa y blandamente,
al hermano escribió que estaba ausente;

Haciendole entender, que ya cansada
del llanto y soledad que padecia
en aquellos palacios y morada,
dó tuvo un tiempo alegre compañía,
de la triste memoria lastimada,
dando algun vado á su dolor, queria
irse con él poniendo fin al lloro,
con todassus riquezas y tesoro.

Para la cual secreta y prestamente,
una fornida flota le enviase,
donde con todo su tesoro y gente,
en arribando al puerto se embarcase:
porque con el seguro conveniente
el mar que estaba enmedio atravesase,
que era solo el temido impedimento
de su esperado y ultimo contento.

Llegada pues la la nueva al ambicioso
rey de aquello que tanto deseaba,
viendo que al fin y puerto venturoso
sus cosas la fortuna encaminaba:
alegre mas que nunca y codicioso,
luego una gruesa flota despachaba
de naves y galeras bastecida,
de gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada,
con presta y no pensada diligencia,
dó la gente del rey desembarcada
fué luego á dar á Dido la obediencia:
que monstrando placer de su llegada,
con la loable cuidado y providencia,
hizo luego hospedar toda la gente
espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo la cuidosa Dido
á su gente mandó que se aprestase,
y con alarde y publico ruido
los empachados muebles embarcase:
haciendo que de noche y escondido
en su nave al tesoro se cargase
con tan grande secreto, que ninguno
tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas,
llenas de gruesa arena y aplomadas,
de fuertes cerraduras guarnecidas,
con dobles planchas de metal herradas:
estas fueron en publico traidas
donde à vista de todos embarcadas,
daban muestra que en ellas iba el oro,
las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa con tierno sentimiento
del lastimado pueblo se embarcaba,
dando presto la vela al manso viento
que favorable en popa respiraba:
la nave con sereno movimiento
el llano y sosegado mar cortaba,
comenzando á seguir toda la flota,
de la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia
corrió con viento próspero la armada,
mas ya que el mar las costas encubria,
y del todo se vió Dido engolfada,
la noble y obediente compañia
al borde de su nave congregada,
hizo entorno allegar la demas gente,
que á la vista tambien fuese presente:

Diciéndoles con pecho valeroso,
que su designio y pretension no era
ir al injusto hermano cauteloso,
de quien era enemiga verdadera,
porque con trato y termino alevoso
debajo de hermandad y fé sincera,
movido de sacrilego deseo,
habia dádo la muerte á su Siqueo.

Por donde ella tambien no aseguraba
de sus secretos fraudes y traiciones,
queria dejar la cara patria amada,
su reino, su morada y posesiones:
y al mar dudoso y vientos entregada,
buscar nuevas provincias y regiones,
adonde con seguro viviria
léjos de su dominio y tirania.

Y pues que sus riquezas habian sido
la causa de daño y perdimiento,
matandole por ellas el marido,
y lo serian quizà del seguimiento,
todas consigo las habia traido
con voluntad y resoluto intento
de echarlas en el mar, do pareciesen,
porque jamas á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
los cofres del arena barreados,
y con alarde y auto manifiesto
en el profundo mar fueron lanzados:
los ministros del rey con triste gesto
atónitos, confusos y turbados
se miraban, teniendo por estraña
de la animosa reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo
que mudos y espantados los tenia,
la furia del rey mozo conociendo
que el perdido tesoro aumentaria,
suspensos y medrosos no sabiendo
que razon ó descargo bastaria
á que el airado rey no los culpase,
y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida reina viese
camino y coyuntura aparejada,
por dò á su devocion se redujese
la gente del hermano amedrentada:
ántes que el tiempo y la tardanza diese
lugar á alguna novedad pensada:
haciendo sosegar toda la gente,
les dijo prosiguiendo, lo siguiente:

Amigos, que del firme intento mio
habeis visto á los ojos ya la prueba,
y como la fortuna à su alvedrio
errando por el ancho mar me lleva,
podeis volver, si ya no es desvario,
á dar al rey la desabrida nueva
del tesoro anegado, y mi huida
á tierra y á region no conocida.

Pero ya conoceis por esperiencia
su irreparable fūria acelerada,
que viendo que volveis á su presencia
sin el tesoro y prenda deseada,
descargará con bárbara impaciencia
sobre vuestra cerviz la mano airada,
sin escuchar descargo, ni disculpa,
añadiendo maldad y culpa á culpa.

Y pues es de temer la tirania,
y el impetu de un mozo rey airado,
que asi del caro reino y patria mia
à buscar nuevas tierras me ha sacado:
quien quisiere seguir mi compañia,
no se verá de mi desemparado,
mas de todo el provecho y bien que espero,
será participante y compañero.

El lugar y aparejo es importuno,
y para haber consejo me remueve,
asi que pues sois sabios cada uno
elija de dos males el mas leve:
si al rey volveis no ha de escapar ninguno;
y este dolor y lástima me mueve
á quereros rogar que vais conmigo,
por no ser yo la causa del castigo.

Las muertes figurad y crueldades
que en vosotros habrán de ejecutarse:
no mireis á las casas y heredades,
que todo por la vida es bien dejarse,
que en fortunas y grandes tempestades
solo en lo que se escapa ha de pensarse,
conociendo que estan todos los bienes
sujetos á peligros y vaivenes.

A las razones de la reina atentos
los turbadas ministros estuvieron,
y en la perpleja mente y pensamientos
mil cosas en un punto revolvieron:
al cabo aunque diversos los intentos,
todos de un parecer se resolvieron
de seguirla hasta el fin de su viage:
dándole la obediencia y vasallage.

La fé con juramento establecida,
sin que ninguno dellos reusase,
dando vela á la flota detenida,
mandó Dido que á Cipro enderezase,
donde graciosamente recibida,
como alli su designio declarase,
llevó del Ciprioto pueblo amigo,
echenta mozas virgenes consigo.

Para á tiempo casarlas con la gente
que en su servicio y devocion llevaba,
buscando alguna tierra conveniente,
donde fundar un pueble deseaba:
así la via de la Africa al poniente
con favorable viento navegaba;
mas forzoso será segun me siento,
dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII.

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta como fundó á Cartago, y la causa por qué se mató: tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican.

Muchos entran con ímpetu y corrida
por la carrera de virtud fragosa,
y dan en la del vicio mas seguida,
de donde es el volver difícil cosa:
el paso es llano y fácil la salida
de la vida reglada á la anchurosa,
y mas agrio el camino y ejercicio
del vicio á la virtud, que della al vicio.

Asi Pigmaleon habia tenido
señales de virtud en su crianza,
y con grandes principios prometido
de justo y liberal buena esperanza,
pero de la codicia pervertido,
hizo en breve sazon tan gran mudanza,
que no solo de bienes fué avariento,
pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosia
de la secreta muerte del cuñado,
que alegre y contentisimo vivis,
en la ley de hermandad asegurado:
mayormente que entónces parecia
el rey á la virtud aficionado,
que no hay maldad mas falsa y engañosa,
que la que trae la muestra virtuosa.

Esta no le salió como pensaba,
sino al contrario en todo y diferente;
pues no solo no vió lo que esperaba,
pero perdio las naves y la gente:
la reina viento en popa navegaba,
como dije, la vuelta del poniente,
tocando con sus naves y galeras
en algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra, bordeando,
de las vadosas Sirtes recelosa,
y á vista de Licudia atravesando,
corrió la costa de Africa arenosa:
y siempre tierra á tierra navegando,
pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
llegando en salvo á Túnez con la armada
por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo
de fructiferas plantas adornado,
y el aire claro y el sereno cielo
clemente al parecer y muy templado,
perdido del hermano ya el recelo;
por verle tan distante y apartado,
quiso fundar un pueblo de cimiento,
haciendo en él su habitacion y asiento.

Para lo cual trató luego de hecho
con los vecinos que en el sitio habia,
le vendiesen de tierra tanto trecho
cuanto un cuero de buey circundaria,
los moradores viendo que provecho
de su contratacion se les seguia,
con la reina en el precio convenidos,
hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado,
mandó Dido buscar con diligencia
un grande y grueso buey, que desollado
hizo estirar el cuero en su presencia:
y en tiras sutilísimas cortado
tanto trecho tomó, que á la prudencia
de la reina sagaz y aviso estraño,
le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasia
dejándolos contentos y pagados:
descubriendo á los suyos que traia,
los ocultos tesoros escapados:
que usado del ardid y astucia habia
de los cofres de arena al mar lanzados,
porque cuando el hermano lo supiese,
faltando la ocasion no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos
al órden de vivir perjudiciales,
fueron por la prudente reina electos
cónsules, magistrados y oficiales:
y traidos maestros arquitestos
juntos los necesarios materiales,
dió principio la reina valerosa
á la labor de la ciudad famosa.

Fué la ciudad por órden fabricada,
mostrándose los hados mas propicios,
en breve ennoblecida é ilustrada,
de suntuosos y altos edificios:
y la nueva república ordenada,
leyes instituyó, creando oficios,
con que el pueblo en razon se mantuviese,
y en paz y órden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
con que el pueblo obediente gobernaba,
iba siempre el concurso en crecimiento,
y los términos cortos dilataba;
asi que el trato y agradable asiento
los ánimos y gustos provocaba,
viniendo á avecindarse muchas gentes,
de tierras y lugares diferentes.

Y como en esos tiempos aun no habia
la invencion del papel despues hallada,
que en pieles de animales se escribia,
y era cualquiera piel carta llamada:
del cual nombre aun usamos hoy en dia,
así aquella ciudad edificada
en el lugar por una piel medido,
de carta la llamó Cartago Dido.

Hizose en poco tiempo tan famosa,
y de tanta grandeza y eminencia,
que era cosa de ver maravillosa
el trato de las gentes y frecuencia:
mostrando aquella reina valerosa
en gobernar el pueblo tal prudencia,
que muchos otros principes y reyes
de su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura,
que por diosa vinieron á tenella,
ninguna de su tiempo en hermosura,
pudo ponerse al parangon con ella:
asi que que por milagro de natura
como cosa no vista iban á vella,
que no sé en las idólatras del suelo,
á quien mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas
por la fama á la muerte se entregaron,
otras que por hazañas milagrosas
las opresas repúblicas libraron:
pero todas perfectas tantas cosas
como en Dido en ninguna se juntaron,
fué rica, fué hermosa, fué castisima,
sabia sagaz, constante y prudentisima.

Llegó luego la voz desto al oido
del franco Yárbas, rey Musilitano,
mozo brioso y de valor, temido
en todo el ancho término Africano:
el cual con juvenil furia movido
de un impaciente y nuevo amor lozano,
á la reina despacha embajadores,
de su consejo y reino los mayores.

Pidiéndole que en pago del tormento
que por ella pasaba cada hora,
quisiese con felice casamiento
de su persona y reino ser señora:
donde no, que con justo sentimiento,
como de tan gran rey despreciadora,
sobre ella con ejército vendria,
y su gente y ciudad asolaria.

Hecha pues la embajada en el Senado,
que no quiso la reina estar presente,
les fué á los senadores intimado
el ruego y la amenaza juntamente:
causóles turbacion, considerado
el casto voto y vida continente,
que la constante reina profesaba,
que al intento de Yàrbas repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron
la demanda de Yárbas arrogante,
llevar por artificio pretendieron
el negocio dificil adelante:
asi que ante la reina parecieron.
con triste rostro y timido semblante,
bajos los ojos, la color turbada,
mostrando desplacer con la embajada,

Diciéndole: sabrás que habiendo oido
Yárbas tu buen gobierno y regimiento,
por la parlera fama encarecido,
y desta tu ciudad el crecimiento:
de una loable pretension movido,
pide que sin algun detenimiento
veinte de tu consejo mas instrutos
vayan á reformar sus estatutos.

Y siendo de sufrir áspera cosa
impropia á nuestra edad y profesiones,
dejar la patria cara y paz sabrosa
por ir á incultas tierras y naciones,
á corregir de gente sediciosa
las costumbres y viejas condiciones,
todos tus consejeros lo reusan,
y con causas legitimas se escusan.

Viendo que el caro y ultimo sosiego
sin esperanza de volver perdemos,
y no condecendiendo al impio ruego,
en gran peligro la ciudad ponemos,
pues con grueso poder y armada luego
al indignado joven rey tendremos,
para asolar á hierro y fiera llama,
tu pueblo insigne y celebrada fama.

Esto es en suma lo que Yarbas pide
con ruegos de amenaza acompañados,
pero nuestra cansada edad lo impide,
y las leyes nos hacen jubilados:
pues no es razon, si por razon se mide,
que de largos trabajos quebrantados,
dejemos nuestras casas y manida,
en el ultimo tercio de la vida.

Si á los peligros en la edad primera
por adquirir honor nos arrojamos,
es bien que la cansada postrimera
gocemos del descanso que ganamos
y á nuestra abandonada cabezera
al tiempo incierto de morir tengamos,
quien nos cierre los ojos con ternura,
y de á nuestras cenisas sepultura.

Y pues tiene de ser en tu presencia
esta perjudical demanda puesta,
conviene que con maña y advertencia,
te prevengas de medios y respuesta,
atajando tu seso y providencia
el mal que el Mauritano rey protesta,
de modo que la paz y amor conserves,
y de nuevos trabajos nos reserves.

Estuvo atenta allí la reina Elisa
á la compuesta habla artificiosa,
y con alegre rostro y grave risa,
aunque sentia en el ánimo otra cosa,
á todos los trató y miró de guisa
tan agradable, blanda y amorosa,
que si en verdad la relacion pasara,
de sus casas y quicios los sacara;

Diciendo: amigos caros, que á los hados
jamas os vi rendidos vez alguna,
y en los grandes peligros esforzados,
hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿cómo de tantas prendas olvidados
en tan justa ocasion por solo una,
breve incomodidad de una jornada,
quereis ver vuestra patria arruinada?

Es á todos comun, á todos llano,
que debe como miembro y parte unida,
poner por su ciudad el ciudadano
no solo su descanso mas la vida:
y por razon y por derecho humano
de justa deuda natural debida,
á posponer el hombre está obligado
por el sosiego público el privado.

Al alto y grande Júper pluguiera
que bastara ofrecer la vida mia,
que presto el judicioso mundo viera
cuan voluntariamente la ofrecia:
y pues habeis pasado la carrera
por tan estrecha y trabajosa via,
no es bien que al rematar tan largo trecho
borreis y deshagais cuanto habeis hecho.

Visto los senadores como Dido
por el camino de razon llevada,
en el armado lazo habia caido,
en sus mismas palabras enredada,
cambiando en rostro alegre el afligido,
las manos altas, y la voz alzada,
le dicen todos juntos, como estamos,
tus urgentes razones aprobamos.

Justamente señora, sentenciaste,
sacandonos de duda y grande aprieto,
que no hay razon tan eficaz que baste
contra la autoridad de tu decreto,
y porque tiempo en esto no se gaste,
es bien que te aclaremos el secreto,
pues por ningun respeto ni avenencia,
puedes contravenir á tu sentencia.

Sabras reina que Yárbas no te envia
por tus ancianos viejos impedidos'
que en todo buen gobierno y policía,
tiene su reyno y pueblos corregidos:
solo quiere tu gracia y compañía,
ofreciendote en dote mil partidos,
con útiles y honrosas condiciones,
y un infinito numero de dones.

Advierte, que si acaso no aceptares
el santo conyugal ayuntamiento,
y con errado acuerdo despreciares
su larga voluntad y ofrecimiento,
harás que el hierro y llamas militares,
asuelen á Cartago de cimiento,
así que en tu eleccion, y á tu escogida
queda la guerra ó paz comprometida.

Que si el buen ciudadano alegremente
debe ofrecerse por la patria amiga,
con mas razon y fuerza mas urgente,
como cabeza, á tí la ley te obliga:
y no puedes con causa suficiente
dejar de redimir nuestra fatiga,
dandonos con el tiempo prosperado,
la sucesion y fruto deseado.

Cuando á seguir estés determinada,
el casto infructuoso presupuesto,
mira á tus piés esta ciudad postrada,
y al inocente cuello el lazo puesto,
que por ti renunció la patria amada,
debajo de promesa y de protesto,
que al descanso y quietud que pretendias,
el sosiego comun antepondrias.

Sintió la reina tanto al improviso,
la gran demanda y condicion propuesta;
que por mas que encubrir la pena quiso,
della el rostro señal dió manifiesta:
mas con su discrecion y grande aviso,
suspendiendo algun tanto la respuesta,
soltó la voz serena y sosegada;
que la gran turbacion tenia trabada.

Diciendoles: amigos, yo quisiera,
para que todo escandalo se evite,
que responderos luego yo pudiera,
ántes que Yárbas mas nos necesite:
pero el negocio y caso es de manera,
que mi estado y grandeza no permite,
que me resuelva á responder tan presto,
aunque os parezca á todos que es honesto

Que es mostrar liviandad, y demas deso
falto á la obli acion y fé que debo,
si del intento casto y voto expreso,
á la primera persuacion me muevo,
borrando el inviolable sello impreso
de mi primero amor con otro nuevo,
asi que combatida de contrarios,
son el tiempo y consejo necesarios.

Tres meses pido, amigos, solamente
para acordar lo que se debe en esto,
y dar satisfaccion de mi á la gente,
en no determinarme asi tan presto:
que el libertado vulgo maldiciente,
aun quiere calumniar lo que es honesto,
y como instituidores de las leyes,
tienen mas ojos sobre si los reyes.

Yárbas no se dará por enemigo
en cuanto el fin de los tres meses llega,
y pasado este término me obligo
de responderle grata á lo que ruega:
tomar pues menos plazo del que digo,
mi honestidad y estimacion lo niega,
y no conviene á Dido dar disculpa,
que es indicio de error, y arguye culpa.

Cerróse aqui la reina, y fué forzado
hacer con los de Yárbas nuevo asiento,
que aguardasen el tiempo señalado
para determinar el casamiento:
los cuales por el ruego del Senado
y el gracioso hospedaje y tratamiento,
quedaron en Cartago algunos dias,
con grandes regocijos y alegrias.

Y aunque el Senado en la demanda instaba
por el provecho y general sosiego,
la reina la respuesta dilataba,
dando gratos oidos á su ruego:
y entre tanto en secreto aparejaba
lo que tenia pensado desde luego,
que era acabar la vida miserable,
primero que mudar la fé inmudable.

Llegado aquel funesto último dia,
el pueblo en la ancha plaza congregado,
ricamente la reina se vestia
subiendo en un esento y alto estrado,
al pié del cual una hoguera habia
para la imola y sacrificio usado,
de donde á los atentos circunstantes,
les dijo las palabras semejantes:

O fieles compañeros, que continuo
en todos los trabajos lo mostrastes,
que por seguir mis hados y camino,
vuestras casas y patria renunciastes:
hoy la fortuna y áspero destino,
por el ultimo fin de sus contrastes,
me fuerzan á dejar á costa mia,
vuestra cara y amable compañia.

Si apartarme de amigos tan leales,
hace esta mi partida dolorosa,
los consultados dioses celestiales
no disponen, ni pueden otra cosa:
y asi por desviar los grandes males
que tienen á Cartago temerosa,
pues ponen en mis manos el remedio,
quiero quitar la causa de por medio.

Que pues del cielo el áspero decreto
de poder tener bien me inhabilita,
y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
á quebrantar la fé me necesita,
quiero cortar á Yárbas el sugeto
del engañado amor que asi le incita,
dando á mi vida fin, pues deste modo,
faltando la ocasion, cesará todo.

Esto será con darme yo la muerte,
y aunque os parezca este remedio estraño,
es mas fácil, mas breve y ménos fuerte,
y en fin particular y poco el daño:
pues sin peligro vuestro desta suerte,
saldrá el errado Yárbas de su engaño,
y yo conservaré con mas pureza,
del costo y viudo lecho la limpieza,

Hoy por el precio de una corta vida
la vejacion redimo de Cartago,
dejando ejemplo y ley establecida,
que os obligue á hacer lo que yo hago:
y con mi limpia sangre aqui esparcida,
al cielo y á la tierra satisfago,
pues muero por mi pueblo, y guardo entera
con inviolable amor la fé primera.

No lamenteis mi muerte anticipada,
pues el cielo la aprueba y solemniza,
que una breve fatiga y muerte honrada,
asegura la vida y la eterniza:
que si el cuchillo de la parca airada
al que quiere vivir le atemoriza,
no os debe de pesar si Dido muere,
pues vive el que se mata cuando quiere.

A Dios, á Dios amigos que ya os veo
libres, y á mi marido satisfecho,
y no les dijo mas con el deseo
que tenia de acabar el fiero hecho:
así llamando el nombre de Siqueo
se abrió con un puñal el casto pecho,
dejándose caer de golpe luego,
sobre las llamas del ardiente fuego.

Fué su muerte sentida en tanto grado,
que gran tiempo en Cartago lo lloraron,
y en memoria del caso señalado,
un suntuoso templo le fundaron,
donde con sacrificio y culto usado,
miéntras las cosas prósperas duraron
de aquella su ciudad ennoblecida,
por diosa de la patria fué tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores,
muerta la memorable reina Dido,
por cien sabios ancianos senadores,
de allí adelante el pueblo fué regido:
y creciendo el concurso y moradores,
vino á ser poderosa y tan temido,
que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
le puso en gran trabajo y estrecheza.

Este es el cierto y verdadero cuento
de la famosa Dido disfamada,
que Virgilio Maron sin miramiento,
falseó su historia y castidad preciada,
por dar á sus ficciones armamento,
pues vemos que esta reina importunada,
pudiéndose casar y no quemarse,
ántes quemarse quiso que casarse,

Iban todos atentos, escuchando
El estraño suceso peregrino,
cuando al fuerte llegamos, acabando
la historia juntamente y el camino:
y en él aquella noche reposando,
venida la mañana nos convino
procurar detener con diligencia,
del buscado enemigo inteligencia.

Mas un Indio que acaso inadvertido,
fué de una escolta nuestra prisionero,
hombre en las muestras de ánimo atrevido,
suelto de manos y de pies ligero,
con promesas y dádivas vencido,
dijo: yo me resuelvo y me prefiero
de daros llanamente hoy en la mano
el grande general Caupolicano.

En un áspero bosque y espesura,
nueve millas de Ongolmo desviado,
está en su sitio fuerte por natura,
de ciénagas y fosos rodeado:
donde por ser la tierra tan segura,
anda de solos diez acompañado,
hasta que vuestra próspera creciente
apague el gran furor de su corriente.

Por una estrecha y desusada via,
sin que pueda haber dello sentimiento,
seré en la noche oscura yo la guia;
llevando vuestra gente en salvamento:
y antes que se descubra el claro dia,
dareis en el oculto alojamiento,
donde cumplir del todo yo me obligo,
pena de la cabeza lo que digo.

Fué la razon del mozo bien oida,
viéndole en su promesa tan constante,
y así luego una escuadra prevenida
de gente esperta y numero bastante,
para toda sospecha apercibida,
llevando al Indio amigo per delante,
salió á la prima noche en gran secreto,
con paso largo y caminar quieto.

Por una senda angosta é intrincada,
subiendo grandes cuestas y bajando,
del solícito bárbaro guiada,
iba á paso tirado caminando:
mas la oscura tiniebla adelgazada,
por la vecina aurora reparando,
junto á un arroyo y pedregosa fuente
volvió el indio, diciendo á nuestra gente:

Yo no paso adelante, ni es posible
seguir este camino comenzado,
que el hecho es grande, y el temor terrible,
que me detiene el paso acobardado,
imaginando aquel aspecto horrible,
del gran Caupolicano contra mi airado,
cuando venga á saber que solo he sido
el soldado traidor que le he vendido.

Por este arroyo arriba, que es la guia
aunque sin rastro alguno, ni vereda,
dareis presto en el sitio y rancheria,
que está en medio de un bosque y arboleda:
y ántes que aclare ya el vecino dia,
os dad priesa á llegar, porque no pueda
le centinela descubrir del cerro
vuestra venida oculta y mi gran yerro.

Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido,
dejándoos, como os dejo, en este puesto,
adonde salvamente os he traido,
Poniéndome á peligro manifiesto:
y pues al punto justo habeis venido,
os conviene dar priesa y llegar presto,
que es irrecuperable y peligrosa
la pérdida del tiempo en cualquiera cosa.

Y si siento rumor desta venida,
el sitio es ocupado y peñascoso,
fácil y sin peligro la huida
por un derrumbadero montuoso:
mirad que os daña ya la detenida,
seguid hoy vuestro hado venturoso,
que ménos de una legua de camino
teneis al enemigo ya vecino.

No por caricia; oferta, ni promesa
quiso el Indio mover el pié adelante,
ni amenaza de muerte, ó vida, ó presa
á sacarle del tema fué bastante:
y viendo el tiempo corto, y que la priesa
les era á la sazon tan importante,
dejándole amarrado á un grueso pino,
la relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
de un arcabuco lóbrego y sombrío,
sobre una espesa y áspera quebrada
dieron en un pigazo y gran bohío:
la plaza enderredor fortificada
con un despeñadero sobre el rio,
y cerca dél cubiertas de espadañas,
chozas, casillas, ranchos y cabaña.

La centinela en esto descubriendo
de la punta de un cerro nuestra gente,
dió la voz y señal, apercibiendo
al descuidado general valiente:
pero los nuestros en tropel corriendo,
le cercaron la casa de repente,
saltando el fiero bárbaro á la puerta,
que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas viendo el paso entorno embarazado,
y el presente peligro de la vida,
con un martillo fuerte y acerado
quiso abrir á su modo la salida:
y alzandole á dos manos empinado,
por dalle mayor fuerza á la caida,
topó una viga arriba atravesada,
dó la punta encarnó y quedó trabada.

Pero un soldado á tiempo atravesando,
por delante acércandose á la puerta,
le dió un golpe en el brazo, penetrando
los músculos y carne descubierta:
en esto el paso el Indio retirando,
visto el remedio y la defensa incierta,
amonestó á los suyos que se diesen;
y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas, requiriendo
que entrasen en la estancia, asegurados
que eran pobres soldados, que huyendo
andaban de la guerra amedrentados,
y así con priesa y turbacion, temiendo
ser de los foragidos salteados,
a la ocupada puerta habia oalido,
de las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel donde hallaron
ocho ó nueve soldados de importancia,
que rendidas las armas, se entregaron,
con muestras aparentes de ignorancia:
todos atras las manos les ataron,
repartiendo el despojo y la ganancia,
guardando al capitan disimulado,
con dobladas prisiones y cuidado.

Que aseguraba con sereno gesto
ser un bajo soldado de linage,
pero en su talle y cuerpo bien dispuesto,
daba muestra de ser gran personage:
gastóse algun espacio y tiempo en esto,
tomando de los otros mas lenguage,
que todos contestaban que era un hombre
de estimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
el permitido robo y grita usada,
que rancho, casa y choza no quedaba,
que no fuese deshecha y saqueada:
cuando de un toldo que vecino estaba,
sobre la punta de la gran quebrada,
se arroja una muger huyendo apriesa
por lo mas agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho,
que tras ella se echó por la ladera,
que era intrincado el paso y muy estrecho,
y ella no bien usada en la carrera:
llevaba un mal envuelto niño al pecho,
de edad de quince meses, el cual era
prenda del preso padre desdichado,
con grande estremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta, no entendiendo
que era presa y muger tan importante:
en esto ya la gente iba saliendo
al tino del arroyo resonante,
cuando la triste Palla descubriendo
al marido que preso iba delante
de sus insignias y armas despojado,
en el monton de la canalla atado;

No reventó con llanto la gran pena,
ni de flaca muger dió allí la muestra,
ántes de furia y viva rabia llena,
con el hijo delante se le muestra,
diciendo: la robusta mano agena
que así llegó tu afeminada diestra,
mas clemencia y piedad contigo usara,
si ese cobarde pecho atravesara.

¿Eres tú aquel varon que en pocos dias,
hinchó la redondez de sus hazañas,
que con solo la voz temblar hacias
las remotas naciones mas estrañas?
¿eres tú el capitan que prometias
de conquistar en breve las Españas,
y someter el Artico emisfero
al yugo y ley del Araucano Imperio?

¡Ay de mí! ¡cómo andaba ya engañada
con mi altiveza y pensamiente ufano,
viendo que en todo el mundo era llamada,
Fresia, muger del gran Caupolicano:
y agora miserable y desdichada,
todo en un punto me ha salido en vano,
viéndote prisionero en un desierto,
pudiendo haber honradamente muerto!

¿Qué son aquellas pruebas peligrosas,
que así costaron tanta sangre y vidas?
¿las empresas difíciles dudosas,
por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿qué es de aquellas victorias gloriosas,
desos atados brazos adquiridas?
todo al fin ha parado y se ha resuelto
en ir con esa gente infame envuelto.

¿Dime, faltóte esfuerzo, faltó espada
para triunfar de la mudable diosa?
¿no sabes que una breve muerte honrada
hace inmortal la vida y gloriosa?
miraras á esta prenda desdichada,
pues que de tí no queda ya otra cosa,
que yo apénas la nueva me viniera,
cuando muriendo alegre te siguiera.

Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
con que el lícito amor me habia ligado,
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han sacado:
cria, críale tú, que ese membrudo
cuerpo en sexo de hembra se ha trocado,
que yo quiero no título de madre
del hijo infame del infame padre.

Diciendo esto colérica y rabiosa,
el tierno niño le arrojó delante,
y con ira frenética y furiosa,
se fué por otra parte en el instante:
en fin por abreviar, ninguna cosa
de ruegos, ni amenazas fué bastante
á que la madre ya cruel volviese,
y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzaron
á dar la vuelta y á seguir la via,
por la cual á gran priesa caminaron
recobrando al pasar la fida guia,
que atada al tronco por temor dejaron,
y en larga escuadra al declinar del dia,
entraron en la plaza abanderada,
con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los Indios diligencia,
porque con mas certeza se supiese
si era Caupolican, que su apariencia
daba claros indicios que lo fuese:
pero ni ausente dél, ni en su presencia
hubo entre tantos uno que dijese,
que era mas que un incognito soldado
de baja estofa y sueldo moderado.

Aunque algunos despues mas animados.
cuando en particular los apartaban,
de su cercana muerte asegurados,
el sospechado en año declaraban:
pero luego delante dél llevados,
con medroso temblor se retrataban,
negando la verdad ya comprobada,
por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
y que encubrirse al cabo no podia,
dejando aquel remedio infructuoso,
quiso tentar el ultimo que habia:
y asi llamando al capitan Reinoso,
que luego vino á ver lo que queria,
le dijo con sereno y buen semblante;
lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV

Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado los Araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general. manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡O vida miserable y trabajosa
á tantas desventuras sometida!
prosperidad humana sospechosa,
pues nunca hubo ninguno sin caida,
¿qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa,
que no sea amarga alcabo y desabrida?
no hay gusto, no hay placer sin su descuento,
que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
á quien la vida larga ha deslustrado,
que el mundo los hubiera preferido,
si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
y el cónsul que en Farsalia derrocado
perdió por vivir mucho, no el segundo,
mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
famoso capitan y gran guerrero,
que en el término Américo Indiano
tuvo en las armas el lugar primero:
mas cargóle fortuna así la mano
dilatándole el término postrero,
que fué mucho mayor que la subida
la miserable y subita caida.

El cual reconociendo que su gente
vacilando en la fé titubeaba,
viendo que ya la próspera creciente
de su fortuna apriesa declinaba,
hablar quiso á Reinoso claramente:
que venido á saber lo que pasaba,
presente el congregado pueblo todo,
habló el bárbaro grave deste modo:

Si á vergonzoso estado reducido
me hubiera el duro y áspero destino,
y si esta mi caida hubiera sido
debajo de hombre y capitan indino,
no tuviera así el brazo desfallido,
que no abriera á la muerte yo camino
por este propio pecho con mi espada,
cumpliendo el curso y misera jornada.

Mas juzdándote digno, y de quien puedo
recibir sin verguenza yo la vida,
lo que de mi pretendes te concedo
luego que á mi me fuere concedida,
ni pienses que á la muerte tenga miedo,
que aquesa es de los prósperos temida,
y en mi por esperiencia he ya probado,
cuan mal le está el vivir á un desdichado.

Yo soy Caupolican, que el hado mio
por tierra derrocó mi fundamento,
y quien del Araucano señorío
tiene el mando absoluto y regimiento:
la paz está en mi mano y alvedrío,
y el hacer y afirmar cualquier asiento,
pues tengo por mi cargo y providencia,
toda la tierra en freno y obediencia.

Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
y quien dejó á Puren desmantelado,
soy el que puso á Penco por el suelo,
y el que tantas batallas ha ganado:
pero el revuelto ya contrario cielo,
de victorias y triunfos rodeado,
me ponen á tus piés á que te pida,
por un muy breve término la vida.

Cuando mi causa no sea justa, mira
que el que perdona mas, es mas clemente,
y si á venganza la pasion te tira,
pedirte yo la vida es suficiente:
aplaca el pecho airado, que la ira
es en el poderoso impertinente,
y si en darme la muerte estás ya puesto,
especie de piedad es darla presto.

No pienses que aunque muera aquí á tus (manos,
ha de faltar cabeza en el estado,
que luego habrá otros mil Caupolicanos,
mas como yo ninguno desdichado,
y pues conoces ya á los Araucanos,
que dellos soy el mínimo soldado,
tentar nueva fortuna error seria,
yendo tan cuesta abajo ya la mia.

Mira que á muchos vences en vencerte,
frena el ímpetu y cólera dañosa:
que la ira exámina al varon fuerte,
y el perdonar venganza es generosa:
la paz comun destruyes con mi muerte
suspende ahora la espada rigurosa,
debajo de la cual están á una
mi desnuda garganta y tu fortuna.

Aspira á mas, y á mayor gloria atiende,
no quieras en poca agua así anegarte:
que lo que la fortuna aquí pretende,
solo es que quieras della aprovecharte;
conoce el tiempo y tu ventura entiende,
que estoy en tu poder ya de tu parte,
y muerto no tendrás de cuanto has hecho,
sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

Que si esta mi cabeza desdichada
pudiera, ó capitan, satisfacerte,
tendiera el cuello á que con esta espada
remataras aquí mi triste suerte:
pero deja de la vida condenada
el que procura apresurar su muerte,
y mas en este tiempo, que la mia
la paz universal perturbaria.

Y pues por la esperiencia claro has visto,
que libre y preso, en público y secreto
de mis soldados soy temido y visto,
y está á mi voluntad todo sujeto:
haré yo establecer la ley de Cristo,
y que sueltas las armas te prometo
vendrá toda la tierra en mi presencia,
á dar al rey Felipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado
hasta que cumpla aquí lo que pusiere:
que yo sé que el ejército y Senado,
en todo aprobarán lo que hiciere:
y el plazo puesto y término pasado,
podré tambien morir, si no cumpliere:
escoge lo que mas te agrada desto,
que para ambas fortunas estoy puesto.

No dijo el Indio mas, y la respuesta
sin turbacion mirándole atendia,
y la importante vida, ó muerte presta
callando con igual rostro pedia:
que por mas que fortuna contrapuesta
procuraba abatirle, no podia,
guardando aunque vencido y preso en todo,
cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion, como lo he escrito,
con mas rigor y priesa que advertencia,
luego á empalar y asaetearlo vivo,
fué condenado en pública sentencia:
no la muerte y el término escesivo,
causó en su gran semblante diferencia,
que nunca por mudanza vez alguna,
pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento
obrando en él su poderosa mano,
pues con lumbre de fé y conocimiento,
se quizo bautizar y ser cristiano:
causó lástima y junto gran contento
al circunstante pueblo castellano,
con grande admiracion de todas gentes,
y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice dia,
que con solemnidad le bautizaron,
y en lo que el tiempo escaso permitia,
en la fé verdadera le informaron:
cercado de una gruesa compañia
de bien armada gente le sacaron,
á padecer la muerte consentida,
con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, á pié, desnudo,
dos pesadas cadenas arrastrando,
con una soga al cuello y grueso ñudo,
de la cual el verdugo iba tirando,
cercado entorno de armas, y el menudo
pueblo detras mirando y remirando
si era posible aquello que pasaba,
que visto por los ojos aun dudaba.

Desta manera pues llegó al tablado,
que estaba un tiro de arco del asiento,
media pica del suelo levantando,
de todas partes á la viste asento:
donde con el esfuerzo acostumbrado,
sin mudanza y señal de sentimiento
por la escala subió tan desenvuelto,
como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto revolviendo
á un lado y á otro la serena frente,
estuvo allí parado un rato, viendo
el gran concurso y multitud de gente,
que el increible caso y estupendo,
atónita miraba atentamente,
teniendo á maravilla y gran espanto,
haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde habia
de ser la atroz sentencia ejecutada,
con un semblante tal, que parecia
tener aquel terrible trance en nada,
diciendo: pues el hado y suerte mia
me tienen esta suerte aparejada,
venga, que yo la pido, yo la quiero,
que ningun mal hay grande si es postrero.

Luego llegó el verdugo diligente,
que era un negro Gelofo mal vestido:
el cual viéndole el bárbaro presente,
para darle la muerte prevenido;
bien que con rostro y ánimo paciente,
las afrentas demas habia sufrido,
sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
diciendo en alta voz desta manera:

¿Como? ¿qué en cristiandad y pecho honra-
cabe cosa tan fuera de medida, (do
que á un hombre como yo tan señalado
le dé muerte una mano asi abatida?
basta basta morir al mas culpado,
que al fin todo se paga con la vida,
y es usar deste término conmigo,
inhumana venganza y no castigo.

¿No hubiera alguna espada aqui de cuantas
contra mi se arrancaron á porfia,
que usada á nuestras miseras gargantas,
cercenára de un golpe aquesta mia?
que aunque ensaya su fuerza en mi de tantas
maneras la fortuna en este dia
acabar no podrá, que bruta mano,
toque el gran general Caupolicano.

Esto dicho, y alzando el pié derecho
aunque de las cadenas impedido,
dió tal coz al verdugo, que gran trecho
le echó rodando abajo mal herido;
reprehendido el impaciente hecho,
y del súbito enojo reducido,
le sentaron despues con poca ayuda,
sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante
por mas que las entrañas le rompiese,
barrenándole el cuerpo fué bastante
á que al dolor intenso se rindiese:
que con sereno término y semblante
sin que labio, ni ceja retorciese
sosegada quedó, de la manara
que si sentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
que prevenidos para aquello estaban,
treinta pasos de trecho desviados
por órden y despacio le tiraban,
y aunque en toda maldad ejercitados,
al despedir la flecha, bacilaban,
temiendo poner mano en un tal hombre
de tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel que ya tenia
tan poco por hacer y tanto hecho,
si tiro alguno avieso allí salia,
forzando el curso, le traia derecho,
y en breve sin dejar parte vacia,
de cien flechas quedó pasado el pecho,
por dó aquel grande espiritu echó fuera
que por ménos heridas no cupiera.

Parèceme que siento enternecido
al mas cruel y endurecido oyente
deste bárbaro caso referido
al cual señor, no estuve yo presente:
que á la nueva conquista habia partido
de la remota y nunca vista gente,
que si yo á la sazon alli estuviera,
la cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
que por vivo llegaban á mirarle:
que la amarilla y afeada muerte
no pudo aun puesto alli desfigurarle:
era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
que no osaban dejar de respetarle,
ni alli se vió en alguno tal denuedo,
que puesto cerca dél no hubiese medio.

La voladora fama presurosa
derramó por la tierra en un momento,
la no pensada muerte ignominiosa,
causando alteracion y movimiento:
luego la turba incrédula y dudosa
con nueva turbacion y desatiento
corre con priesa y corazon incierto,
á ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba
del contorno y distrito comarcano,
que en ancha y apiñada rueda estaba
siempre cubierto el espacioso llano:
crédito alli á la vista no se daba,
si ya no le tocaban con la mano,
y aun tocado despues les parecia,
que era cosa de sueño ó fantasia.

No la afrentosa muerte impertinente
para temor del pueblo ejecutada,
ni la falta de un hombre asi eminente
en que nuestra esperanza iba fundada,
amedrentó, ni acobardó la gente;
ántes de aquella injuria provocada
á la cruel satisfaccion aspira,
llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza
por la afrenta y oprobio recibido,
otros con la codicia y esperanza
del oficio y baston ya pretendido,
ántes que sosegase la tardanza
el ánimo del pueblo removido,
daban calor y fuerzas á la guerra,
incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la braveria
de Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopia,
de Puren, Cayopil y Mareando,
en un espacio largo no podia,
y fuera menester libro mas grande,
que cada cual con hervoroso afecto,
pretende álli y aspira à ser electo,

Pero el cacique Colocolo, viendo
el daño de los muchos pretendientes,
como prudente y sabio conociendo
pocos para el gran cargo suficientes;
su anciana autoridad interponiendo
les hizo mensageros diligentes,
para que se juntasen á consulta,
en lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban,
luego para la junta se aprestaron.
y muchos recelando que tardaban,
la diligencia y paso apresuraron:
otros que á otro camino enderezaban,
por no se declarar, no reusaron,
siguiendo sin faltar un hombre solo,
el sabio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen
solos á la ligera sin bullicio,
porque los enemigos no tuviesen
de aquella nueva junta algun indicio,
haciendo que de todas partes fuesen
Indios, que con industria y artificio
intentasen la paz siempre ofrecida,
con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado
en un cómodo valle y escondido,
la convocada gente del Senado,
al término llegó constituido:
y entre ellos Tucapel determinado
dó por bien ó por mal ser elegido,
y otros que con menores fundamentos,
mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
moverse gran discordia y diferencia,
hervir con ambicion los corazones,
brotar el odio antiguo y competencia,
variar los designios y opiniones
sin manera ó señal de conveniencia,
fundando cada cual su desvario,
en la fuerza del brazo y alvedrio.

Entrados como digo en el consejo,
los Caciques y nobles congregados,
todos con sus insignias y aparejo,
segun su antigua preeminencia armados:
Colocolo sagaz y canto viejo
viéndolos en los rostros demudados,
aunque aguardaba á la sazon postrera,
adelantó la voz desta manera:

Pero si no os cansais, señor, primero
que os diga lo que dijo Colocolo,
tomar otro camino largo quiero,
y volver el designio á nuestro Polo:
que aunque á deciros mucho me prefiero.
el sujeto que tomo basta solo
á levantar mi baja voz cansada,
de materia hasta aqui necesitada.

Mas si me dais licencia yo queria,
para que mas á tiempo esto refiera,
alcanzar si pudiese á don Garcia,
aunque es diversa y larga la carrera:
el cual en el turbado reino habia
reformado los puelos de manera,
que puso con solícito cuidado;
la justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarrica el fertil llano,
que tiene el sur el gran Volcan vecino,
fragua segun afirman de Vulcano,
que regoldando fuego está contino,
de alli volviendo por la diestra mano
visitando la tierra alcabo vino,
al ancho lago y gran desaguadero,
término de Valdivia y fin postrero.

Donde tambien llegué, que sus pisadas
sin descansar un punto voy siguiendo,
y de las mas ciudades convocadas
iban gentes en número acudiendo
prácticas en conquistas y jornadas:
y asi el tumulto bélico creciendo
en sordo son confuso rimbombada,
y el vecino contórno amedrentaba.

Que arrebatado del ligero viento,
y por la fama léjos esparcido,
hirió el desapacible y duro acento,
de los remotos Indios el oido:
los cuales con turbado sentimiento
huyen del nuevo y fiero son temido,
cual medrosas ovejas derramadas,
del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el oscuro y tenebroso velo
de nubes congregadas de repente,
ni presto rayo que, rasgando el cielo,
baja tronando envuelto en llama ardiente,
ni terremoto cuando tiembla el suelo,
turba y atemoriza asi la gente,
como el horrible estruendo de la guerra,
turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda pública que ya entraban,
destruyendo ganados y comidas,
quien que la tierra y pueblos saqueaban,
privando á los Caciques de las vidas,
quien que á las nobles dueñas deshonraban
y forzaban las hijas recojidas,
haciendo otros insultos y maldades,
sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto
con cada cosa que la fama aumenta,
teniendo y afirmando por muy cierto,
cuanto el triste temor les representa,
solo el salvarse les parece incierto,
y esto los atribula y atormenta,
allá corren gritando, acá revuelven,
todo lo creen, y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado,
que la gente llevaba derramada,
dejó en ella lugar desocupado,
por donde la razon hallase entrada:
el atónito pueblo reportado
su total perdicion considerada,
se junta á consultar en este medio,
las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento,
Tunconabala, práctico soldado,
persona de valor y entendimiento,
en la Araucana escuela dotrinado,
que por cierta cuestion y acaecimiento
de su tierra y parientes desterrado,
se redujo á domestico ejercicio,
huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual viendo en el pueblo diferente
el miedo grande y confusion que habia,
pues sin oir trompeta, ni ver gente,
le espantaba su misma voceria:
en un lugar capaz y conveniente,
junta toda la noble compañia:
sosegado el rumor y alteraciones,
les comenzó á decir estas razenes.

Escusado es, amigos, que yo os diga
el peligroso punto en que nos vemos
por esta gente pérfida enemiga,
que ya cierto á las puertas la tenemos:
pues el temor que á todos nos fatiga,
nos apremia y constriñe á que entreguemos
la libertad y casas al tirano,
dándole entrada libre y paso llano.

¿A que fosado muro, ó antepecho,
á que fuerza ó ciudad, á que castillo
os podreis retirar en este estrecho,
que baste sola en hora á resistillo?
si quereis hacer rostro, y mostrar pecho,
desnudo le ofrecemos al cuchillo;
pues nos coge esta furia repentina,
sin armas, capitan, ni disciplina.

Que estos barbudos crueles y terribles
del bien universal usurpadores,
son fuertes, poderosos, invencibles,
y en todas sus empresas vencedores:
arrojan rayos con estruendo horribles,
pelean sobre animales corredores,
grandes, bravos, feroces y alentados,
de solo el pensamiento gobernados.

Y pues contra sus armas y fiereza
defensa no teneis de fuerza ò muro,
la industria ha de suplir nuestra flaqueza,
y prevenir con tiempo el mal futuro;
que mostrando doméstica llaneza,
les podeis prometer paso seguro,
como á nacion vecina y gente amiga,
que la promesa en daño á nadie obliga.

Haciendo en este tiempo limitado
retirar con silencio y buena maña
la ropa, provisiones y ganado
al ultimo rincon de la montaña:
dejando el alimento tan tasado,
que vengan á entender que esta campaña
es estéril, es seca, y mal templada,
de gente pobre y misera habitada.

Porque estos insaciables avarientos
viendo la tierra pobre y poca presa,
sin duda mudarán los pensamientos
dejando por inutil esta empresa,
y la falta de gente y bastimentos
los echará deste distrito apriesa,
guiados por la breña y gran recuesto,
de dó quizá no volverán tan presto.

Teneis de Ancud el paso y estrecheza
cerrado de peñascos y jarales,
por dó quiso impedir naturaleza
el trato á los vecinos naturales,
cuya espesura grande y aspereza
aun no pueden romper los animales,
y las aves aligeras del cielo
sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

Llevados por aqui sin duda creo
que viendo el alto monte peligroso
corregirán el impetu y deseo,
volviendo atras el paso presuroso;
y si quieren buscar algun rodeo,
desviarse de aqui será forzoso,
dejando esta region por miserable,
libre de su insolencia intolerable.

Y aunque la libertad y vida mia
sé que corre peligro en el viage,
con rustica y desnuda compañia,
salir quiero á encontrarlos al pasage:
y fingiendo ignorancia y alegria,
vestido de grosero y pobre trage
ofrecerles he en don una miseria,
que arguya y de à entender nuestra laceria.

Quizá viendo el trabajo y poco fruto
que se puede esperar de la pobreza,
la estéril tierra y misero tributo,
el linage de gente y rustiqueza,
mudarán el intento resoluto,
que es de buscar haciendas y riqueza,
haciéndoles volver con maña y arte,
las armas y designios á otra parte.

No acabó su razon el Indio, cuando
se levantó un rumor entre la gente,
el parecer á voces aprobando,
sin mostrarse ninguno diferente:
y asi la ejecucion apresurando
en lo ya consultado conveniente,
corrieron al efecto retirados,
los muebles, vituallas y ganados.

Ya el Español con la presteza usada
al ultimo confin habia venido,
dando remate á la postrer jornada
del limite hasta alli constituido:
y puesto el pié en la raya señalada
el presuroso paso suspendido,
dijo, si ya escucharlo no os enoja,
lo que el canto dirá, vuelta la hoja.

CANTO XXXV.

Entran los Españoles en la demanda de la nueva tierra: sâleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos donde pasan terribles trabajos.

¿Que cerros hay que el interes no allana
y qué dificultad que no la rompa?
¿qué pecho fiel, que voluntad tan sana,
que este no la inficione y la corrompa?
destruye el trato de la vida humana,
no hay órden que no altere y la interrompa,
ni estrecha entrada, ni cerrada puerta,
que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
desata el ñudo y vinculo mas fuerte,
vuelve en enemistad las amistades,
y el grato amor en desamor convierte:
inventor de desastres y maldades
tropella la razon, cambia la suerte,
hace al hielo caliente, al fuego frio,
y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
golfos profundos, mares no sulcados;
hasta las partes últimas ignotas
trujo sin descansar tantos soldados,
y por vias estériles remotas
del interes incitador llevados,
piensan escudriñar cuanto se encierra
en el círculo inmenso de la tierra.

Dije, que don García habia arribado
con prática y lucida compañía,
al término de Chile señalado,
de dó nadie jamas pasado habia:
y enmedio de la raya el pié afirmado,
que los dos nuevos mundos dividia,
presente yo y atento á las señales,
las palabras que dijo fueron tales:

Nacion, á cuyos pechos invencibles
no pudieron poner impedimentos
peligros y trabajos insufribles,
ni airados mares, ni contrarios vientos,
ni otros mil contrapuestos imposibles
ni la fuerza de estrellas, ni elementos,
que rompiendo por todo habeis llegado,
al término del orbe limitado:

Veis otro nuevo mundo, que encubierto
los cielos hasta ahora le han tenido,
el difícil camino y paso abierto,
á solo vuestros brazos concedido:
veis de tanto trabajo el premio cierto,
y cuanto os ha fortuna prometido
que siendo de tan grande empresa autores
habeis de ser sin límite señores.

Y la parlera fama discurriendo
hasta el estremo y término postrero:
las antiguas hazañas refiriendo
pondrá esta vuestra en el lugar primero:
pues en dos largos mundos no cabiendo,
venis á conquistar otro tercero,
donde podrán mejor sin estrecharse,
vuestros ánimos grandes ensancharse.

Y pues es la sazon tan oportuna,
y poco necesarias las razones,
no quiero detener vuestra fortuna,
ni gastar mas el tiempo en oraciones:
sús, tomad posesion todos á una
desas nuevas provincias y regiones,
donde os tienen los hados á la entrada,
tanta gloria y riqueza aparejada.

Luego pues de tropel toda la gente
á la prática apénas detenida,
pisó la nueva tierra libremente
jamas del estrangero pié batida:
y con órden y paso diligente,
por una angosta senda mal seguida
en larga retalla y ordenada,
dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias
de solo el tino por el sol guiados,
abriendo pasos y cerradas vias
rematadas en riscos despeñados;
las mentirosas fugitivas guias
nos llevaron por partes engañados,
que parecia imposible al mas gigante
poder volver atras, ni ir adelante.

Ya del móbil primero arrebatado
contra su curso el sol hácia poniente,
al mundo cuatro vueltas habia dado,
calentando del pez la húmida frente,
cuando al bajar de un aspero collado
vimos salir diez Indios de repente,
por entre un arcabuco y breña espesa,
desnudos, en monton, trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol surtidos,
cubiertos de un espeso y largo vello,
pañetes cortos de cordel ceñidos,
altos de pecho y de fornido cuello,
la color y los ojos encendidos,
las uñas sin cortar, largo el cabello,
brutos campestres, rústicos salvages,
de fieras cataduras y visages.

Venia un robusto viejo el delantero,
al cual el medio cuerpo le cubria
un roto manto de sayal grosero,
que mísera pobreza prometia:
este pues, como dije allí primero,
era Tunconabal, que pretendia
mudar nuestros designios y opinienes,
con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando
ser gente de montaña fugitiva;
mas ellos nuestros pasos atajando,
venian á mas andar la cuesta arriba,
y al pié de una alta peña reparando
por dó un quebrado arroyo se derriba,
todos nos aguardaron sin recelo,
puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces, y en estraña
lengua de nuestro intérprete entendida,
dijo: ¡ ó gente infeliz, á esta montaña
por falso engaño y relacion traida,
dó la serpiente y áspera alimaña
apénas sustentar pueden la vida,
y donde el hijo bárbaro nacido,
es de incultas raices mantenido!

¿Qué informacion siniestra, qué noticia
incita asi vuestro ánimo invencible?
qué dañado consejo, ó que malicia
os ha facilitado lo imposible?
frenad, aunque loable, esa codicia,
que la empresa es difícil y terrible,
y vais sin duda todos engañados,
á miserable muerte condenados.

Que cuando no encontreis gente de guerra,
que os ponga en el pasage impedimento,
hallareis una sierra y otra sierra,
y una espesura y otra, y otras ciento,
tanto que la aspereza de la tierra
por la falta de yerba y nutrimento,
y contagion del aire no consiente,
en su esterilidad cosa viviente.

Y aunque me veis en bruto transformado
á la silvestre vida reducido,
sabed que ya en un tiempo fui soldado,
y que tambien las armas he vestido:
asi que ya la ley que he profesado,
viendo va este ejército perdido,
la lástima me mueve á aconsejaros,
que sin pasar de aqui, querais tornaros,

Que estas yermas campañas y espesuras
hasta el frigido Sur continuadas,
han de ser el remate y sepulturas
de todas vuestras prósperas jornadas:
mirad destos salvages las figuras
de quien son como fieras habitadas,
y el fruto que nos dan escasamente,
del cual os traigo un misero presente.

En esto de un fardel de ovas marinas
á la manera de una red tejidas,
sacó diversas frutas montesinas,
duras, verdes, agrestes, desabridas,
carne seca de fieras salvaginas,
y otras silvestres rústicas comidas,
langosta al sol curada, y lagartijas:
con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la estrañeza
de aquella gente bárbara notable,
la gran selvatiquez y rustiqueza,
el fiero aspecto y término intratable:
la espesura da montes y aspereza,
y el fruto de aquel suelo miserable,
tierra yerma, desierta y despoblada,
de trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí si prosiguiendo
la tierra, era adelante montuosa,
respondiónos el viejo sonriendo,
ser mas áspera, dura y mas fragosa:
y que asi la montaña iba creciendo,
que era imposible y temeraria cosa,
romper tanta maleza y espesura,
puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
que era de proseguir siempre adelante,
y que el fingido aviso malicioso
á volvernos atras no era bastante,
con un afecto tierno y amoroso
mostrando en lo esterior triste semblante,
puesto un rato á pensar, afirmó cierto,
haber cerca otro paso abierto.

Que por la banda diestra del poniente
dejando el monte del siniestro lado,
habia un rastro cursado antiguamente
por la nacida yerba ya borrado,
por dó podia pasar salva la gente
aunque era el trecho largo y despoblado,
para lo cual él mismo nos daria,
una prática lengua y fida guia.

Fué de nosotros esto bien oido,
que alguna gente estaba ya dudosa,
y el donoso presente recibido,
tambien la recompensa fué donosa:
un manto de algodon rojo teñido,
y una poblada cola de raposa,
quince cuentas de vidrio de colores
con doce cascaveles sonadores.

La dávida del viejo agradecida,
por ser joyas entre ellos estimadas,
y la guia solicita venida
con todas las mas cosas aprestadas,
pusimos en efecto la partida
siguiéndonos los Indios dos jornadas,
dando vuelta despues por ora senda,
dejándonos el Indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando
gran riqueza, ganado y poblaciones,
los ánimos estrechos ensanchando
con falsas y engañosas relaciones,
diciendo: cuando Febo volteando
seis veces alumbrare estas regiones,
os prometo so pena de la vida,
henchir del apetito la medida.

No sabré encarecer nuestra altiveza,
los ánimos briosos y lozanos,
la esperanza de bienes y riqueza,
las vanas trazas y discursos vanos:
el cerro, el monte, el risco y la aspereza,
eran caminos fáciles y llanos,
y el peligro y trabajo exorbitante,
no osaban y ponersenos adelante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos
por cumbres, valles hondos, cordilleras,
fabricando en los llanos pensamientos,
máquinas levantadas y quimeras:
asi ufanos, alegres y contentos
pasamos tres jornadas las primeras
pero á la cuarta al tramontar del dia
se nos huyó la temerosa guia.

El mal indicio, la sospecha cierta
los ánimos turbó mas esforzados,
viendo la falsa trama descubierta,
y los trabajos ásperos doblados:
mas aunque sin camino y en desierta
tierra del gran peligro amenazados,
y la hambre y fatiga todo junto,
no pudo detenernos solo un punto..

Pasamos adelante, descubriendo
siempre mas arcabucos y breñales,
la cerrada espesura y paso abriendo
cen anchas, con machetes y destrales:
otros con pico y azadon rompiendo
las peñas y arraigados matorrales,
dó el caballo ostigado y receloso,
afirmase seguro el pié medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos
quiso impedier el paso la natura
y queasi de los cielos soberanos,
los árboles midiesen el altura;
ni entre tantos peñascos y pantanos
mezcló tanta maleza y espesura,
como en este camino defendido,
de zarzas, breñas y árboles tejido.

Tambien el cielo encontra conjurado,
la escasa y turbia luz nos encubria
de espesas nubes lóbregas cerrado,
volviendo en tenebrosa noche el dia:
y de granizo y tempestad cargado
con tal furor el paso defendia,
que era mayor del cielo ya la guerra,
que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban
en las hondas malezas sepultapos,
otros ayuda, ayuda voceaban,
en húmidos pantanos atascados,
otros iban trepando, otros rodaban
los piés manos y rostros desollados,
oyendo aqui y alli voces envano
sin poderse ayudar, ni dar la mano.

Era lastima oir los alaridos,
ver los impedimentos y embarazos,
los caballos sin animos caidos,
destroncados los pies, rotos los brazos:
nuestros sencillos débiles vestidos
quedaban por las zarzas á pedazos,
descalzos y desnudos, solo armados,
en sangre, lodo y en sudor bañados,

Y demas del trabajo incomportable,
faltando ya el refresco y bastimento,
la aquejadora hambre miserable
las cuerdas apretaba del tormento:
y el bien dudoso, y daño indubitable
desmayaba la fuerza y el aliento,
cortando un dejativo sudor frio,
de los cansados miembros todo el brio.

Pero luego tambien considerando
la gloria que el trabajo aseguraba,
el corazon los miembros reforzando,
cualquier dificultad menospreciaba:
y los fuertes opuestos contrastando
todo lo por venir facilitaba,
que el valor mas se muestra y se parece
cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues nuestro ejército rompiendo
de solo la esperanza alimentado,
pasaba á puros brazos descubriendo,
el encubierto cielo deseado:
ibanse ya las breñas destejiendo,
y el bosque de los árboles cerrado,
desviando sus ramas intrincadas
nos daban paso y faciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta
la entrada de la luz desocupando,
y yerto risco y empinada cuesta
iban sus altas cumbres allanando:
la espesa y congelada niebla opuesta,
el grueso vapor húmido ecsaltado,
así se adelgazaba y esparcia,
que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
abriendo á hierro el impedido paso,
que en todo aquel discurso nó tuvimos
dó poder reclinar el cuerpo laso:
al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espacioso y fértil raso,
y al pié del monte y áspera ladera,
un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado,
de innumerables islas deleitosas,
cruzando por el uno y otro lado,
góndolas y piraguas presurosas:
marinero jamas desesperado
enmedio de las olas fluctuosas,
con tanto gozo vió el vecino puerto
como nosotros el camino abierto.

Luego pues en un tiempo arrodillados,
llenos de nuevo gozo y de ternura,
dimos gracias á Dios que así escapados
nos vimos del peligro y desventura:
y de tantas fatigas olvidados,
siguiendo el buen suceso y la ventura,
con esperanza y ánimo lozano,
salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
el cojo, el manco, el débil, el tullido.
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,
el desmayo el flaco, el deshambrido,
quedó sano, gallardo y alentado.
de nuevo esfuerzo y de valor vestido,
pareciéndole poco todo el suelo,
y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo á la bajada
de la ribera en partes montuosa,
hallamos la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa:
y aunque agreste, montes, no sazonada,
fué á tan buena sazon y tan sabrosa,
que el celeste maná y ollas de Egito,
no movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas
por plaga á veces del linage humano,
que en las espigas fértiles granadas,
con un sordo rozar no dejan grano:
así pues en cuadrilla derramadas,
suelta la gente por al ancho llano
dejaba los mortales mas copados
de fruta, rama, y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian
de la hambre aquejados importuna,
otros ramos y hojas engullian
no aguardando á cogerla una por una:
quien huye al repartir la compañia,
buscando en lo escondido parte alguna,
donde comer la rama desgajada,
de las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas, cuando
salen al campo del corral cerrado,
aquí y allí solícitas buscando
el trigo de la trox desperdiciado,
que con los piés y picos escarvando,
halla alguna el relojo sepultado,
y alzàndose con él, puesta en huida,
es de las otras luego perseguida.

Así aquel que arrebata buena parte,
deste y de aquel aquí y allí seguido,
huyendo se retira luego en parte
donde pueda comer mas escendido:
ninguno, si algo alcanza, lo reparte,
que no era tiempo aquel de ser partido,
ni allí la caridad, aunque la habia,
estenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor desta manera,
gustando aquella rústica comida,
llegó una corva góndola ligera
de doce largos remos impelida,
que zabordando recio en la ribera,
la chusma diestra y gente apercibida,
saltaron luego en tierra sin recato,
con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quien es la gente,
y la causa de haber asi arribado,
no puedo aquí deciroslo al presente,
que estoy del gran camino quebrantado:
asi para sazon mas conveniente,
será bien que lo deje en este estado,
porque pueda entretanto repararme,
y os dé de ménos fastidio el escucharme.

CANTO XXXVI

Sale el Cacique de la barca á tierra, ofrece á los Españoles todo lo necesario para su viage, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del archipiélago: atraviésalo don Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras vé, vé muchas cosas,
que la juzga por fábula la gente;
y tanto cuanto son maravillosas,
el que ménos las cuenta es mas prudente:
y aunque es bien que se callen las dudosas,
y no ponerme en riesgo asi evidente,
digo que la verdad hallé en el suelo,
por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte
de todas nuestras tierras escluida,
que la falsa cautela, engaño y arte
aun nunca habian hallado aqui acogida:
pero dejada esta materia aparte,
volveré con la priesa prometida
á la barca de chusma y gente llena,
que bogando embistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto
con hasta quince de número venia:
crespo de pelo negro, y blanco gesto,
que el principal de todos parecia:
el cual con grave término modesto
junto á nuestra esparcida compañia,
nos saludó cortés y alegramente,
diciendo en lengua estraña lo siguiente:

Hombres, ó dioses rústicos, nacidos
en los sacros bosques y montañas,
por celeste influencia producidos
de sus cerradas y asperas entrañas:
¿ por cual caso ó fortuna sois venidos
por caminos y sendas tan estrañas,
á nuestros pobres y últimos rincones,
libres de confusion y alteraciones?

Si vuestra pretension y pensamiento
es de buscar region mas espaciosa,
y en la prosecucion de vuestro intento,
teneis necesidad de alguna cosa,
toda comodidad y aviamiento
con mano larga y voluntad graciosa,
hallareis francamente en el camino,
por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,
tierra donde moreis aqui os daremos,
si os place y os agrada mas la sierra,
allá seguramente os llevaremos:
si quereis amistad, si quereis guerra,
todo con ley igual os lo ofrecemos,
escoged lo mejor, que á la eleccion mia,
la paz y la amistad escogeria.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el trage
del gallardo mancebo floreciente,
el espedido término y lenguage
con que asi nos habló bizarramente,
el franco ofrecimiento y hospedage,
la buena traza y talle de la gente,
blanca, dispuesta en proporcion fornida,
de manto y floja túnica vestida.

La cabeza cubierta y adornada,
con un capelo en punta rematado,
pendiente atras la punta y derribada,
á las ceñidas sienes ajustado,
de fina lana de vellon rizada,
y el rizo de colores variado,
que lozano y vistoso parecia
señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta,
y voluntad graciosa que mostraba,
ofreciendo tambien la nuestra cierta,
que á su provecho y bien se enderezaba:
pero al fin nuestra falta descubierta,
y lo mal que la hambre nos trataba,
le pedimos refresco y vitualla
debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y priesa diligente,
vista la gran necesidad que habia,
mandó á su prevenida y pronta gente,
sacar cuanto en la gondola traia:
repartiéndolo todo francamente
por aquella hambrienta compañia,
sin de nadie aceptar solo un cabello,
ni aun querer recibir las gracias dello.

Como el monton de las gallinas, cuando
salen al campo del corral cerrado,
aquí y allí solícitas buscando
el trigo de la trox desperdiciado,
que con los piés y picos escarvando,
halla alguna el relojo sepultado,
y alzàndose con él, puesta en huida,
es de las otras luego perseguida.

Así aquel que arrebata buena parte,
deste y de aquel aquí y allí seguido,
huyendo se retira luego en parte
donde pueda comer mas escondido:
ninguno, si algo alcanza, lo reparte,
que no era tiempo aquel de ser partido,
ni allí la caridad, aunque la habia,
estenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor desta manera,
gustando aquella rústica comida,
llegó una corva góndola ligera
de doce largos remos impelida,
que zabordando recio en la ribera,
la chusma diestra y gente apercibida,
saltaron luego en tierra sin recato,
con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quien es la gente,
y la causa de haber asi arribado,
no puedo aqui deciroslo al presente,
que estoy del gran camino quebrantado:
asi para sazon mas conveniente,
será bien que lo deje en este estado,
porque pueda entretanto repararme,
y os dé de ménos fastidio el escucharme.

CANTO XXXVI

Sale el Cacique de la barca á tierra, ofrece á los Españoles todo lo necesario para su viage, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del archipiélago: atraviésalo don Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras vé, vé muchas cosas,
que la juzga por fábula la gente;
y tanto cuanto son maravillosas,
el que ménos las cuenta es mas prudente:
y aunque es bien que se callen las dudosas,
y no ponerme en riesgo asi evidente,
digo que la verdad hallé en el suelo,
por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte
de todas nuestras tierras escluida,
que la falsa cautela, engaño y arte
aun nunca habian hallado aqui acogida:
pero dejada esta materia aparte,
volveré con la priesa prometida
á la barca de chusma y gente llena,
que bogando embistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto
con hasta quince de número venia:
crespo de pelo negro, y blanco gesto,
que el principal de todos parecia:
el cual con grave término modesto
junto á nuestra esparcida compañia,
nos saludó cortés y alegramente,
diciendo en lengua estraña lo siguiente:

Hombres, ó dioses rústicos, nacidos
en los sacros bosques y montañas,
por celeste influencia producidos
de sus cerradas y asperas entrañas:
¿ por cual caso ó fortuna sois venidos
por caminos y sendas tan estrañas,
á nuestros pobres y últimos rincones,
libres de confusion y alteraciones?

Si vuestra pretension y pensamiento
es de buscar region mas espaciosa,
y en la prosecucion de vuestro intento,
teneis necesidad de alguna cosa,
toda comodidad y aviamiento
con mano larga y voluntad graciosa,
hallareis francamente en el camino,
por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,
tierra donde moreis aqui os daremos,
si os place y os agrada mas la sierra,
allá seguramente os llevaremos:
si quereis amistad, si quereis guerra,
todo con ley igual os lo ofrecemos,
escoged lo mejor, que á la eleccion mia,
la paz y la amistad escogeria.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el trage
del gallardo mancebo floreciente,
el espedido término y lenguage
con que así nos habló bizarramente,
el franco ofrecimiento y hospedage,
la buena traza y talle de la gente,
blanca, dispuesta en proporcion fornida,
de manto y floja túnica vestida.

La cabeza cubierta y adornada,
con un capelo en punta rematado,
pendiente atras la punta y derribada,
á las ceñidas sienes ajustado,
de fina lana de vellon rizada,
y el rizo de colores variado,
que lozano y vistoso parecia
señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta,
y voluntad graciosa que mostraba,
ofreciendo tambien la nuestra cierta,
que á su provecho y bien se enderezaba:
pero al fin nuestra falta descubierta,
y lo mal que la hambre nos trataba,
le pedimos refresco y vitualla
debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y priesa diligente
vista la gran necesidad que habia,
mandó á su prevenida y pronta gente,
sacar cuanto en la gondola traia:
repartiéndolo todo francamente
por aquella hambrienta compañia,
sin de nadie aceptar solo un cabello,
ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así de esta manera,
y tambien esforzada la esperanza,
se comenzó á marchar por la ribera
segun nuestra costumbre en ordenanza:
y andada una gran legua en la primera
tierra, que pareció cómoda estanza,
cerca del agua en reparado asiento,
hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado,
ni puestas en lugar las demas cosas,
cuando de aquella parte y deste lado
hendiendo por las aguas espumosas,
cargadas de maiz, fruta y pescado,
arribaron piraguas presurosas,
refrescando la gente desvalida,
sin rescate, sin cuenta, ni medida.

La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente destas tierras,
daban bien á entender que la codicia
aun no habia penetrado aquellas sierras:
ni la maldad, el robo, la injusticia,
aliento ordinario de las guerras,
entrada en esta parte habian hallado,
ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros destruyendo
todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo,
les dimos lugar ancho y ancha entrada:
y la antigua costumbre corrompiendo
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la codicia su estandarte;
con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente,
la nueva por las islas estendida,
llegaron dos Caciques juntamente
á dar el parabien de la venida,
con un largo y espléndido presente,
de refrescos y cosas de comida,
y una lanuda oveja y dos vicuñas,
cazadas en la sierra á puras uñas,

Quedábanse suspensos y admirados
de ver hombres así desconocidos,
blancos, rubios, espesos y barbados,
de lenguas diferentes y vestidos:
miraban los caballos alentados,
enmedio de la furia corregidos,
y mas los espantaba el fiero estruendo,
del tiro de la polvora estupendo

Llevábamos el rumbo al sur derecho,
la torcida ribera costeando,
siguiendo la derrota del estrecho,
por los grados la tierra demarcando:
pero cuando ganábamos de trecho,
iba el gran archipielago ensanchando,
descubriendo á distancias desviadas
islas en grande número pobladas.

Salian muchos Caciques al camino,
á vernos como à cosa milagrosa;
pero ninguno tan escaso vino,
que no trujese en don alguna cosa:
quien el vaso capaz de nacar fino,
quien la piel del carnero vedijosa,
quien el arco y carcax, quien la bocina,
quien la pintada concha peregrina.

Yo que fui siempre amigo, é inclinado
á inquirir y saber lo no sabido,
que por tantos trabajos arrastado
la fuerza de mi estrella me ha traido,
de alguna gente moza acompañado,
en una presta góndola metido,
pasé á la principal isla cercana,
al parecer de tierra y gente llana.

Vi los Indios y casas fabricadas,
de paredes humildes y techumbres,
los árboles y plantas cultivadas,
las frutas, las semillas y legumbres:
noté dellos las cosas señaladas,
los ritos ceremonias y costumbres,
el trato y ejercicio que tenian,
y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas, paseando
sus poblados y fértiles orillas,
otras fui torno á torno rodeando,
cercado de domésticas barquillas:
de quien me iba por puntos informando
de algunas nunca vistas maravillas,
hasta que ya la noche y fresco viento,
me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,
que de nuestro viage fué el tercero,
habiendo ya tres horas que marchaba;
hallamos por remate y fin postrero,
que el gran largo en el mar se desaguaba
por un hondo y veloz desaguadero,
que su corriente y ancha travesia,
el paso por alli nos impedia.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
en el ánimo y rostro de la gente,
viendo nuestro camino asi atajado
por el ancho raudal de la creciente:
que los caballos de cabestro á nado,
no pudiera romper la gran corriente,
ni la angosta piragua era bastante,
á comportar un peso semejante.

Y volver pues atras visto el terrible
trabajo intolerable y excesivo,
tenian segun razon por imposible
poder llegar en salvo un hombre vivo:
quedar alli era cosa incompatible,
y temerario el ánimo y motivo
de proseguir el comenzado curso,
contra toda opinion y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonia,
un jóven Indio, al parecer ladino,
alegre se ofreció que nos daria
para volver otro mejor camino:
fué excesiva en algunos la alegria,
y asi dar vuelta luego nos convino,
que ya el rigido hibierno á las Australes,
comenzaba á enviar claras señales.

Mas yo que mis designios verdaderos
eran de ver el fin desta jornada,
con hasta diez amigos compañeros,
gente gallarda, brava y arriscada,
reforzando una barca de remeros,
pasé el gran brazo y agua arrebatada,
llegando á zabordar hechos pedazos,
á puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
sin lengua y sin noticia á la ventura,
áspera al caminar y pedregosa,
á trechos ocupada de espesura:
mas visto que la empresa era dudosa,
y que pasar por alli seria locura,
dimos la vueta luego á la piragua,
volviendo á atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito,
que era poner el pié mas adelante,
fingiendo que marcaba aquel distrito,
cosa al descubridor siempre importante,
corri una media milla, dó un escrito
quise dejar para señal bastante,
y en el tronco que vi de mas grandeza,
escribi con cuchillo en la corteza:

Aqui llegó donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solos diez pasò el desaguadero:
el año de cincuenta y ocho entrado,
sobre mil y quinientos por Febrero,
á las dos de la tarde al postrer dia;
volviendo á la dejada compania.

Llegando pues al campo, que aguardando
para partir nuestra venida estaba,
que el riguroso hibierno comenzando,
la desierta campaña amenazaba:
el Indio amigo, práctico guiando,
la gente alegre el paso apresuraba,
pareciendo el camino aunque cerrado,
fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro Isleño la promesa,
que siempre en su opinion estuvo fijo,
y por una encubierta selva espesa,
nos sacó de la tierra, como dijo;
voy pasando por esto á toda priesa
huyendo cuanto puedo el ser prólijo,
que aunque lo fueron mucho los trabajos,
es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, dó hospedados
fuimos de los vecinos generosos,
y de varios manjares regalados,
hartamos los estómagos golosos:
visto pues en el pueblo asi ayuntados
tantos gallardos jóvenes briosos,
se concertó una justa y desafio,
donde mostrarse cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la severidad del juez fué tanta:
que estuvo en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado
la voz y fama pública le canta,
que fué solo poner mano á la espada,
nunca sin gran razon desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso,
fué forzosa ocasion de mi destierro,
teniéndome despues gran tiempo preso,
por remendar con este el primer yerro:
mas aunque asi agraviado, no por eso,
armado de paciencia y duro hierro,
falté alguna ocasion y correria,
sirviendo en la frontera noche y dia.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
ordinarios rebatos y emboscadas,
encuentros y refriegas peligrosas,
asaltos y batallas aplazadas,
raras estratagemas engañosas,
astucias y cautelas nunca usadas,
que aunque fueron en parte de provecho,
algunas nos pusieron en estrecho.

Mas despues del asalto y gran batalla
de la albarrada de Quipeo temida,
donde fué destrozada tanta malla
y tanta sangre bárbara vertida:
fortificado el sitio y la muralla,
aceleré mi súbita partida,
que el agravio mas fresco cada dia,
me estimulaba siempre y me roia.

Y en un grueso barcon, bajel de trato,
que velas altas, de partida estaba,
salí de aquella tierra y reino ingrato'
que tanto afan y sangre me costaba:
y sin contraste alguno, ni rebato,
con el austro que en popa nos soplaba,
costa á costa y á veces engolfado,
llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
por el gran Marazon hizo la gente,
donde Lope de Aguirre en la jornada
mas que Neron y Heródes inclemente,
pasó tantos amigos qor la espada,
y á la querida hija juntamente,
no por otra razon y causa alguna,
mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil millas babia
de camino por partes despoblado;
luego de alli por mar tomé la via,
á mas larga carrera acostumbrado,
y á Panamá llegué, dó el mismo dia
la nueva por el aire habia llegado,
del desbarate y muerte del tirano,
saliendo mi trabajo y priesa envano.

Estuve en tierra firme detenido
por una enfermedad larga y estraña;
mas luego que me vi convalecido
tocando en las terceras vine á España:
donde no mucho tiempo detenido,
corri la Francia, Italia y Alemaña,
la Silesia, y Moravia hasta Posonia,
ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
y otras y otras por ásperos caminos,
traté y comuniqué varias naciones,
viendo cosas y casos peregrinos:
diferentes y estrañas condiciones,
animales terrestres y marinos,
tierras jamas del cielo rociadas,
y otros á eterna lluvia condenadas.

¿Como me he divertido y voy apriesa
del camino primero desviado?
por qué asi me olvidé de la promesa,
y discurso de Arauco comenzado?
quiero volver á la dejada empresa
si no teneis el gusto ya estragado:
mas yo procuraré deciros cosas,
que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
de aquellos capitanes señalados,
que en la parte que dije diputada
estaban diferentes y encontrados:
contaré la eleccion tan porfiada'
y como al fin quedaron conformados,
los asaltos, encuentros y batallas,
que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
la trabajadamente y los sentidos,
por las regiones últimas buscando
guerras de ignotos Indios escondidos:
y voy aquí en las armas tropezando,
sintiendo retumbar en los oidos
un áspero rumor y son de guerra,
y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada
envuelta entre sus armas victoriosas,
y la inquieta Francia ocasionada,
descoger sus banderas sospechosas:
en la Italia y Germania desviada
siento tocar las cajas sonorosas,
allegándose en todas las naciones,
gentes, pertrechos, armas municiones.

Para decir tan grande movimiento,
y el estrépito bélico y ruido,
es menester esfuerzo y nuevo aliento,
y ser de vos, Señor, favorecido:
mas ya que el temerario atrevimiento
en este grande golfo me ha metido,
ayudado de vos, espero cierto,
llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si me estilo humilde y compostura
me suspende la voz amedrentada,
la materia promete y me asegura:
que con grata atencion será escuchada,
y entretanto, Señor, será cordura,
pues he de comenzar tan gran jornada,
recoger el espiritu inquieto,
hasta que saque fuerzas del sujeto.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los Portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo Castellano
con ira justa y pretension movido,
y el derecho del reino Lusitano
á las sangrientas armas remitido:
la paz, la union, el vínculo cristiano
en rabiosa discordia convertido,
las lanzas de una parte y otra airadas
á los parientes pechos arrojadas.

La guerra fué del cielo deribada,
y en el linage humano transferida,
cuando fué por la fruta reservada,
nuestra naturaleza corrompida:
pos la guerra la paz es conservada,
y la insolencia humana reprimida,
por ella á veces Dios el mundo aflige,
le castiga, le enmienda y le corrige.

Por ella á los rebeldes insolentes
oprime la soberbia y los inclina,
desbarata y derriba á los potentes,
y la ambicion sin término termina:
la guerra es de derecho de las gentes,
y el órden militar y disciplina
conserva la republica y sostiene,
y las leyes politicas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego
que del fin de la paz se desviare:
ó cuando por venganza, ó furor ciego,
ó fin particular se comenzare:
pues ha de ser, si es publico el sosiego,
publica la razon que le turbare:
no puede un mienbro solo en ningun modo
romper la paz y union del cuerpo todo.

Que asi como tenemos profesada
una hermandad en Dios y ayuntamiento,
tanto del mismo Cristo encomendada
en el ultimo eterno testamento;
no puede ser de alguno desatada
esta paz general y ligamiento
sino es por causa publica ó querella,
y autoridad del rey, defensor della.

Entonces como un angel sin pecado,
puesta en la causa universal la mira,
puede tomar las armas el soldado,
y en su enemigo ejecutar la ira;
y cuando algun respeto ó fin privado
le templa el brazo escoge y le retira,
demas de que en peligro pone el hecho,
peca, y ofende al publico derecho.

Por donde en justa guerra permitida
puede la airada vencedora gente
herir, prender, matar en la rendida,
y hacer al libre esclavo y obediente:
que el que es señor y dueño de la vida,
lo es ya de la persona, y justamente
hará lo que quisiere del vencido,
que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones
por la causa comun sin cargo alguno,
en batallas formadas y escuadrones
puede usar de las armas cada uno,
por las mismas legitimas razones
es licito el combate de uno á uno,
á pié, á caballo, armado, desarmado,
ora sea en campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafío,
la autoridad del principe interpuesta,
bajo de cuya mano y señorio
la ordenada republica está puesta:
mas si por caso propio ò alvedrio
se denuncia el combate, y se protesta,
ó sea provocador ó provocado
es ilicito, injusto y condenado.

Y los cristianos principes no deben
favorecer jamas, ni dar licencia
á condenadas armas, que se mueven
por odio, per venganza, ó competencia:
ni decidan las causas, ni se prueben
remitiendo á las fuerzas la sentencia,
pues por razon oculta á veces veo,
que sale vencedor el que fué reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso
justa y derechamente se condena,
pues vemos el incierto fin dudoso,
segun la suma providencia ordena:
que el suceso ora triste, ora dichoso
no es quien hace la causa mala ó buena:
ni jamas la justicia en cosa alguna
está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo tambien, que obligacion no tiene
de inquirir el soldado diligente,
si es licita la guerra y si conviene,
o si se mueve injusta ó justamente:
que solo al rey que por razon le viene
la obediencia y servicio de su gente,
como gobernador de la república,
le toca examinar la causa publica.

Y pues del rey como cabeza pende
el peso de la guerra y grave carga,
y cuando daño y mal della depende,
todo sobre sus hombros solo carga,
debe mucho mirar lo que pretende
y antes que dé al furor la rienda larga,
justificar sus armas prevenidas,
no por codicia y ambicion movidas.

Como Felipe en la ocasion presente,
que de precisa obligacion forzado,
en favor de las leyes justamente
las permitidas armas ha tomado,
no fundando el derecho en ser potente,
ni de codicia de reinar llevado:
pues se estiende su cetro y monarquia,
hasta á donde remata el sol su via.

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
que á los sanos corrompe é inficiona,
llamado del derecho y la justicia
contra el rebelde reyno va en persona;
y á despecho y pesar de la malicia,
que le niega y le impide la corona,
quiere abrir y allanar con mano armada,
á la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movida;
sus fuerzas y poder disimulando
detiene el brazo en alto suspendido,
el remedio de sangre dilatando:
y con prudencia y ánimo sufrido
su espada y pretension justificando:
quebrantará despues con aspereza,
del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
la soberbia cerviz de los traidores,
despedazando la pujante armada
de los Galos Piratas valedores:
y con rigor y furia disculpada,
como hombres de la paz perturbadores,
muerto Felipe Estrozi, su caudillo,
serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
sangre de gente pérfida enemiga,
que si el delito es grave y la insolencia,
clemeute es y piadoso el que castiga:
perdonar la maldad es dar licencia
para que luego otra mayor se siga,
cruel es quien perdona á todos todo,
como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente
si conviene el rigor y es importante,
que el que ataja y castiga el mal presente
huye de ser cruel para adelante:
quien la maldad no evita, la consiente,
y se puede llamar participante,
y el que á los malos públicos perdona,
la república estraga é inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
la clemencia, virtud inestimable,
que el perdonar victoria es gloriosa,
y en el mas poderoso mas loable:
pero la paz comun tan provechosa
no puede sin justicia ser durable,
que el premio y el castigo á tiempo usados,
sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el esceso y mal que hubiera
se puede remediar, ni se castiga,
que el tiempo á veces y ocasion requiere,
que todo no se apure, ni se siga:
príncipe que saberlo todo quiere,
sepa que á perdonar mucho se obliga;
que es medicina fuerte y rigurosa,
descarnar hasta el hueso cualquier cosa,

La clemencia á los mismos enemigos
aplaca el odio y ánimo indignado,
engendra devocion, produce amigos,
y atrae el amor del pueblo aficionado:
que el continuo rigor en los castigos,
hace al príncipe odioso y desarmado:
oficio es propio y propio de los reyes
embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importará
disimular los males ya pasados:
si dello ánimo el malo no tomara
para nuevos insultos y pecados:
el miedo del castigo es cosa clara
que reprime los ánimos dañados,
y el ver al malechor puesto en el palo,
corrige la maldad, y enmienda al malo.

Mas tambien el castigo no se haga
como el indocto y crudo cirujano,
que siendo leve el mal, poca la llaga,
mete los filos mucho por lo sano,
y con el enconoso hierro estraga
lo que sanara sin tocar la mano,
que no es buena la cura y esperiencia,
si es mas recia y peor que la dolencia.

Quierome declarar, que algun curioso
dirá que aquí y allí me contradiga.
Virtud es castigar cuando es forzoso,
y necesario el público castigo:
virtud es perdonar el poderoso
la ofensa del ingrato y enemigo,
cuando es particular, ó que se entienda,
que puede sin castigo haber enmienda.

Voyme de punto en punto divirtiendo,
y el tiempo es corto y la materia larga,
en lugar de aliviarme, recibiendo
en mis cansados hombros mucha carga:
así de aquí adelante resumiendo
lo que ménos importa, y mas me carga,
quiero volver á Portugal la pluma,
haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto, ó Lusitanos, que engañados
contraponeis el obstinado pecho?
¿y con armas y brazos condenados
quereis violar las leyes y el derecho?
¿qué, no mueve esos ánimos dañados
la paz comun y público provecho,
el deudo, religion, naturaleza,
el poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con que largueza os ha ofrecido
haciendas, libertades y esenciones,
no á termino forzoso reducido,
mas con formado campo y escuadrones;
y casi murmurando ha detenido
las armas, convenciéndoos con razones,
cual padre que reduce por clemencia,
al hijo inobediente á la obediencia.

¿Que ciega pretension qus enbaucamiento,
pue pasion pertinaz desatinada
saca así la razon tan de su asiento,
y tiene vuestra mente trastornada?
que una unida nacion por sacramento,
y con la cruz de Cristo señalada,
envuelta en crueles armas homicidas,
dé en sus propias entrañas las heridas!

¡Y unas mismas divisas y banderas
salgan de alojamientos diferentes,
trayendo mil naciones estrangeras,
que derraman la sangre de inocentes!
é introducen errores y maneras
de pegajosos vicios insolentes,
dejando con su peste derramada,
la catolica España inficionada!

A vos, eterno padre soberano,
el favor necesario y gracia pido,
y os suplico querais mover mi mano,
pues en vos y por vos todo es movido,
para que al Portugues y al castellano
dé justamente lo que le es debido,
sin que me tuerza y saque de lo justo
particnlar respeto, ni otro gusto.

Y pues vos conocéis los corazones,
y el justo celo con que el mio se mueve,
y en los buenos propósitos y acciones
el principio téneis, y el fin se os debe;
dadme espiritu igual, dadme razones
con que informe mi pluma, que se atreve
á emprender temeraria y arrojada,
con tan poco caudal tan gran jornada

Queriendo Sebastian, rey Lusitano,
con ardor juvenil y movimiento
romper el ancho término Africano,
y oprimir el pagano atrevimiento,
prométiendole entrada y paso llano
su altivo y levantado pensamiento,
allegó de aquel reino brevemente,
la riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el rey don Felipe que al sobrino
vió moverse á la empresa tan ligero,
el errado designio contravino
con consejo de padre verdadero:
y pensando apartarle del camino
que iba á dar á tan gran despeñadero,
hizo que en Guadalupe se juntasen,
para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes,
ni el ruego y persuacion del grave tio;
ni una gran multitud de inconvenientes,
que pudieran volver atras un rio,
ni el poner la cerviz de tantas gentes
bajo de un solo golpe al alvedrío
de la inconstante y variable diosa,
de revolver el mundo deseosa.

Que el orgulloso mozo prometiendo
lo que el justo temor dificultaba,
los prudentes discursos rebatiendo,
todos los contrapuestos tropellaba:
y tras la libre voluntad corriendo,
su muerte y perdicion apresuraba;
que no basta consejo, ni advertencia,
contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable,
aunque tenga la voz mas espedida,
y aquel sangriento fin tan miserable
de la jornada y gente mal regida,
la ruina de un reino irreparable,
la fama antigua en solo un dia perdida,
todo por voluntad de un mozo ardiente,
movido sin razon por accidente?

Otro refiera el aciago dia,
que á los mas tristes en miseria escede;
que aunque sangrienta está la pluma mia,
correr por tantas lástimas no puede:
quiero seguir la comenzada via,
si el alto cielo aliento me concede,
que ya de aquesta parte tambien siento
armarse un gran nublado turbulento.

Despues que el mozo rey voluntarioso
el Africano ejército asaltando
en el ciego tumulto polvoroso,
murió en monton confuso peleando,
y la fortuna de un vaiven furioso
derrocó cuatro reyes, ahogando
la fama y opinion de tanta gente,
revolviendo las armas del poniente.

Fué luego en Portugal por rey jurado
don Enrique, el hermano del abuelo,
cardenal y presbitero ordenado,
persona religiosa y de gran zelo,
de años y enfermedades agravado,
mas que para este mundo para el cielo,
ofreciéndole el reino la fortuna,
con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe en lo íntimo sintiendo
del reino y muerto rey la desventura,
y del enfermo don Enrique viendo
la mucha edad y vida mal segura,
como sobrino y sucesor queriendo
aclarar su derecho en coyuntura,
que por la transversal propincua via,
á los reyes y titulos tenia.

Con celosa y loable providencia
hizo juntar doctisimos varones,
de grande cristiandad y suficiencia,
desnudos de interese y pretensiones,
que conforme á derecho y á conciencia,
no por torcidas vias y razones,
mirasen en el grado que él estaba:
si el pretendido reino le tocaba

Que doña Catalina como parte
duquesa de Berganza pretendia
por hija del infante don Duarte,
que de derecho el reino le venia:
y tambien don Antonio de otra parte
á la corona y cetro se oponia:
mas aunque del comun favorecido,
era por no legítimo, escluido.

Y que hecho el exámen cada uno
á tan arduo negocio conveniente,
sin miramiento ni respeto alguno,
diesen sus pareceres libremente,
porque en tiempo quieto y oportuno
prevenido al mayor inconveniente,
si el reino á la razon no se allanase,
sus armas y poder justificase.

Todos los cuales claramente viendo,
que el transversal por ley y fuero llano
no representa al padre, sucediendo
el legítimo deudo mas cercano,
el váron á la hembra prefiriendo,
y al de ménos edad el mas anciano,
yendo la sucesion y precedencia
por derecho de sangre, y no de herencia:

Don Antonio escluido y apartado
por ley humana y por razon divina,
y el derecho igualmente exáminado
de don Felipe y doña Catalina,
descendientes del tronco en igual grado,
el sobrino de Enrique, ella sobrina,
el varon, ella hembra, el rey temido,
mayor de edad, y de mayor nacido,

Atento al fuero, á la costumbre, al hecho
y otras muchas razones que juntaron
con recto, justo, igual y sano pecho,
sin discrepar conformes declararon
ser don Felipe sucesor derecho;
y el reino por la ley le adjudicaron
con tierras, mares, titulos y estados,
bajo de la corona conquistados.

Vista pues don Felipe la justicia
por tan bastantes hombres declarada,
sospechoso del odio y la malicia
de la plebeya gente libertad,
y la intrinseca y vieja inimicicia
en los pechos de muchos arraigada,
quiso tentar en estas novedades,
el ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoso celo deseando
el bien del reino y publico sosiego,
en la mente perpleja iba trazando
como echar agua al encendido fuego,
por todos los caminos procurando
aquietar el comun desasosiego,
que ya con libertad sin corregirse,
comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fué dél luego elegido
don Cristobal de Mora en quien habia
tantas y tales partes conocido
cuales el gran negocio requeria,
de ilustre sangre en Portugal nacido,
de quien como vasallo el rey podria
con ánimo seguro y esperanza,
hacer tambien la misma confianza.

Y enterarse del celo y sano intento
tantas veces por él representado,
entendiendo la fuerza y fundamento
de sa causa y derecho declarando,
no traido por término violento,
ni deseo de reinar desordenado
mas por rigor de la justicia pura,
por ley, razon, por fuero y por natura.

Así que esto por él reconocido,
como de rey tan justo se esperaba,
mirase el gran peligro en que metido,
el patrio reino y cristiandad estaba:
y tuviese por bien, fuese servido
de sosegar la alteracion que andaba,
declarándole en forma conveniente,
por sucesor derecha y justamente.

Con que en el suelto pueblo cesaria
el tumulto y escándolos estraños,
y su declaracion atajaria
grandes insultos y esperados daños:
haciendo que en la forma que solia
para despues de sus felices años,
el reino le juráse segun fuero,
por legitimo principe heredero.

Hecha por don Cristobal la embajada,
y de Felipe la intension propuesta,
tibiamente de Enrique fué escuchada,
dando una ambigua y frivola respuesta:
que por mas que le fué representada
la justicia del rey tan manifiesta,
procuraba con causas escusarse
sin querella aclarar, ni declararse.

Visto pues dilatar el cumplimento
del negocio tan arduo é importante,
por donde el popular atrevimiento,
iba cobrando fuerzas adelante:
don Felipe envió con nuevo asiento
largo poder y comision bastante,
para sacar resolucion alguna,
á don Pedro Giron, duque de Osuna.

Y al docto Guardiola juntamente
porque con mas instancia y diligencia,
vista de la tardanza el daño urgente
contra la paz comun y conveniencia,
diesen claro á entender cuan conveniente
era en tan gran discordia y diferencia,
que el rey se declarase por decreto,
cortando á mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedase
por hacer, y tentar todos los vados,
y la ciega pasion no perturbase
el sosiego y quietud de los estados;
ántes que el odio antiguo reventase,
dos eminentes hombres señalados
de los que en su real consejo habia,
últimamente á don Enrique envia.

Uno Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
en rectitud, estudio y disciplina
era de grande prueba y esperiencia,
de claro juicio y singular doctrina:
el otro de no ménos suficiencia
famoso en letras el doctor Molina,
ambos varones raros escogidos,
en gran figura y opinion tenidos.

Para que Enrique de ellos informado,
y de todas las dudas satisfecho,
á las cortes que ya se habian juntado
informasen tambien de su derecho:
y al pueblo contumaz y apasionado,
puesto delante el general provecho,
fueros y libertades prometiosen,
con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo rey prudente
ser esto lo que á todos convenia
pues por la espresa ley derechamente,
el reino á su sobrino le venia,
con larga dilacion impertinente
el negocio suspenso entretenia,
á fin que aquellos súbditos y estados,
fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso
el tórmino y respuesta diferido,
llegó aquel de la muerte presuroso,
del autor de la vida estatuido:
por donde al sucesor le fué forzoso
viendo al rebelde pueblo endurecido,
juntar contra sus fines y malicia
las armass, y el poder con la justicia.

Habiendo ántes con todos procurando
muchos medios de paz por él movidos:
provocando al temoso y porfiado
con dádivas, promesas, y partidos:
mas el poblacho terco y obstinado,
no estimando los bienes ofrecidos,
la enemistad del todo descubierta
al derecho y razon cerró la puerta.

¿Quién pudiera deciros tantas cosas,
como aqui se me van representando,
tanto rumor de trompas sonorosas,
tanto estandarte al viento tremolando,
las prevenidas armas sanguinosas
del Portugues y Castellano bando,
el aparato y máquinas de guerra,
las batallas de mar y las de tierra?

Viéranse entre las armas y fiereza
materias de derecho y de justicia,
ejemplos de clemencia y de grandeza,
proterva y contumaz inimicicia,
ligeral y magnanima largueza,
que los sacos hinchó de la codiciaa,
y otros matices vivos y dolores,
que fáciles harán los escritores.

Canten de hoy mas los que tovieren ve
y enriquezcan su verso numeroso,
pues Felipe les dá materia llena,
y un campo abierto, fértil y espacioso:
que la ocasion dichoso y suerte buena
vale mas que el trabajo infructuoso,
trabajo infructuoso como el mio,
que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corri, cuantas naciones
hacia el helado norte atravesando,
y en las bajas Antárticas regiones
el Antipoda ignoto conquistando!
climas pasé, mudé constelaciones,
golfos innavegables navegando,
estendiendo, señor vuestra corona
hasta casi la Austal frigida Zona,

¿Que jornadas tambien por mar, y tierra
habeis hecho que dejé de seguirss,
á Italia, Agusta, Flandes, á Inglaterra
cuando el reino por rey vino á pediros?
de alli el furioso estruendo de la guerra
al Perú me llevó por mas serviros,
dó con suelto furor tantas espadas,
estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde Indiano castigado,
y el reino á la obediencia reducido,
pasé al remoto Arauco, que alterado
habia del cuello el yugo sacudido,
y con prolija guerra sojuzgado,
y al odioso dominio sometido,
segui luego adelante las conquistas
de las últimas tierras nunca vistas.

Dejo por no cansaros y ser mios
los inmensos trabajos padecidos,
la sed, hambre, calores, y los frios,
la falta irremediable de vestidos,
los montes que pasé, los grandes rios,
los yermos despoblados no rompidos,
riesgos, peligros, trances, y fortunas,
que aun son para contadas importunas.

Ni digo como al fin por accidente
del mozo capitan acelerado,
fui sacado á la plaza injustamente
á ser publicamente degollado:
ni la larga prision impertiente
dó estuvo tan sin culpa molestado,
ni mil otras miserias de otra suerte,
de comportar mas graves que la muerte.

Y aunque la voluntad nunca cansada,
está para serviros hoy mas viva,
desmaya la esperanza quebrantada
viéndome prohejar siempre agua arriba;
y al cabo de tan larga y gran jornada
halló que mi cansado barco arriba,
de la fortuna adversa contrastado,
léjos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía
me tengan asi arrojado y abatido,
verán al fin que por derecha via
la carrera dificil he corrido;
y aunque mas inste la desdicha mia;
el premio está en haberle merecido,
y las honras consisten no en tenerlas,
sino en solo arribar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
arrinconado en la miseria suma;
me suspende la mano y la detiene
haciéndome que pare aqui la pluma:
asi doy punto en esto, pues conviene
para la grande innumerable suma
de vuestros hechos, y altos pensameintos
otro ingenio, otra voz, y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero,
no puede andar muy léjos ya mi nave,
y el timido y dudoso paradero
el mas sabio piloto no le sabe:
considerando el corto plazo, quiero
acabar de vivir, ántes que acabe
el curso incierto de la incierta vida,
tantos añas errada y distraida.

Que aunque esto hay tardado de mi parte,
y reducirme á lo postrero aguarde,
se bien que en todo tiempo y toda parte
para volverse á Dios jamas es tarde:
que nunca su clemencia usó de arte,
y así el gran pecador no se acobarde,
pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida mas florido,
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado,
y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
conociendo mi error, de aqui adelante
será razon que llore, y que no cante.

INDICE

DE LOS CANTOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO Y SEGUNDO DE LA ARAUCANA.

TOMO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

Paginas

TOMO SEGUNDO.

PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

